

SAM LEÓN

DEMON
TRILOGÍA DEMONI I



Nova Casa Editorial



ÍNDICE

- | | | | | | |
|-----------|---------------------|----------|--------------|------------|----------|
| 1 | HERIDAS | PÁG. 9 | 17 | TORMENTO | PÁG. 215 |
| 2 | PARANOIA | PÁG. 23 | 18 | REDENCIÓN | PÁG. 229 |
| 3 | CONFUSIÓN | PÁG. 37 | 19 | COFESIÓN | PÁG. 239 |
| 4 | MIKHAIL | PÁG. 53 | 20 | TENSIÓN | PÁG. 251 |
| 5 | SUMMA
DAEMONIACA | PÁG. 63 | 21 | CAÍDA | PÁG. 263 |
| 6 | ESTIGMAS | PÁG. 73 | 22 | PODER | PÁG. 277 |
| 7 | CONMOCIÓN | PÁG. 83 | 23 | ABANDONO | PÁG. 289 |
| 8 | IRRITANTE | PÁG. 95 | 24 | MENTIRA | PÁG. 303 |
| 9 | ROCE | PÁG. 107 | 25 | PRELUDIO | PÁG. 317 |
| 10 | CELOS | PÁG. 119 | 26 | PÉRDIDA | PÁG. 325 |
| 11 | REVELACIONES | PÁG. 131 | 27 | DOLOR | PÁG. 335 |
| 12 | TORTURA | PÁG. 145 | 28 | LAZO | PÁG. 349 |
| 13 | ALIVIO | PÁG. 157 | 29 | SACRIFICIO | PÁG. 363 |
| 14 | ÁNGELES | PÁG. 173 | | EPÍLOGO | PÁG. 371 |
| 15 | GABRIELLE | PÁG. 187 | EXTRA | | |
| 16 | NEGACIÓN | PÁG. 201 | | OSCURIDAD | PÁG. 379 |



Es peligroso y aterrador.
Ha venido desde el averno a dar inicio al fin. Ha venido a acabar
con todo en lo que creo, para convertirme en fragmentos diminutos.
Ha surgido de las tinieblas para arrasarlo con todo a su paso. Porque es
el demonio más poderoso del inframundo; el guerrero más feroz que
ha pisado la tierra.

Porque en su nombre lleva la condena, la traición y el poder de
acabar con todo. Porque no va a detenerse hasta haber
saciado esa sed de venganza que lo consume. Que llena de oscuridad
aquella parte de su pasado que aún conserva.

Mi toque puede destruirlo;
mi beso puede traerlo de vuelta a la luz.
El mensajero de Lucifer está aquí...
Y vino a reducirlo todo a cenizas.





1



HERIDAS

No puedo respirar.

Mis oídos pitan, mis manos tiemblan, mi tráquea parece haberse cerrado por completo y lucho por llevar el aire a mis pulmones. El jadeo proveniente de mis labios reverbera en la acústica del reducido baño en el que me encuentro y la mirada se me nubla por las lágrimas que me invaden.

Mis extremidades pesan, mis brazos se han entumecido y el frío recorre cada centímetro de mi espina dorsal. La humedad tibia de mi sangre moja el pantalón del pijama que traigo puesto, pero no puedo hacer nada para detener el torrente de líquido caliente que brota de mis muñecas.

Mis párpados amenazan con cerrarse por completo, mi cuerpo apenas responde a las demandas de mi cabeza y el pánico se arraiga en mi sistema. Bailo en el limbo de la semiinconsciencia y lucho por mantenerme a flote, pero no lo consigo. Voy a morir aquí. Voy a morir y nadie va a notarlo.

El dolor en mi pecho es insoportable, la sensación de pesadez es cada vez más intensa y sé, por sobre todas las cosas, que algo está mal. Muy, *muy* mal.

«No quiero morir. No quiero morir. ¡Maldita sea!, ¡no quiero morir!».

Imágenes inconexas llenan mi entorno. Un familiar rostro aparece en mi campo de visión y desaparece casi de inmediato. Siluetas luminosas se arremolinan a mi alrededor, pero no soy capaz de distinguir las facciones de quienes me rodean.

Alguien dice mi nombre con angustia y preocupación, pero no puedo responder. No puedo pronunciar palabra alguna. No puedo moverme.

Mi boca se abre para hablar, pero un ataque de tos impide que lo haga; el dolor punzante en mis muñecas apenas me deja pensar con claridad y todo mi cuerpo se estremece cuando el ardor quema en mis extremidades.

Soy vagamente consciente de las palabras tranquilizadoras que son susurradas en mi oído y de la presión en mis antebrazos que hace que mis manos hormigueen, pero no puedo hacer nada. No puedo hacer otra cosa más que quedarme aquí, quieta, en la espera de lo inminente.

El escándalo se apodera de todo el lugar, pero se siente ajeno a mí. Se siente, incluso, como si me encontrara debajo del agua y no fuese capaz de distinguir nada debido a eso. Como si el mundo se hubiese difuminado a través de una pantalla de humo y no existiese nada más que mi respiración y el dolor de mi cuerpo. Es solo hasta ese momento, que el pánico empieza a diluirse. A esfumarse con cada segundo que transcurre y a quedarse en segundo plano.

De pronto, no soy yo quien se encuentra tirada en el baño, muriendo a causa de un ataque de asma y una hemorragia. No soy yo quien lucha y patalea con desesperación mientras trata de recuperar el aliento. Quien llora del miedo y de la angustia...

«Déjalo ir», susurra una voz dentro de mi cabeza. «Déjalo ir, Bess».

Entonces, así lo hago.

Un sonido agudo taladra en lo más profundo de mi cabeza. Un extraño zumbido invade mi audición y todo, poco a poco, se vuelve más vívido e intenso.

Mis párpados bailan con el movimiento de mis ojos y soy un poco más consciente de lo que sucede a mi alrededor. El olor a alcohol y antiséptico hace que mi nariz pique, el dolor en mi pecho es sordo —un claro contraste con la insoportable agonía que sentí antes—, el aire

dentro de mis pulmones se siente como el mayor de los placeres y la pesadez es bien recibida por mis músculos agarrutados.

Trato de abrir los ojos una vez más. Esta vez tengo éxito, pero vuelvo a cerrarlos en el momento en el que la luz cegadora me golpea de lleno.

Trago duro. En ese preciso instante, el ardor se apodera de mi garganta. Un pequeño quejido se construye en mi pecho, pero lo reprimo porque estoy demasiado agotada como para poder emitirlo. Estoy demasiado adolorida.

La sequedad en mi boca no hace más que hacerme anhelar algo de agua y, de pronto, me siento tan incómoda, que lo único que quiero hacer es volver a dormir. Volver a perderme en el limbo de la inconsciencia, para así no saber absolutamente nada de mí.

Por tercera vez, lucho contra la pesadez de mis párpados, pero el sonido suave de una voz familiar inunda mis oídos antes de que lo consiga.

—No puedo más con esto, Nathan —es Dahlia —la hermana de mi madre— quien habla. Suena alterada. Angustiada...—. ¡Se hizo agujeros en las malditas muñecas!

—Debes tranquilizarte, amor. —Nate, su prometido, habla en voz baja—. Bess ha pasado por muchas cosas, ¿recuerdas?

—¡Trató de suicidarse! —El siseo bajo y furioso de mi tía, hace que mi estómago se revuelva con violencia—. ¿Cómo se supone que debo ayudarla si ella hace este tipo de cosas?

—Dahlia, debes tranquilizarte —dice Nate. Sé que trata de sonar calmado, pero hay un filo tenso en el tono en el que habla—. Bess necesita terapia. Te lo dije hace mucho tiempo, ¿ahora comprendes el porqué?

—Ni siquiera sé con qué se hizo daño. —El temblor en la voz de Dahlia, me hace saber que está llorando—. No hay nada en casa que pueda hacer algo así. ¿Qué clase de objeto hace ese tipo de heridas?

—¿Revisaste bien en su habitación?

—¡Claro que lo hice, maldita sea! —mi tía suena más allá de lo indignada—. No encontré absolutamente nada ahí, Nate. Creí que era una chica solitaria, pero esto va más allá de mis capacidades de comprensión. —Se detiene un segundo—. No sé qué hacer. No estoy lista para jugar a ser la madre sustituta de una adolescente traumatizada. No estoy lista para lidiar con todo esto.

Los recuerdos vienen a mí como una ráfaga de imágenes inconexas e incomprensibles justo en ese momento y una oleada de angustia me llena el pecho.

De pronto, no puedo dejar de recapitularlo todo —la horrible pesadilla, el baño del apartamento de mi tía Dahlia, la sangre cubriendo el suelo; él pánico, el miedo, la incertidumbre, el ataque de asma...—. De pronto, no puedo dejar de revivir en mi memoria una y otra vez lo que ocurrió.

En ese momento, y con desesperación, trato de recordar ese lapso perdido entre el recuerdo que tengo de mí misma yéndome a la cama, y mi aparición repentina en el baño después de haber tenido un horrible sueño, pero nada viene a mí.

Un escalofrío recorre mi espina dorsal y una sensación helada invade mi cuerpo casi al instante. El miedo se arraiga en mis entrañas como el peor de los monstruos y el nudo en la boca de mi estómago se retuerce una y otra vez con horror e incertidumbre.

«¿Qué pasó? ¿Qué demonios hice?».

Mis ojos se abren, pero esta vez son las lágrimas traicioneras las que me impiden ver con claridad. El nudo en mi garganta es tan intenso ahora, que apenas puedo respirar, y la habitación blanca a mi alrededor, solo confirma eso que tanto me aterra. Eso que *ya sé*:

Estoy en un hospital.

El zumbido de las máquinas amortigua un poco la discusión a susurros que mantienen las dos personas que han visto por mí durante los últimos meses; pero, eso no disminuye el impacto que han tenido en mí las palabras de la única persona que me ha tendido la mano en mucho tiempo. No diluye la sensación enfermiza que me invade de pies a cabeza.

Desde el accidente, mi vida ha sido un completo desastre. He tratado de mantenerme firme ante mi nueva realidad, pero, últimamente, se siente como si estuviese cayéndome a pedazos y nadie pudiese notarlo. Últimamente, lo único que quiero hacer, es cerrar los ojos y dejar de existir. Desaparecer y dejar de ser una carga para todos los que me rodean.

Sé que no puedo hacerlo. Por más que quiera, no puedo dejar de ser la chica que lo perdió todo en un abrir y cerrar de ojos, y que ahora se encuentra atascada en una odiosa realidad alterna a la que solía tener.

—¿Bess? —la voz de Nate me saca de mi ensimismamiento, y me trae de vuelta al aquí y ahora. Mi mirada se posa en la silueta familiar a mi lado y me enferma notar las bolsas oscuras que hay debajo de sus ojos claros. El agotamiento que surca sus facciones hace que me sienta más culpable que nunca—. ¡Dios mío! ¡Gracias al cielo que estás bien!

No me atrevo a decir nada. Me limito a quedarme quieta en mi lugar.

Por el rabillo del ojo, noto a mi tía Dahlia, quien se encuentra congelada en la puerta. Su mirada y la mía se cruzan fugazmente, pero es el tiempo suficiente como para darme cuenta de que *sabe* que la escuché hablar. La culpa que se ha arraigado en su expresión me lo dice todo, y me siento miserable por eso. Ella, pese a eso, no dice nada. Se limita a acercarse y tomar mi mano con suavidad.

—Nos asustaste muchísimo, Bess —las lágrimas en sus ojos hacen que me sienta aún peor de lo que ya lo hacía, pero ni siquiera eso puede borrar el atisbo de resentimiento que ha nacido en mi pecho por lo que dijo hace unos instantes.

—Yo... —trato de formular una oración coherente, pero es imposible—. N-No sé qué pasó. *No entiendo...*

—Shh... —Su mano libre aparta los mechones de cabello fuera de mi rostro—. Está bien, Bess. Todo está bien.

Quiero gritar de la frustración, pero me limito a apretar la mandíbula y asentir con la cabeza.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que Dahlia deba marcharse por petición del médico que me atiende. Tampoco sé cuánto tiempo paso rodeada de enfermeras desde que ella y Nathan se van.

Ellas —las enfermeras— se han encargado de revisar mis signos vitales y retirarme la cánula respiratoria de la nariz para darme un inhalador regular. También han revisado las heridas en las muñecas un par de veces.

Un médico vino hace un rato a verificar cómo estaba y anunció que me retirarían los analgésicos. Desde ese momento, el dolor en mis extremidades se ha vuelto insoportable. Al parecer, me hice unos agujeros en la piel y destrocé bastantes capas de tejido, pero todo parece

indicar que no rompí ningún vaso sanguíneo importante, es por eso por lo que voy a poder volver a casa esta misma noche.

Hace una hora vino un psiquiatra a verme. Las preguntas sobre lo sucedido anoche no se hicieron esperar, y tuve que responderlas todas como pude —a pesar de que no recuerdo absolutamente nada de lo que pasó.

El hombre me preguntó acerca del accidente y de cómo me siento ahora que me enfrento al mundo por mi cuenta.

No mentí cuando dije que me sentía sola y fuera de lugar. Tampoco fui capaz de hacerlo respecto a las pesadillas y los constantes miedos absurdos que me asaltan de vez en cuando. No le hablé sobre el extraño delirio de persecución que me ha torturado desde hace unas semanas, y tampoco me atreví a hablarle sobre mis pocas horas de sueño; mucho menos tuve el valor de decirle sobre los largos periodos en los que mi memoria se queda en blanco.

Sé que algo no va bien. Sé que debo hacer algo respecto a todo eso, pero no me atrevo a contarle a nadie que vivo atormentada sin razón alguna desde hace ya un par de semanas; que se siente como si algo horrible estuviese a punto de ocurrir y que no hay nada que pueda hacer para detenerlo.

El psiquiatra no trata de reprenderme. De hecho, no habla en lo absoluto cuando empiezo a relatarle mis extrañas pesadillas y el patrón que las caracteriza: en todas ellas, soy clavada por las muñecas y tobillos.

Me escucha con atención y mantiene su expresión en blanco mientras le cuento todo lo que recuerdo sobre la noche anterior, y cómo de asustada me siento por esa laguna en mi memoria.

Una vez terminada mi diatriba, hace un par de anotaciones en su libreta y me asegura que me recetará algo para que mis horas de sueño sean más provechosas. Entonces, se levanta y sale de la habitación.

Son casi las nueve de la noche cuando, finalmente me dan el alta del hospital. Dahlia y Nate no hablan de camino a casa.

Cuando llegamos al apartamento, me siguen hasta mi habitación y anuncian que empezaré a ver a un psicólogo. No me atrevo a decir una sola palabra. Sé que no tengo cara alguna para negarme a algo así. No después de haber hecho lo que creo que hice.

Así, pues, una vez que dan por zanjado el tema, se marchan y me dejan sola.

Mi vista recorre la estancia y se detiene en la fotografía que hay sobre mi mesa de noche. Algo intenso y poderoso atenaza mi pecho cuando veo a mi familia en ella. No es una imagen reciente. En ella, Freya apenas tiene cinco años, Jodie nueve y yo doce; mamá luce más joven de lo que recuerdo, y papá no lleva puestos sus ridículos lentes.

En ese momento, los recuerdos brutales del accidente invaden mi cabeza y, de pronto, lo único que soy capaz de hacer es tratar de empujar lejos de mi memoria los gritos aterrorizados de Freya y los gemidos adoloridos de Jodie.

Papá fue el primero en morir; el impacto contra el tráiler lo mató de inmediato. Mamá fue la siguiente; ella murió cuando caímos por el barranco. Freya salió despedida en el momento de la colisión contra el suelo, pero no murió hasta dos días después. Jodie murió un día antes de que me encontraran —cuatro días después del accidente—. Tuvo una barra metálica atascada en el estómago todo el tiempo. Estoy segura de que le dolía como el infierno.

Yo quedé atrapada de la cadera hacia abajo, dentro del coche. Estuve a punto de perder la pierna izquierda. Mi cadera quedó pulverizada y una de mis vértebras se fracturó. Nadie esperaba que fuese capaz de caminar por mi cuenta después de eso; sin embargo, aquí estoy, de pie en una solitaria habitación, andando por mis propios medios.

El mundo entero dice que soy un milagro. Que Dios fue bueno conmigo y me dio una segunda oportunidad... Para mí, todo esto es más una tortura que un milagro.

Lo cierto es que Dios me dejó aquí, aun sabiendo que iba a estar sola. Me dejó aquí, aun sabiendo que hubiese preferido morir en ese lugar con toda mi familia.

Trato de lanzar los pensamientos dolorosos fuera de mi cabeza y me dejo caer sobre la cama sin siquiera molestarme en mover el edredón. Levanto los brazos y poso mi vista en los gruesos vendajes de mis muñecas.

El doctor preguntó una y mil veces con qué artefacto me hice las heridas; sin embargo, no pude responder. Yo tampoco tengo idea de qué demonios fue lo que hice, o *con qué* lo hice.

Lo único que sé en este momento, es que no puedo dejar de pensar en la pesadilla que me asecha siempre. No puedo evitar sentirme aterrorizada con las horribles similitudes que hay entre ese horrible sueño y lo que hice anoche.

«¿Qué demonios está pasando contigo, Bess?».



El calor en mi espalda hace que me remueva con incomodidad, así que me acurruco en un ovillo, pese a que estoy casi despierta. Lo sé porque soy consciente del dolor punzante de mis muñecas y del calor que me golpea la espalda; de la sábana enredada en mi pierna derecha y, sobre todo, del zumbido constante que resuena sobre la madera de mi mesa de noche.

Un gemido quejumbroso brota de mi garganta, pero estiro una mano hasta alcanzar el mueble. Empiezo a tantear en él antes de tomar mi teléfono y responder la llamada entrante sin siquiera molestarme en mirar el identificador.

—¿Diga? —mi voz suena ronca y pastosa debido al sueño.

—¿Sigues dormida? ¿Sabes qué hora es, Bess? —la voz de Emily termina por ahuyentar el sueño de mi sistema.

—¿Qué hora es? —escucho mi voz, pero suena extraña en mis oídos. Como si estuviera en un túnel a decenas de metros de distancia.

—¡Son las doce del mediodía! ¿Dahlia no te dijo que llamé ayer para ver cómo estabas? ¿Qué clase de accidente tuviste? —inquire—. Estaba muy preocupada por ti.

—No fue nada —miento—. Fue un pequeño corte con un cuchillo. Nada grave.

Cubro mi cara con un brazo, en un débil intento de aminorar la cantidad de luz que se filtra a través de mis párpados. No quiero contarle respecto a lo ocurrido. No quiero que ella sepa qué fue lo que pasó y que me mire del mismo modo en el que lo hacen Dahlia y Nate. No lo soportaría.

—¡Dios! Pero ¿estás bien?; de cualquier modo, ¡son las doce del jodido mediodía!; si mi mamá me encontrara dormida diez minutos después de la hora en la que se supone que debo de levantarme, me

gritaría hasta que saliera de casa. —Escucho el humor en su voz y una sonrisa de desliza en mis labios casi al instante—. Levanta tu desnudido trasero de esa cama y vamos a almorzar al centro.

—¿Vas a pagar mi Big Mac? —bromeo, mientras me incorporo.

—¡Por supuesto que no! —chilla con indignación.

—¡Oh, vamos, Ems!, paga mi Big Mac.

—¡Te he dicho que no! —me corta de tajo—. Apresúrate, que llego a tu casa en quince minutos —dice y, entonces, cuelga.

El silencio ensordecedor se apodera del ambiente mientras miro hacia todos lados. Intento no pensar en lo ocurrido los últimos días, pero es imposible; sobre todo cuando el dolor insoportable de mis muñecas no deja de recordarme que hay algo malo en mí.

Me toma alrededor de diez minutos alistarme. Mi pantalón de pijama es reemplazado por unos vaqueros desgastados y la sudadera con la que dormí es sustituida por una blusa de mangas largas que cubre mis vendajes a la perfección. Antes de enfundármela, me aseguro de cambiar las gasas que cubren los puntos en mis muñecas y coloco de nuevo las vendas en su lugar. Después, tomo una goma para el cabello, mi chaqueta, mi cartera y mi teléfono, y salgo a la sala de estar.

Dahlia y Nathan trabajan casi todo el día, así que no me sorprende encontrarme sola en el apartamento.

Estoy a punto de salir para esperar a Emily en la recepción del edificio, cuando me percató de la nota que está sobre la mesa de centro de la sala que dice:

Cenaremos juntos. Si sales, lleva tu teléfono.

Nunca hacemos nada juntos y no puedo evitar pensar que esto es un intento desesperado de Dahlia por traer normalidad a mi vida. Por sentirse un poco más en control de la situación.

El sonido del intercomunicador del apartamento me saca de mis cavilaciones y me obligo a empujar los extraños pensamientos lejos, para apresurarme a la salida, rumbo al elevador.

—Deberían prohibirte salir de casa sin desenredar tu cabello —mi amiga se burla cuando me acomodo en el asiento del copiloto de su viejo auto.

Ignoro su comentario y me concentro en la tarea de amarrar mi mata alborotada de hebras oscuras en un moño despeinado.

—Buenos días para ti también —le sonrío con desgana.

Conozco a Emily desde que puedo recordar. Solíamos vivir en el mismo barrio, así que asistimos a las mismas escuelas, incluso después de que se mudara. A pesar de todos los cambios por los que pasamos, aún sigue siendo la misma chica noble que conocí en el jardín de niños.

—Williams nos ha dejado un trabajo por equipos. Estás en el mío —dice, sin despegar la vista del camino.

Una sonrisa suave se dibuja en mis labios. Introduzco ambas manos dentro de los bolsillos de mi chaqueta y mi corazón da un vuelco cuando no soy capaz de sentir las llaves del apartamento.

—Gracias —mascullo mientras rebusco en los de mis vaqueros. No recuerdo haberlas tomado.

—Nada de «Gracias». Tendrás que hacer tú sola la mitad del trabajo por faltar a clases.

—De acuerdo —me encojo de hombros y continúo con mi búsqueda.

—A veces siento que me das la razón solo para mantenerme callada —se queja ella, en voz baja.

—¿Te sientes bien, Ems? —hablo, medio distraída, y ella mascula algo que no soy capaz de entender. En ese momento, mi ceño se frunce en confusión y sacudo la cabeza al tiempo que pronuncio—. ¿Qué dijiste?

—¡Dije que el imbécil de Frank no me ha llamado! —espeta, y sin que pueda evitarlo, salto en el asiento debido a la impresión.

Emily Smith, así toda intimidante como luce, es la persona más vulnerable que conozco. Contrario a lo que su mirada dura, piel oscura, rasgos afroamericanos y carácter explosivo dicen sobre ella, es la chica más enamoradiza, vulnerable y sentimental que he conocido en mi vida.

—Si no te ha llamado, es porque es un imbécil —resuelvo, porque sé que esas son las palabras que va a utilizar para definir su situación al final del día.

—¡Creí que era diferente! ¡Todo había salido de maravilla! —su expresión es tensa y triste al mismo tiempo. Sus manos aprietan el

volante con tanta fuerza, que sus nudillos se ponen blancos—. El idiota ni siquiera se ha dignado a llamar para decir que ha terminado todo. ¿Cuán poco hombre tienes que ser para hacer eso?

Lo cierto es que conoció a Frank no hace más de una semana, en una fiesta de la fraternidad de su hermano mayor. Es muy dada a tontear con chicos mayores que lo único que buscan es una noche de diversión. Ella cree que el amor de su vida va a presentarse a su puerta en el lugar más inesperado y que va a vivir un romance apasionado e intenso.

—Es un imbécil —digo con desdén, y añado en voz baja—: ¿Qué podías esperar de un chico al que conociste ahogado en alcohol?

Un suspiro cansado brota de su garganta, pero no dice nada más.

El resto del camino es silencioso, pero tranquilo. El auto flanquea por las calles más concurridas de Los Ángeles, pero el tráfico es bastante fluido a pesar de ser casi la hora del almuerzo.

Emily estaciona el coche a un par de calles de distancia del McDonald's de la calle South Hope, y nos encaminamos a pie entre el bullicio de la gente apresurada, que no presta atención a nadie ni a nada más que a sus propios asuntos.

Mi mirada viaja de manera distraída hacia los hombres y mujeres arriba de sus autos. Muchos de ellos tocan frenéticamente la bocina, como si pudieran hacer que el tráfico cediera con solo esa acción. La gente que camina por la calle luce apurada y ansiosa. Algunas personas empujan contracorriente, otras caminan distraídas, dejándose llevar por el andar y el ritmo apresurado de los demás.

Ems habla y yo la oigo, pero no la *escucho* en realidad. Mi cabeza está en un lugar muy lejos de aquí. Mi mente está concentrada en lo ocurrido hace un poco más de veinticuatro horas. Está preguntándose una y otra vez qué habría ocurrido si Dahlia no se hubiese levantado al baño. Está cuestionándose qué habría sucedido si hubiese estado lo suficientemente adormilada como para no sentir el dolor de mis muñecas. Como para no despertar de pronto y morir desangrada en el baño del apartamento de mi tía.

Me pregunto, por milésima vez, qué está pasando conmigo. Y, por milésima vez, no tengo la respuesta.

Distintas tonalidades de piel pasan como un borrón a mi alrededor; distintos tipos de ojos, distintos colores de cabello; formas de caminar

y de vestir... Personas absortas en su mundo. Personas que parecen haber nacido con un teléfono celular pegado a la mano. Gente que es ajena a los problemas del resto...

¿Quién puede culparlos por su indiferencia cuando hay tanto con qué lidiar en el mundo real? A veces, es más fácil sumergirse en la tecnología y olvidarse de todo.

Vivimos en un mundo que nos ha enseñado que debemos valernos por nosotros mismos, porque solo el más fuerte prevalece. El fuerte somete al débil y el débil somete a aquel que no puede defenderse... Y nadie quiere ser esa persona. Nadie quiere ser el eslabón más débil en la cadena. Nadie quiere ser quien cede o da la razón.

Libramos pequeñas batallas con quienes nos rodean, para no ser devorados por este delicado sistema. Por la crueldad de la sociedad en la que vivimos.

Y es entonces, cuando me pregunto si habrá alguien, entre toda esta gente, que se sienta de la misma forma que yo. Me pregunto si habrá alguien, que no sepa cómo ganar sus propias batallas porque no sabe a qué está enfrentándose en realidad.

¿Cómo te enfrentas a las pesadillas y a los miedos irracionales? ¿Cómo peleas contra los lapsos perdidos de memoria? ¿Cómo luchas contra la sensación enfermiza que provoca la sola idea de pensar que estás volviéndote loca? ¿Cómo lidias con toda esa mierda...?

Mi vista se detiene una fracción de segundo. Solo una fracción de segundo en la cual, soy capaz de distinguir una silueta inmóvil en medio del caos. Mis ojos se clavan en ella y me quedo sin aliento durante unos cuantos segundos.

La gente ni siquiera parece notarlo. La gente ni siquiera lo toca. Es como si no estuviera ahí.

Mi ceño se frunce.

«¿Qué demonios?».

En ese instante, su mirada viaja en mi dirección y el reconocimiento me golpea con brutalidad. *Conozco* esa mirada. *Conozco* ese par de ojos color gris claro. *Conozco* la intensidad de su ceño fruncido... Y lo conozco a *él*.

«Pero ¿de dónde?».

Todo en él es atterradoramente familiar. Sé que he visto a ese tipo antes, pero no logro conectar los puntos en mi cabeza.

Lo observo detalladamente con la esperanza de encontrar el nombre que va relacionado a esa cara, pero nada viene a mi memoria.

Su figura es alta e imponente; su cabello, negro como la noche, parece haber sido asaltado por una ráfaga de viento; su piel pálida hace que el color claro de sus ojos resalte y una fina capa de vello facial le cubre la mandíbula.

Lo conozco. *Sé* que lo conozco, pero no logro averiguar de *dónde*.

Su quijada angulosa se aprieta y sus tupidas cejas se fruncen en un ceño profundo cuando me mira directo a los ojos y todo a mi alrededor pierde enfoque.

«¿Quién eres?»

—¿Bess? —vuelco mi atención hacia Emily, quien me mira como si me hubiese vuelto loca—. ¿Qué estás mirando?

Sus ojos buscan el punto en el que mi atención estaba fija, y yo me giro, dispuesta a indicarle a aquel chico que me parece tan familiar; no obstante, cuando lo hago, no logro encontrarlo.

Ahí no hay nada. No hay *nadie*.

Rebusco el lugar con la mirada, pero no encuentro nada más que caos vial y personas apresuradas, y la confusión incrementa un poco más.

—Creí haber visto a alguien que conozco —digo, al cabo de unos instantes de silencio, pero mi voz suena inestable y ronca—, supongo que lo imaginé.

Echo otro vistazo, pero no encuentro nada. Mi corazón se acelera en ese instante y siento que me falta el aliento. De pronto, empiezo a dudar que hubiese alguien ahí realmente y eso solo hace que el pánico se arraigue en mi cuerpo.

«¡Tranquilízate, Bess!», digo, para mis adentros, y trato de mantener a raya la sensación enfermiza que me invade, pero es imposible.

—¿Entramos ya? —Emily habla, con impaciencia, y yo asiento porque no soy capaz de confiar en mi voz para hablar. Porque soy incapaz de hacer otra cosa que no sea pensar en lo que acaba de ocurrir—. Vamos, entonces —dice, y le regalo otro gesto afirmativo antes de obligarme a seguirle en dirección a la entrada del McDonald's.





2



PARANOIA

El bullicio de la gente estalla en mi audición en el instante en el que arranco los audífonos de mis orejas. El metal chirriante de las puertas de los casilleros siendo golpeados, hace que las conversaciones suenen amortiguadas y difusas.

Miro de reojo hacia todos lados, pero trato de no hacer contacto visual con nadie mientras me abro paso hacia las escaleras que dan al segundo piso del edificio.

Las risas y los chillidos eufóricos son ajenos a mí mientras me concentro en llegar a mi destino sin llamar la atención. No es como si yo fuera una persona que suele sobresalir. A decir verdad, soy bastante buena para perderme entre la gente. No suelo destacar en ningún ámbito: mis calificaciones no son malas, pero tampoco son perfectas; no destaco en los deportes o en las artes; tampoco soy una persona sociable o con facilidad de palabra. Soy una chica mediocre en todos los aspectos y me siento bien de esta manera.

Siempre he creído que sobresalir debe ser un horrible tormento. Las personas que destacan suelen ser observadas y juzgadas todo el tiempo. No sé si soportaría ser el centro de atención. No sé si soportaría escuchar todas esas cosas crueles que la gente suele decir a las espaldas de los demás. Simplemente no estoy hecha para eso.

Subo las escaleras a paso lento y cauteloso. Temo que en cualquier momento alguien pueda abordarme y preguntarme acerca de los motivos por los cuales no asistí a clases los últimos tres días.

Dahlia se encargó de llamar a la escuela para explicar los motivos por los cuales no me presenté, y tengo entendido que también pidió absoluta discreción respecto al tema de mi hospitalización. Una parte

de mí agradece que lo haya hecho. Lo último que necesito es tener a cientos de alumnos curiosos especulando acerca de los motivos por los cuales intenté quitarme la vida... Si es que realmente traté de hacerlo.

Sin embargo, la otra parte, esa que se rehúsa a creer que traté de hacer algo tan horrible, se siente acorralada e indignada. Mi tía se ha encargado de hacer que todo el mundo a mi alrededor se entere del incidente. Incluso se ha encargado de pedirles a todos que tengan un ojo sobre mí solo porque me rehusé a pasar una temporada en un sanatorio mental, justo como recomendaron en el hospital; y eso, por mucho que no quiera aceptarlo, me irrita en demasía.

Sé que lo hace porque está preocupada, pero está volviéndome loca. A veces, deseo con todas mis fuerzas poder recordar qué fue lo que pasó esa noche, pero, por más que trato, no puedo hacerlo y eso no ha dejado de torturarme ni un solo instante.

Subo otro tramo de escaleras y me detengo a pocos metros de distancia de la pizarra de anuncios; justo donde se encuentra mi casillero. Introduzco la clave del seguro y golpeo la puerta un par de veces antes de que las bisagras den de sí. Acto seguido, tomo los libros que necesitaré a lo largo del día, y después me encamino hacia mi salón de clases.

Estoy a punto de entrar al aula, cuando una figura imponente es captada por el raballo de mi ojo. Es apenas un vistazo rápido y fugaz, pero es suficiente para reconocer aquella mirada dura y penetrante.

Entonces, me congelo por completo.

Algo parece haberse accionado dentro de mi cabeza. Es un recuerdo vago de hace un par de días. Una memoria difusa y dispersa de la que he tratado de olvidarme.

Casi puedo dibujar aquel cuerpo estático afuera del restaurante de comida rápida al que fui con Ems. Casi puedo dibujar aquel gesto duro y fuerte en mi memoria y, es justo en ese preciso instante, que lo recuerdo...

«¡Es él! ¡Es el tipo del McDonald's!».

Un escalofrío helado recorre mi espina dorsal y vuelvo a mirar en dirección al pasillo. Mi corazón se detiene durante una dolorosa fracción de segundo, antes de reanudar su marcha a una velocidad antinatural. Algo intenso y vicioso atenaza mis entrañas, y lo único que puedo hacer es mirar aquel punto en el pasillo.

No hay nadie ahí.

Mis manos se cierran en puños, pero ni siquiera eso es capaz de detener el temblor que me provoca la ansiedad que me invade.

Doy un paso tentativo en dirección al corredor, pero me detengo en seco. No estoy muy segura de qué demonios es lo que quiero hacer, pero tampoco puedo apartar la vista de ese punto.

—¿Quieres moverte? —Una voz irritada y molesta llega a mis oídos y me saca del trance en el que he entrado casi de inmediato.

Mi atención se vuelca en dirección a la chica de rasgos orientales que me mira como si quisiera arrancarme la cabeza con sus propias manos, pero me toma unos segundos reaccionar y darme cuenta de que obstruyo la entrada al salón de clases. Es hasta ese momento, que mascullo una disculpa antes de apartarme de su camino.

Tomo una inspiración profunda, en un intento desesperado por calmar el latir desbocado de mi corazón, pero el saco de piedras que se ha instalado en la boca de mi estómago no se va. Trato de repetirme una y otra vez que no debo entrar en pánico, pero la opresión dentro de mi pecho es cada vez más insoportable.

Mi mirada barre el corredor una vez más, pero no soy capaz de ver nada fuera de lo normal.

«¡Debes tranquilizarte, maldita sea!», me digo a mí misma, pero no puedo sacudirme del cuerpo la ridícula sensación de que alguien está observándome.

Mis párpados se cierran con fuerza y tomo una inspiración profunda antes de obligarme a entrar al aula. Debo dejar de darle vueltas al asunto. Solo fue una mala jugada de mi cabeza. Solo necesito dormir un poco más y dejar de abusar de las pastillas para dormir.

«Sí... Solo eso necesito».



El almuerzo llega sin contratiempos y, cuando llego a la mesa que suelo compartir con Emily, me limito a escucharla parlotear sin cesar acerca de cuán atractivo le parece el profesor de química. No tenemos muchas clases juntas, pero las pocas que paso a su lado son las mejores. Ems es la única persona que trae normalidad a mis días últimamente.

Agradezco muchísimo el hecho de que el psicólogo le haya dicho a mi tía que, estar en la misma escuela que ella luego de la muerte de mis padres, era lo mejor que podía hacer por mí. De no haber sido por eso, probablemente Dahlia me habría inscrito en un colegio cercano a la zona en la que ella trabaja.

—Como sea —dice, dando por zanjado el tema sobre los proyectos por equipos que tenemos pendientes—. El sábado habrá una fiesta en casa de Phil Evans.

Mi ceño se frunce ligeramente mientras trato de recordar quién es sin tener éxito alguno. Por más que lo intento, no logro ponerle una cara al nombre pronunciado.

—¿Phil Evans?

—¡Dios mío, Bess! ¡Phil «estoy-como-quiero» Evans! —suena indignada, pero sigo sin tener una idea de quién se trata—. ¡No puedo creer que no sepas quién es! ¿En qué mundo vives?, el tipo salió con Tasha Johnson y la botó por una chica universitaria.

Mi mente evoca una imagen de Tasha, una de las chicas más populares de toda la escuela, pero no soy capaz de recordar a ese chico en particular.

—¡Oh!, ya lo recuerdo —miento.

Mi amiga luce aliviada.

—Como sea, el punto es que conseguí que Bruce, el amigo del hermano de Phil, nos invitara. —Prosigue con su plática—. Así que prepárate porque este sábado tú y yo tenemos planes.

Mis cejas se alzan con incredulidad.

—Debes estar bromeando. No voy a ir a ninguna fiesta y lo sabes —respondo, tajante.

Emily se inclina hacia adelante para señalarme con su dedo índice.

—Oh, no, cariño. Vas a acompañarme a esa fiesta así tenga que arrastrar tu culo por toda la ciudad. No voy a permitir que te quedes en casa otro fin de semana.

—Suenas como Dahlia —mascullo, enfurruñada.

—¡Tu tía Dahlia es una mujer sensata! —chilla—. ¡Bess, por el amor de Dios!, tienes diecisiete años y actúas como si fueses una mujer de treinta. Deberías estar yendo a fiestas, escabulléndote para encontrarte con un chico y besuquearte con él en la parte trasera de su coche;

embriagándote sin motivo alguno y fumando hierba solo para descubrir que la odias —su expresión pasa de molesta a preocupada—. En poco menos de dos meses empezarán las vacaciones de verano y, cuando menos lo esperemos, estaremos de vuelta aquí, como estudiantes de último curso. Solo nos quedará un año para hacer todas esas cosas divertidas que nunca hemos hecho; después de eso, yo entraré a la universidad comunitaria y tú irás a esa universidad para cerebritos a la que deseas aplicar, ¿cómo se llama?

—Stanford —medio sonrío—. Y no es para cerebritos.

Ella hace un gesto desdeñoso con su mano, para restarle importancia.

—¡Lo que sea! —dice—. El punto es que *mezezco* esto. Mezezco que seas mi compañera de aventuras, Bess. No quiero a nadie más conmigo para hacer esto —su voz se suaviza y mi corazón se estruja.

¡Maldita sea! ¡La odio! Sabe perfectamente cómo manipularme.

—Te odio —mascullo—. Más te vale no perderte con un chico y dejarme ahí como idiota.

Emily se arroja sobre la mesa para envolver sus brazos alrededor de mi cuello y chillar cosas que no logro entender. Siento la atención de todos en la cafetería puesta en nosotras, pero no puedo evitar reír un poco ante su euforia.

El resto de las clases pasan como una tortura lenta y dolorosa. La temporada de exámenes y proyectos de fin de año se acerca, y todos los profesores han comenzado a atiborrarnos de proyectos pesados y tediosos para entregar durante las últimas semanas de ciclo escolar.

No veo a Ems al salir de la escuela, pero sé que tiene entrenamiento con el equipo de baloncesto, así que sé que debo tomar el autobús a casa.

Una vez ahí, me encuentro con la sorpresa de que Dahlia ha dejado la oficina solo para llevarme a mi primera cita con el psicólogo. No me atrevo a decir nada mientras conduce por las familiares calles. A decir verdad, ni siquiera sé por qué nos subimos al auto. El consultorio médico está atravesando uno de los parques cercanos al edificio donde vivimos. En realidad, más que un parque, parece una pequeña reserva ecológica. La gente lleva ahí a pasear a sus mascotas y, por las

mañanas, está repleto de corredores y personas que desean llevar un estilo de vida más sano.

Cuando llegamos al consultorio, Dahlia anuncia que debe volver a su oficina, así que me hace prometer que le mandaré un mensaje de texto en el instante en el que llegue al apartamento cuando regrese de la sesión.

Es hasta ese momento, que me encamino hacia el interior del complejo oficinal donde tendré mi terapia.

Subo un montón de escaleras antes de llegar a la pequeña recepción improvisada justo al llegar al cuarto piso. Una vez ahí, me detengo y me tomo mi tiempo para inspeccionar el lugar.

El mobiliario en la estancia es casi nulo. Solo hay un par de sillones recubiertos con cuero de color negro, un par de vitrinas repletas de libros de aspecto antiguo y un enorme escritorio que mira en dirección a las escaleras. Las paredes blancas han sido decoradas con cuadros abstractos y coloridos, mientras que un par de macetas con plantas de sombra traen vida a la austera habitación.

Además de eso, lo único que puedo ver desde mi perspectiva, son un par de puertas de madera que —asumo— llevan a los consultorios de los psicólogos que trabajan aquí.

Hay una mujer detrás del escritorio y está concentrada en la pantalla de la vieja computadora sobre el mueble de madera, pero, en el instante en el que se percata de mi presencia, me regala una sonrisa amable.

—Bess Marshall, ¿cierto? —dice, tras mirar la agenda que descansa sobre el escritorio. Yo me las arreglo para devolverle la sonrisa y asentir—. El doctor Thompson está esperándote dentro. —Hace un gesto de cabeza en dirección a una de las puertas de la estancia—. Pasa.

El consultorio es completamente diferente a lo que imaginé que sería. No hay sillón negro para recostarme a hablar sobre tus problemas, ni libreros de pared a pared repletos de ejemplares de psicología y psiquiatría. La habitación parece más bien una sala de estar. Incluso, hay un televisor al fondo del cuarto.

Me detengo unos segundos contemplando el ejemplar de *Bajo la misma estrella* que descansa sobre el escritorio y, solo entonces, me atrevo a ponerle un poco de atención al hombre que se encuentra detrás de él.

◉

Mi psicólogo es un tipo al que puedo calcularle cuarenta y pocos años. Su cabello entrecano y sus facciones duras hacen que el rostro amable del hombre que me trajo al mundo se dibuje en mi memoria constantemente. Hacen que la imagen de mi papá me inunde y eso solo consigue que viejos recuerdos salgan a la superficie.

De pronto, me encuentro atrapada en las vagas memorias que tengo acerca de él —él sonriendo, él hablando, él mirando a mi mamá como si fuese la mujer más hermosa en la tierra...— y mi corazón se atena-za. Mi pecho se tensa y duele con el centenar de emociones encontradas que me embargan.

En ese momento, el aliento se me atasca en la garganta y, sin más, se siente como si el aire en la habitación no fuese suficiente. Como si no existiese oxígeno en el mundo capaz de llenarme los pulmones.

Odio recordar. Odio vivir de los recuerdos, y al mismo tiempo, me aterroriza olvidar. Temo despertar un día y no poder dibujar la mirada sabia de mi mamá, o la sonrisa juguetona de Freya. Me enferma pensar que un día no voy a ser capaz de dibujar en mi memoria las facciones de Jodie, ni la barba incipiente de papá los domingos por la mañana.

◉

Odio estar aquí sin ellos. Odio querer retroceder en el tiempo. Odio no poder decir «lo siento» por todas esas cosas que hirientes que hice o dije alguna vez. Odio estar aquí sentada y tener que mantener mis piezas juntas; porque yo estoy aquí, y ellos se fueron, y debo afrontarlo a como dé lugar. Debo aceptarlo, aunque no quiera hacerlo.

Una extraña punzada de dolor invade mi pecho, pero me obligo a mantener mi expresión en blanco mientras avanzo hasta el mullido sillón frente al escritorio.

—¿Cómo estás, Bess? —el hombre habla, tras unos minutos en total silencio.

Odio esa pregunta. A la gente le importa una mierda si te encuentras bien o no, pero preguntan de cualquier modo. El significado de esas palabras se pierde en una conversación cotidiana en la que la única respuesta esperada siempre es un simple «bien». Sin embargo, en terapia psicológica, decir que estás bien, es signo de que todo va muy mal.

—He tenido días mejores —digo, después de otros instantes de glorioso silencio. Mi voz sale en un susurro débil, pero eso no impide que una sonrisa forzada se dibuje en mis labios.

La cabeza del doctor Thompson se inclina hacia la izquierda con curiosidad, pero su expresión sigue siendo inescrutable.

—¿Qué tal la escuela? —dice, pero sé que quiere preguntar el motivo de mi respuesta anterior.

—La preparatoria apesta —trato de mantener una expresión casual, pero no estoy segura de lograr lucir despreocupada.

—¿Y las pesadillas?

Me saca de balance el hecho de que me trata como si nos conociéramos de toda la vida. Como si nos hubiésemos visto con anterioridad y tuviera el derecho de preguntarme sobre cosas tan personales como esas.

—No he tenido ninguna. He dormido como un jodido bebé toda la semana —sonrío, pero no quiero hacerlo en realidad.

—¿Cómo va la recuperación de las heridas?

Todo mi cuerpo se tensa en el momento en el que escucho esa pregunta.

—El martes me quitarán los puntos, pero ya tengo costras y han empezado a darme mucha comezón —trato de hablar con la mayor naturalidad posible, pero apenas lo consigo.

Una sonrisa suave se dibuja en sus labios.

—Imagino que Dahlia sigue alterada por lo sucedido —dice, en tono casual. Odio que crea que no me doy cuenta de la forma sutil en la que pretende sacarme información.

—Lo está —le doy la razón, pero no hago nada por ahondar en el tema. No voy a darle lo que quiere.

—¿Y tú? ¿Estás más tranquila ahora? ¿Has podido recordar algo?

Mis puños se cierran y mi mandíbula se aprieta. Mis entrañas se revuelven en ese instante, pero trato de mantener mi expresión serena.

Es en ese momento, que el coraje me invade entera. No esperaba que estuviese al tanto de mi laguna mental, pero no me sorprende que mi tía se lo haya mencionado. No quiero estar molesta con ella, pero lo estoy. Estoy más allá de lo enojada porque me ha obligado a venir a terapia y le ha hablado sobre mi vida a un completo desconocido.

—No. —Apenas puedo arrancar las palabras de mi boca—. No recuerdo nada.

Asiente y nadie dice nada por un largo rato.

—¿Pensaste en el suicidio alguna vez? —estoy casi segura de que han pasado alrededor de tres minutos, antes de que se atreva a hablar una vez más.

Mi corazón se acelera un poco y un escalofrío me recorre la espina dorsal. De pronto, se siente como si una roca hubiese sido arrojada dentro de mi estómago. Como si toda la sangre de mi cuerpo se hubiese agolpado en mis pies; y no es hasta ese momento, que me doy cuenta de cómo es que mi mente ha comenzado a llenarse poco a poco con pensamientos oscuros.

No esperaba que llegara ahí tan rápido.

He pensado en la muerte más veces de las que me gustaría admitir. He imaginado una y mil veces lo fácil que sería, simplemente, dejar de existir; pero nunca he cruzado esa línea. Nunca he permitido que mis demonios ganen esa clase de batallas.

He tratado una y otra vez de recordar qué sucedió esa noche, pero el hueco en mi memoria sigue ahí. No he podido dejar de pensar en otra cosa que no sea en eso; pero, si de algo estoy segura, es de que no traté de suicidarme. No pude haber hecho algo así. Soy demasiado cobarde para eso.

—No traté de suicidarme —mi voz sale en un susurro tembloroso y enojado.

El médico me mira durante un largo momento.

—No pregunté eso —dice.

—Pero sé a dónde quiere llegar con esa pregunta, y la respuesta es: no. No traté de suicidarme —digo, a la defensiva.

—¿Cómo estás tan segura? Dices que no recuerdas nada, Bess.

Quiero gritar, pero el nudo en mi garganta apenas me permite respirar. Apenas me permite hacer nada que no sea mirarle fijamente, al tiempo que cierro las manos en puños y me clavo las uñas en las palmas. El dolor es bien recibido y eso me hace sentir un poco más tranquila. Un poco más... *enferma*.

Mi vista se posa fugazmente en el reloj de pared detrás del sillón donde el doctor Thompson se encuentra ubicado, y la frustración se apodera de mi cuerpo cuando me percaté de que la hora de nuestra sesión apenas ha empezado y yo ya quiero marcharme.

Él se limita a mirarme. Sé que espera una respuesta, pero no puedo dársela. No puedo hacerlo porque ni siquiera yo misma sé qué demonios ocurrió esa noche.

«¡Al demonio!».

Sin decir una palabra, me pongo de pie y me encamino hasta la puerta.

El alivio invade mi cuerpo con cada paso apresurado que doy, pero este no dura mucho, ya que una voz ronca y familiar me llena los oídos y me hace detenerme en seco:

—No estoy tratando de forzarte a admitir algo de lo que ni siquiera tú estás segura, Bess. Solo quiero ayudarte, pero no puedo hacer nada por ti si no me dejas. Has pasado por demasiadas cosas. Hay un punto de quiebre y, eventualmente, llegarás al tuyo. Si no empiezas a sanar cosas desde ahora, el quiebre va a afectarte más de lo que esperas.

Mis ojos se cierran y el nudo en mi garganta se aprieta.

—¿Puedo irme ya? —me limito a decir, tras un silencio largo y tirante. Ni siquiera me atrevo a volverme para mirarlo; así que, cuando no responde, abro la puerta del consultorio médico y salgo lo más rápido que puedo.

La mujer de la recepción dice algo, pero ni siquiera me molesto en detenerme para averiguar qué es lo que desea. Me apresuro hasta las escaleras y casi tropiezo con mis propios pies cuando camino lo más rápido que puedo hasta llegar al primer piso.

Abro la puerta de metal que me separa de la calle con un empujón brusco, y el aire frío es bien recibido por mis nervios alterados.

El temblor de mis manos es incontrolable y mi corazón late tan fuerte, que temo que va a escaparse de mi cuerpo. Estoy cansada de sentirme como lo hago. Estoy cansada de tratar de luchar contra la sensación de opresión en mi pecho, y el hundimiento que me ha acompañado durante tanto tiempo. No puedo con esto. No soy así de fuerte.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que me atreva a echar a andar por la calle vacía, pero no me toma mucho tiempo llegar al parque que debo atravesar para ir a casa.

No me molesta en lo absoluto tener esa enorme arbolada para recorrer. Disfruto demasiado del pedazo de cielo que hay en medio de esta jungla urbana. Me gusta pensar que, cuando los seres humanos

nos vayamos, las edificaciones serán recubiertas por la fuerza y voluntad de la madre naturaleza. Que habrá árboles entre las grietas de pavimento y aves haciendo sus nidos en los alféizares de las ventanas de los edificios, sin miedo alguno de los peligros impuestos por los seres humanos.

No me jacto de ser una amante de la naturaleza; pero disfruto de los espacios al aire libre y el sonido de las hojas de los árboles al ser agitadas por el viento. A veces, entre el ir y venir de los días apresurados y estresantes, olvidamos lo agradable que es detenerse a tomar un respiro.

Desde el accidente, entendí que la vida inicia y termina en un abrir y cerrar de ojos. Entendí que nada es para siempre y que no hay forma alguna de detener el paso del tiempo. Los días pasan y nosotros con ellos. El destino de cada uno de nosotros está escrito, y tarde o temprano vamos a desaparecer sin dejar otra cosa más que recuerdos en la memoria de otra persona. ¿Para qué vivir preocupados entonces? ¿Para qué llenarnos de tareas absurdas y banales? ¿Para qué abrumarnos con lo que el mundo piensa sobre nosotros?...

La música resuena en mis oídos mientras avanzo por el camino pavimentado que cruza el parque. Una vieja canción de Guns N' Roses hace que todos los pensamientos tortuosos se desvanezcan entre acordes melódicos y solos de guitarra.

Hundo mis manos en los bolsillos de la vieja sudadera que llevo puesta, y subo el volumen de la música a tope.

De pronto, la melodía se detiene de golpe. Mi ceño se frunce y saco mi teléfono para detectar el problema. Presiono el botón lateral para que la pantalla se ilumine, pero nada sucede. Presiono, entonces, el botón de encendido y espero a que el aparato reaccione, pero, cuando lo hace, lo único que soy capaz de mirar, son píxeles iluminados en todos lados.

—¿Qué demonios?... —Trato de apagarlo de nuevo, pero el aparato parece haber adquirido voluntad propia.

Estoy a punto de retirar la tapa para quitarle la batería, cuando un escalofrío recorre mi cuerpo entero.

La enfermiza sensación de estar siendo observada me invade y mi corazón se acelera un poco. Mis ojos se aprietan con fuerza e inhalo

profundo. Me repito una y otra vez que debo dejar la paranoia. Nadie está siguiéndome. No hay motivo alguno para que eso suceda.

«No mires atrás, no seas paranoica. No mires atrás, no seas paranoi-ca. No mires... ¡Oh, maldita sea!».

Entonces, miro hacia todos lados con lentitud.

Soy plenamente consciente de los pequeños sonidos a mi alrededor y mi carne se pone de gallina mientras echo una ojeada solo para comprobar que nadie viene detrás de mí.

Soy capaz de sentir el latir de mi pulso detrás de mis orejas. El miedo irracional está apoderándose de mi sistema con tanta rapidez que apenas puedo contenerlo. Me siento como una completa estúpida, pero no puedo apartar de mí el pánico que me invade.

Estoy a punto de echarme a correr. No puedo dejar de mirar a todos lados. No puedo dejar de sentir que alguien me vigila de cerca. Quiero gritar de frustración por lo ridícula que estoy siendo, pero no hago otra cosa más que ponerme en marcha de nuevo.

Quito los auriculares de mis oídos y los guardo en el bolsillo trasero de mis vaqueros antes de echar otra ojeada alrededor.

«¡Nadie está siguiéndote, Bess!, debes tranquilizarte. ¡Ahora!», grita una voz dentro de mi cabeza, y me obligo a aminorar la velocidad de mis pasos para acompañar mi respiración.

La alarma se enciende en mi sistema y, como si algo se hubiese apoderado de mi cuerpo, me giro con brusquedad.

Acabo de ver algo.

Acabo de ver a *alguien*.

«Oh, Dios mío».

Una sombra pasa a una velocidad inhumana justo a mi izquierda y me vuelco con tanta rapidez, que tengo que dar un paso hacia atrás para evitar caer.

Mis ojos recorren el espacio entre los árboles, en busca de alguna figura que me haga darme cuenta de que no estoy perdiendo la cabeza, pero todo ha sido tan rápido, que dudo que lo haya visto realmente.

Estoy tan paranoica en estos momentos, que dudo hasta de mis propios sentidos.

«No pasa nada. No pasa nada. No pasa nada...», trato de tranquilizarme, pero es imposible hacerlo.

Otra sombra pasa cerca de mí y me vuelvo sobre mis talones frenéticamente.

Tengo miedo. Miedo de encontrarme con el mismo chico del otro día. De toparme con algo peor. Me aterroriza, incluso, pensar en la posibilidad de no hallar nada y darme cuenta de que he perdido la cordura.

Mis manos se aprietan en puños y trato, desesperadamente, de mantener mis nervios a raya, pero es imposible. Mi cabeza no deja de gritar que debo echarme a correr, a pesar de que no tengo la certeza de que algo esté ocurriendo en este lugar. Aunque no tengo la certeza de si estoy enloqueciendo.

«¡Corre!», me grita el subconsciente y, sin más, lo hago.

Mi respiración es cada vez más dificultosa y mis pulmones duelen con cada calada de aire helado que entra en ellos, pero no me detengo. No dejo de moverme porque la ansiedad es tan grande ahora, que me eriza los vellos de la nuca y envía al borde del colapso.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero, cuando me doy cuenta, he salido de la reserva y estoy a pocas calles del apartamento. No obstante, no dejo de correr. No, hasta que visualizo el edificio donde vivo.

Antes de encaminarme hasta ahí, mi mirada recorre la calle y suspiro con alivio al no ver nada extraño. Me giro sobre mis talones y avanzo hasta el enrejado de metal de la recepción del complejo. En ese momento, y aún con el corazón latiéndome a toda velocidad, busco las llaves en mis bolsillos hasta que doy con ellas.

Acto seguido, abro la reja.

Estoy a punto de entrar. Estoy a punto de poner un pie dentro del edificio, cuando un escalofrío me invade. Cuando mi cuero cabelludo pica y la sensación enfermiza de estar siendo observada me asalta una vez más.

«Ya no más. Por favor, ya no más».

Tomo una inspiración profunda, y me repito una y otra vez que no tengo absolutamente nada de qué preocuparme; que debo entrar y olvidarme de lo que pasó, pero no puedo hacerlo. Mi parte paranoica ha ganado una vez más y, con lentitud, me giro sobre mi eje solo para echar otro vistazo rápido.

Un grito se construye en mi garganta en el instante en el que lo veo.

Él —el chico que creí haber visto afuera del McDonald's y en el corredor de la escuela esta mañana— está parado del otro lado de la calle. Justo frente a mí.

Hay alrededor de cuatro metros de distancia entre nosotros y aun así, soy capaz de sentir su penetrante mirada fija en mí.

Una media sonrisa torcida se desliza por sus labios y un hoyuelo se dibuja en una de sus mejillas; no obstante, no es una sonrisa amable. Luce más como una amedrentadora.

Mi corazón late a una velocidad impresionante, pero me obligo a tragarme el pánico que me invade y las ganas que tengo de ponerme a gritar.

«No es real, no es real, no es real», me digo a mí misma una y otra vez, mientras corro hacia el interior del edificio... pero no estoy segura de que realmente no lo sea.

3

CONFUSIÓN

Voy tarde.

El corredor que da a mi aula está casi desierto, y eso es lo único que necesito para saber que llevo casi diez minutos de retraso.

Sé que mis intentos por llegar a clase son en vano. De nada sirve que corra por el pasillo cuando sé que la profesora Murphy no va a dejarme entrar al aula y va a mandarme directo a detención.

«¡Maldito sea el estúpido despertador! ¡Malditas sean las odiosas pesadillas!».

Las suelas de mis desgastadas Converse derrapan en el instante en el que me detengo frente a la puerta. Acto seguido, arranco los audífonos de mis orejas y los envuelvo en un puño antes de golpear la madera con los nudillos.

No pasan más de un par de segundos antes de que Gloria Murphy, mi maestra de álgebra avanzada, aparezca en mi campo de visión. Una de sus perfiladas cejas se alza cuando me ve, pero se toma unos instantes para regodearse en mi mueca preocupada y avergonzada, antes de adoptar una postura amenazante.

—¿Sí? —la arrogancia en el tono de su voz me hace querer golpearla, pero me limito a mirarla a los ojos mientras trato de recuperar el aliento.

—¿Puedo pasar? —mi voz suena agitada y temblorosa.

Ella mira el reloj de pared que se encuentra justo sobre el pizarrón, antes de volverse hacia mí.

—Llevas nueve minutos de retraso. ¿Crees que voy a dejarte entrar?

—Nunca he llegado tarde a su clase —protesto—. Además, ni siquiera ha sonado el segundo timbre.

Sus brazos se cruzan sobre su pecho y suspira con pesadez. Parece estar dividida entre lo que quiere hacer y lo que es correcto. Finalmente, se aparta de mi camino.

—Que sea la última vez que llegas tarde, Marshall.

Entro al salón de clases lo más rápido que puedo, pero sé que todo el mundo está mirándome. La humillación quema en mi torrente sanguíneo y se materializa en mi cara a manera de rubor. Pese a eso, avanzo entre las filas de butacas sin levantar el rostro para no ver a nadie directamente.

Estoy a punto de llegar a mi pupitre habitual, cuando me percató que hay alguien sentado en él. Me congeló al instante y, sin poder evitarlo, observo al intruso que ha osado sentarse en mi lugar. El desconocido tiene toda su atención fija en el libro de texto abierto frente a él, pero levanta su vista al sentir mi cercanía.

Entonces, todo mi mundo se tambalea. Ojos grises me observan con fijeza y un escalofrío me recorre el cuerpo, poniéndome la carne de gallina. El aire se atasca en mis pulmones y un grito se construye en mi garganta. El chico del McDonald's —el que me observaba desde el otro lado de la acera cuando corrí hasta casa después de mi sesión con el psicólogo, el que ha estado atormentándome en pesadillas durante toda la maldita semana— está *aquí*.

Está aquí y me observa con una frialdad indescriptible.

Se ve diferente. Su mandíbula angulosa —esa que antes mostraba una fina barba— está libre de vello y la manera en la que su cabello cae desordenado sobre su frente, le da un aspecto más... *joven*. A pesar de todo, sé que es él. Estoy segura.

Es imposiblemente atractivo, pero no es eso lo que me ha paralizado por completo. Es la inexpresividad en su rostro lo que hace que no pueda moverme. Lo que hace que quiera correr lejos.

Luce salvaje, cruel y aterrador, y al mismo tiempo, luce tranquilo y sereno; como un depredador a punto de devorar a una presa que no tiene escapatoria alguna.

La falta de emociones en su rostro es más terrorífica que cualquier gesto furibundo que haya visto en mi vida. Se siente como si estuviese mirando una estatua o una pintura, y no logro entender por qué, de pronto, tengo tanto miedo.

Es como si todo su ser despidiera un aura pesada y oscura. Como si mi subconsciente fuese capaz de percibir algo malo en él y es por eso por lo que me causa tanto repelús.

—¿Qué estás haciendo, Marshall? —la voz de la profesora Murphy suena a mis espaldas—. Toma asiento ya.

El chico frente a mí alza las cejas y mi estómago se revuelve con violencia. Estoy aturdida y abrumada, pero me obligo a avanzar hasta el primer asiento vacío que encuentro.

El temblor de mis piernas no se va ni siquiera cuando me siento y el pánico no hace otra cosa más que arraigarse en mi sistema.

Nadie parece afectado por la presencia de este chico en el aula. Nadie cuchichea o hace comentarios respecto al tipo nuevo en la reducida habitación y eso, por sobre todas las cosas, me descoloca. Me lleva al borde del ataque de ansiedad.

Es como si estuviesen acostumbrados a su presencia. Como si llevara aquí el curso entero y su presencia no supusiera ninguna novedad.

«¿Será que acaso solo yo puedo verlo?», pienso, pero, entonces, me percató de la mirada sugerente que una chica le dedica, y de la sonrisa ladeada que él le regala en respuesta.

El alivio viene a mí en oleadas intensas en ese momento y, sin que pueda detenerme, dejo escapar un suspiro cargado de alivio. No puedo evitarlo. El miedo que le tengo a la locura es tan grande, que el solo hecho de saber que alguien más es capaz de verlo me reconforta sobremedida.

La mujer frente a la clase comienza a hablar acerca de términos matemáticos que no entiendo del todo. El álgebra nunca ha sido mi fuerte y, aunado a la confusión abrumadora que me ha invadido desde que llegué, me hacen imposible concentrarme en nada que no forme parte del nudo de emociones que se ha formado en la boca de mi estómago.

Mi vista está clavada en la nuca del chico que está sentado a pocas bancas delante de mí, y solo puedo estrujarme la mente para encontrarle algo de sentido a lo que está pasando.

Al finalizar la clase, todo mundo se precipita fuera del aula. Yo me retraso un par de segundos porque apenas soy capaz de conectar mi cerebro con mis extremidades, pero, luego de unos minutos de

cavilaciones sin sentido, tomo mis cosas y avanzo como puedo por el estrecho corredor que se ha creado entre los pupitres.

Estoy a punto de pasar junto al tipo de mis pesadillas, cuando este se levanta y se gira sobre sus talones para encararme. Yo tengo que dar un paso hacia atrás para mantener mi espacio vital intacto, pero él ni siquiera se inmuta. Mi ansiedad, sin embargo, crece en ese preciso instante y, de pronto, quiero vomitar. Quiero devolver el contenido de mi estómago porque estoy demasiado angustiada. Demasiado alterada.

El nudo de ansiedad que me atenaza las entrañas es tan intenso que duele y mi corazón late con tanta fuerza que temo que vaya a hacer un agujero y escapar. La carne blanda de mis palmas se siente adolorida y entumecida porque me he clavado las uñas sin parar. Me siento tan agobiada ahora mismo, que todo es abrumador.

De no ser por el dolor que siento en las manos, juraría que todo esto es un sueño. Una mala jugada de mi cerebro.

Una sonrisa perezosa se desliza en los labios del chico en cuestión y, de inmediato, los vellos de mi nuca se erizan. No sé qué es lo que quiere de mí, pero tampoco quiero averiguarlo, así que, como puedo, trato de pasar a su lado sin tener que tocarlo.

No lo consigo. No consigo pasarlo de largo, ya que ha dado un paso hacia el centro del espacio entre las butacas y me ha impedido el paso.

—¡Déjala en paz, fenómeno! —la familiar voz de Emily trae oleadas de alivio a mi sistema, pero se van tan rápido como llegan.

Mi atención se posa en la figura de mi amiga —que avanza a toda velocidad hacia nosotros— y el tipo le regala una mirada fugaz y aburrida en el proceso.

Entonces, Ems lo aparta de un empujón y me toma por la muñeca antes de tirar de mí en dirección a la puerta principal.

«¿Cómo demonios es que ella lo conoce? ¿Por qué todo mundo parece conocerlo?».

—Ese tipo me pone los pelos de punta —masculla, al tiempo que me arrastra por el corredor en dirección a la clase que compartimos—. Deberías de poner una orden de restricción en su contra o algo.

—¿De qué estás hablando? —digo, sin aliento—. ¿Lo conoces? ¿Cómo es que todo mundo parece conocerlo?

Mi amiga me mira por encima del hombro y no me pasa desapercibida la mueca que esboza en ese momento; como si creyera que realmente me he vuelto loca. Como si estuviese convencida de que he perdido la cabeza. Eso solo consigue que la confusión se arraigue en mi sistema.

—¡Por el amor de Dios, Bess! —exclama, con exasperación—. ¡Por supuesto que lo conozco! ¡El tipo te ha acosado todo el maldito año escolar! ¿Te sientes bien?

De pronto, el horror se arraiga en mi interior. De pronto, mis manos tiemblan y no puedo respirar. No puedo pensar con claridad.

Estoy a punto de sufrir un colapso nervioso y ni siquiera soy capaz de moverme de donde me encuentro. Todo esto es una completa locura. ¿Cómo es que dice que el tipo me ha acosado durante todo el ciclo si apenas lo vi por primera vez en mi vida hace unos días?

«Me estoy volviendo loca. Me estoy volviendo loca. ¡Me estoy volviendo loca!», mi mente grita con frenesí y, presa del pánico, doy un par de pasos hacia atrás.

Necesito una respuesta a todas las preguntas que se arremolinan en mi interior.

Necesito poner en orden todas mis ideas.

Necesito irme de aquí.

Está a punto de darme un ataque de asma. Debo ir a casa. Necesito tranquilizarme. Necesito...

—Bess, ¿qué estás haciendo? —la voz de Emily me saca de mis cavilaciones. Su expresión preocupada hace que mi ansiedad se incremente de manera considerable.

—Necesito ir a casa —jadeo, con la voz entrecortada.

—¿Te encuentras bien? ¿Necesitas tu inhalador? ¿Lo traes contigo? —Emily habla con cautela y cuidado. Suena como si estuviese hablando con una persona inestable. Una persona... *demente*.

«¡No. Estoy. Dementel!».

—S-Sí —tartamudeo.

Acto seguido, tanteo en los bolsillos de mis vaqueros hasta que encuentro el pequeño aparato. Entonces, me lo llevo a la boca y presiono el botón para inhalar una bocanada de medicamento que va a ayudarme a recuperar el aliento. El alivio que me invade es inmediato y eso ayuda a que mis nervios alterados se relajen un poco.

—¿Qué pasa? ¿Te encuentras bien? ¿Quieres ir a la enfermería? —la voz de Ems es terciopelo en mis oídos, pero el miedo no se va.

—¡No! —me apresuro a decir, pero sueno demasiado alterada—. Estoy bien. Yo solo... —Niego con la cabeza—. No sé qué me ocurre, Ems. Lo siento.

Ella no parece muy convencida con mi declaración, así que trato de regalarle una sonrisa, pero estoy segura de que luce más como una mueca que como otra cosa.

—Bess... —sueno dudosa.

—¡Estoy bien! —la interrumpo y me obligo a esbozar una sonrisa aún más grande que la anterior—. De verdad, Ems. Estoy bien.

Mi amiga asiente, pero sé que no me cree en lo absoluto. A pesar de eso, no dice nada. Se limita a echarse a andar en dirección a la cafetería.

Emily no deja de parlotear durante todo el trayecto, pero apenas puedo escuchar lo que dice. Estoy tan asustada y confundida, que no puedo concentrarme en nada.

Al cabo de unos minutos, nos instalamos en nuestra mesa habitual y, sin más, Emily continúa con su diatriba.

No puedo seguir el hilo de lo que está diciendo por más que trato de hacerlo. Ella, sin embargo, ni siquiera parece percatarse de que trabajo en piloto automático mientras mi mente revoluciona a mil por hora.

—No vas a dejarme plantada, ¿verdad? —la pregunta me saca de mi ensimismamiento.

—¿Perdón? —me obligo a hablar.

Emily rueda los ojos al cielo.

—Hablo acerca de mañana —dice y parece notar la confusión en mi rostro, ya que me mira con exasperación—. ¡Bess! ¡Mañana! ¡Mañana es la fiesta en casa de Phil!, ¿recuerdas?

«Oh, mierda».

—¿Es mañana? —sueno más quejumbrosa de lo que pretendo, pero realmente no tengo deseos de ir.

—¡Por supuesto que es mañana! —la indignación en la voz de Emily me hace saber que se ha dado cuenta de mi renuencia a acompañarla—. ¡Y ni se te ocurra intentar cancelarme porque podría ser el fin de nuestra amistad Betsabé!

Ruedo mis ojos al cielo.

—Deja de llamarme de esa manera —me quejo—. Sabes que solo es Bess.

—Si me dejas plantada o me cancelas de último minuto, *Betsabé* —hace énfasis en el nombre con el que ha tratado de bautizarme desde que la conozco, y me señala con una cuchara de plástico—, no voy a perdonártelo jamás. Lo prometiste.

Quiero protestar y decir que nunca prometí nada, pero me trago las palabras mientras mascullo una queja respecto a sus ganas de arrastrarme a lugares de perversión, tentación y lujuria. Ella termina golpeándome con una servilleta hecha bola mientras se burla del dramatismo de mi frase.

No veo al chico de los ojos grises el resto del día, pero no puedo arrancar de mi sistema la horrible sensación enfermiza que me ha invadido desde que lo vi. Sigo sin comprender del todo porqué todo el mundo parece conocerlo cuando yo no recuerdo de haberlo visto antes por los pasillos de la escuela.

Empiezo a cuestionarme una y otra vez acerca de mi cordura, y las dudas crecen poco a poco en el transcurso del día. Ni siquiera cuando estoy en casa puedo alejar la tortura de mi cabeza.

Nathan y Dahlia llegan al apartamento alrededor de las nueve de la noche y me obligan a salir de mi habitación para tener la dichosa cena familiar que se han empeñado en arraigar en nuestra rutina.

Cuando preguntan respecto a la escuela y les hablo sobre la fiesta a la que iré con Emily, me miran como si me hubiese crecido otra cabeza. Supongo que es una reacción natural cuando se es una persona socialmente incompetente como yo, pero no puedo evitar sentirme un poco ofendida por la sorpresa en sus miradas cuando se los digo.

Al terminar de cenar, Dahlia anuncia que me dejará ir a esa fiesta siempre y cuando Emily me traiga a casa sana y salva. Sé que solo ha mencionado eso porque necesita imponer su autoridad como la figura materna que trata de asumir, así que le dejo poner las reglas y condiciones respecto a mi salida nocturna antes de irme a la cama.

Mi sábado comienza con una llamada temprana de Emily. Apenas puedo recordar qué fue lo que dijo, pero estoy bastante segura de que amenazó con atravesarme con una varilla de metal si decido dejarla plantada a última hora.

Después de colgar —y luego de asegurarme una y mil veces que no voy a retractarme de minuto—, vuelvo a quedarme dormida y no despierto hasta que dan casi las doce del mediodía.

Mi almuerzo consiste en un paquete de galletas con chispas de chocolate y un vaso de jugo de uva y, después de hacer algo de limpieza en mi recámara, me dedico a pasar la tarde navegando en internet.

Dahlia llega alrededor de las tres de la tarde con comida china, pero no es hasta que llega Nate que nos sentamos a la mesa a comer.

La plática es ligera y suave. Nate y Dahlia no han dejado de hablar, lo cual agradezco. Es incómodo cuando tratan de hacer que sea yo quien monopolice la conversación. No soy muy buena para entablar charlas naturales y casuales, y creo que han comenzado a darse cuenta de ello.

Después de comer y holgazanear un rato más, me meto en la ducha para prepararme para la dichosa fiesta de esta noche.

Mientras restriego mi cuerpo con la esponja, no puedo evitar tener un vistazo de la piel enrojecida y destrozada de mis muñecas. Las heridas no han cerrado del todo, y el hilo quirúrgico salta a la vista en mi piel clara.

Las tonalidades rojas y amoratadas no se han ido por completo, y tampoco lo han hecho los bordes irregulares alrededor de los puntos de sutura. Dudo que desaparezcan algún día.

La delgadez de la piel la hace lucir como si fuese papel a punto de romperse y mi estómago se revuelve con solo pensar en la cantidad de cosas extrañas que han estado ocurriendo en mi vida desde entonces.

He tratado de no pensar demasiado en ese incidente, pero, siempre que lo hago, la opresión dentro de mi pecho se vuelve insoportable. No logro concebir la sola idea de no poder recordar nada sobre esa noche y eso solo hace que las dudas acerca de mi cordura me invadan una vez más.

Cierro los ojos.

«Tienes que dejar de hacerte esto», me reprimo mentalmente. «Tienes que dejar de obsesionarte con lo que te pasó. Si no te detienes, nunca vas a recordar nada».

Tomo una inspiración profunda.

«Vamos, Bess. Solo... Solo deja de torturarte».

En ese momento, y haciendo acopio de toda mi fuerza de voluntad, empujo esos oscuros pensamientos hasta lo más profundo de mi mente y me concentro en terminar de ducharme.

Veinte minutos después, me encuentro lista para salir. Mi elección de ropa consiste en unos vaqueros entallados, una playera estampada con el logo de una banda de los noventa y mis viejas botas de combate.

No me pasa desapercibida la mirada escandalizada de mi tía cuando me mira dejarme caer en uno de los sillones con mi computadora entre las manos, pero no hace ningún comentario respecto a mi vestimenta.

Hago un poco de tarea antes de que mi teléfono suene, pero ni siquiera me molesto en responder porque sé que es Emily anunciando su llegada.

—Me voy —anuncio, mientras apago el ordenador.

—¿Te traen a casa? —mi tía me mira desde el sofá que se encuentra justo frente a mí, donde se ha instalado para leer.

—Sí —trato de sonreír de forma tranquilizadora.

—Tu amiga no bebe, ¿cierto? —me mira con escepticismo.

—Si lo hace te llamaré para que vayas por nosotras —resuelvo.

Ella parece estar conforme con mi respuesta, ya que no dice nada más. Entonces, sin decir una palabra más, salgo del apartamento y hago mi camino hacia el elevador.

El auto de Ems aparece en mi campo de visión en el instante en el que pongo un pie en la calle, así que me apresuro para trepar del lado del copiloto.

—Dos segundos más y subía por ti —bromea y le regalo una mirada irritada.

—Te dije que iría.

—Solo quería asegurarme de que lo harías —enciende el auto y comienza a conducir por las calles cargadas de vehículos.

La música a todo volumen llena el silencio que se ha instalado entre nosotras cuando tomamos la autopista rumbo a Alhambra, el lugar

donde será la fiesta del dichoso Phil Evans. Emily canta a todo pulmón mientras golpetea sus pulgares contra el volante al ritmo de la música y no puedo evitar contagiarme de su buen humor.

Al cabo de quince minutos, aparcamos en una calle solitaria. El suburbio es uno bastante tranquilo, del tipo en el que viven familias numerosas. Puedo imaginar perfectamente la cantidad de niños pequeños que podrían correr por estas calles sin peligro de ser arrollados por un auto.

Emily baja del coche y se echa a andar por la acera. A mí me toma unos instantes reaccionar y seguirla, es por eso por lo que debo trotar para alcanzarla.

—¿Qué demonios?! ¿No podías decirme que debía bajar? —me quejo—. De todos modos, ¿dónde será la dichosa fiesta?, la calle luce demasiado vacía y silenciosa para ser el lugar donde se llevará a cabo una reunión con un montón de adolescentes, si me lo preguntas.

—Relájate, Bess —Ems me mira con diversión—. Me estacioné a varias calles de distancia porque no encontraremos lugar más cerca de la casa de Phil. He escuchado que sus fiestas son bastante concurridas.

Un suspiro brota de mis labios, pero me obligo a avanzar en silencio a su lado.

Al cabo de unos instantes, el rumor de la música llega a mis oídos. Con cada paso que damos, el sonido aumenta de intensidad y la cantidad de vehículos aparcados también se incrementa de manera considerable.

Entonces, luego de unos cuantos metros más de recorrido, nos encontramos abriéndonos paso entre un puñado de adolescentes medio ebrios que gritan, ríen y bailan afuera de una casa enorme.

La música retumba con tanta fuerza, que puedo sentir en mi pecho la vibración del bajo y el golpeteo intenso de la batería de la música electrónica que resuena por todo el espacio.

Al entrar a la residencia, el olor a perfume, alcohol, tabaco y marihuana invade mis fosas nasales. Emily me toma de la mano cuando me detengo a observar a mí alrededor y tira de mí en dirección a la sala de la residencia.

—Solo relájate —grita en mi oído, para hacerse oír por encima del escándalo—. Será divertido.

Mi amiga encaja rápidamente con un grupo de chicos de último año, y no puedo evitar sentirme como una sombra mientras recibe el tipo de atención que me haría sudar frío si la tuviera, pero que ella parece manejar a la perfección.

Eventualmente, un chico la invita a bailar y yo me quedo aquí, en un rincón de la habitación, sin estar muy segura de qué hacer o qué decir para romper el hielo con las personas solitarias que están cerca.

Mi vista viaja por toda la estancia, pero ni siquiera estoy tratando de encontrarme con alguna cara familiar. Aunque así lo hiciera, no me acercaría a hablar con nadie. No cuando me siento así de fuera de lugar.

Mis ojos barren el lugar una vez más y, justo cuando estoy a punto de tomar mi teléfono para distraerme en él un rato, lo miro.

Mi estómago se retuerce con violencia y quiero golpearme por reaccionar de esa manera ante la presencia de un tipo al que ni siquiera conozco. Es casi ridícula la forma en la que mis puños tiemblan a pesar de todos mis esfuerzos por mantener a raya mi nerviosismo.

El tipo de los ojos grises está recargado contra una columna de concreto y una chica le envuelve el cuello con los brazos. Él sonrío mientras ella trata de besarlo, pero no hace nada por buscar ese ansiado contacto.

Entonces, como si se hubiese percatado de mi presencia, me mira. Un atisbo de sonrisa se dibuja en las comisuras de sus labios en ese momento y la pesadez se apodera de mi cuerpo casi al instante. Hay algo extraño en él. No es como las demás personas aquí y no logro averiguar por qué.

La chica entre sus brazos susurra algo en su oído y él ahueca su rostro entre sus manos antes de besarla con intensidad.

Yo me siento como una intrusa en ese momento, así que desvío la mirada y me obligo a avanzar para perderme entre la multitud de adolescentes medio borrachos que nos rodea.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que termine sentada sobre la barra de la cocina, con una lata de cerveza entre los dedos y un tranquilizante adormecimiento de palmas. No estoy borracha. Al contrario,

estoy bastante sobria; es solo que la lata casi congelada ha hecho que mis manos se adormezcan y ardan.

Un chico a mi lado habla y habla acerca de su exnovia, y de cuán devastado se siente por su infidelidad. Ha insinuado que desea tener sexo de venganza conmigo más veces de las que puedo contar, pero no sabe que se ha topado con la chica equivocada.

Finalmente, parece captar el mensaje de que no estoy interesada ya que se excusa diciendo que necesita buscar a alguien y desaparece una vez que sale de la concurrida estancia.

Me quedo un par de minutos más en este lugar, antes de tirar el líquido restante en el envase de cerveza y emprender mi camino para encontrar a Emily.

Trato de buscarla entre la gente, pero no la localizo por ningún lado. Subo al segundo piso de la casa y toco cada una de las puertas de las habitaciones mientras digo su nombre en voz alta, pero nadie responde. Decido, entonces, que debo hablarle a su teléfono celular, pero el escándalo no me deja escuchar ni siquiera el tono de llamada. Debo salir si quiero tener la oportunidad de escucharla.

El frío me golpea en el instante en el que pongo un pie fuera de la casa de Phil. El aire helado cala mis huesos, pero agradezco el cambio de ambiente. Aquí afuera, el sonido de la música es amortiguado por las paredes de concreto. La poca gente que hay, son solo un par de parejas que se besuquean en los rincones oscuros debajo de los árboles que rodean la finca.

Hay un grupo de chicos fumando del otro lado de la acera, pero parecen ajenos a la figura de la patética chica que se encuentra de pie con un teléfono celular pegado a la oreja y expresión fastidiada.

Emily no responde y no sé qué hacer. No quiero entrar de nuevo, así que vuelvo a intentar con su número de teléfono.

El grupo de fumadores se encamina hacia dentro de la casa al cabo de unos minutos y, un poco más tarde, una de las parejas entra a la casa, mientras que la otra se encamina hacia la calle y desaparece al girar en una esquina. Ni siquiera quiero pensar hacia dónde se dirigen.

Trato de decidir qué es lo mejor que puedo hacer, pero nada viene a mí. No puedo marcharme y dejar a Emily aquí, pero tampoco quiero

esperarla hasta que amanezca o hasta que termine lo que sea que está haciendo ahora mismo.

Mis ojos se cierran con fuerza y tomo una inspiración profunda cuando siento que el aliento me falta. Odio tener que recurrir a los medicamentos para respirar con normalidad. Tener asma apesta.

Tomo otra inspiración larga y acompasada, pero la sensación de ahogamiento no se va, es por eso por lo que, luego de eso, me rindo y busco mi inhalador en el bolsillo trasero de mis vaqueros.

Acto seguido, pongo la boquilla del aparato entre mis labios y presiono el botón que libera esa pequeña dosis de fármacos que necesito para conseguir que el aire entre a mis pulmones.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que decida que lo mejor que puedo hacer es volver adentro de la casa para buscar a Emily, pero, cuando lo hago, maldigo en voz baja.

«No puedo creerlo», digo, para mis adentros y, entonces, guardo mi inhalador en uno de los bolsillos de mi chaqueta antes de girar sobre mis talones.

Estoy a punto de echarme a andar de vuelta a la casa, cuando me percató de un movimiento justo junto al inmenso roble que se encuentra a pocos pies de distancia de mí.

Me congeló de inmediato, pero no estoy segura de haber visto algo realmente ya que todo está oscuro hasta la mierda.

Me quedo quieta unos instantes, antes de captar otro movimiento por el rabillo del ojo. Esta vez, se siente más cercano que el anterior, así que giro sobre mis talones solo para quedar de frente al pórtico de la casa.

Mi corazón late con tanta fuerza, que temo que pueda perforar un agujero en mi pecho y escapar lejos.

Trato de tranquilizarme a mí misma y de decirme que todo está bien, pero la sensación de estar siendo observada ha regresado y, esta vez, lo ha hecho con más fuerza que nunca.

No me muevo. No dejo de mirar hacia todos lados. Ni siquiera me atrevo a respirar.

Algo pasa a mi lado con mucha rapidez. Puedo sentir la ventisca provocada por la velocidad del movimiento y chilló cuando el cabello me cubre el rostro, haciéndome imposible ver nada.

Aparto los mechones lejos de un movimiento brusco y miro hacia todos lados una vez más.

Entonces, toda la sangre se me agolpa en los pies.

Una espesa neblina se arremolina a mi alrededor y el hielo se instala en mis venas. Poco a poco, la neblina va solidificándose y separándose en sombras espesas y amorfas, y ahogo un grito en el instante en el que una de las figuras empieza a tomar forma.

Primero, una silueta humana se dibuja y después, con mucha lentitud, empieza a solidificarse.

«No es real. No es real. Nada de esto es real», me repito una y otra vez, pero el pánico que siento es más real que cualquier otra cosa que haya sentido jamás.

El corazón me late con tanta fuerza que duele, las manos me tiemblan tanto, que no puedo controlarlas, los pulmones me arden con tanta violencia, que apenas puedo retener el aire dentro de ellos y las cicatrices en las muñecas me pican con tanta intensidad, que empiezan a ser dolorosas.

Poco a poco, cada una de las sombras van materializándose. No tienen rostro. Su cara es un borrón indescifrable hecho de oscuridad y tinieblas, pero el resto de su cuerpo es humano.

«¿Pero qué diablos?!».

Estoy aterrorizada. Tengo tanto miedo que creo que voy a desmayarme en este momento. El pánico dentro de mi cuerpo apenas me permite moverme y el horror se instala dentro de mis venas sin que pueda detenerlo.

De pronto, todo pasa a una velocidad impresionante. Una de las figuras se abalanza en mi dirección y me empuja con una de sus poderosas y heladas manos.

Mi espalda golpea contra el suelo con tanta brutalidad, que siento el crujir de mis vértebras. El dolor estalla en mi columna, y ahogo un grito adolorido. Su peso me deja sin aliento y la adrenalina hace que sea más difícil respirar.

Pataleo y forcejeo con todas mis fuerzas, pero es imposible retirar el peso que hay sobre mí. El horror se apodera de cuerpo y golpeo el pecho de la figura con mi puño. Una de sus manos heladas se cierra en mi muñeca en ese instante, y un grito taladra en lo más profundo de mi

cabeza. Me toma unos segundos descubrir que el grito no es mío, sino de la figura que me ha atacado.

De pronto, el peso cede y me arrastro lejos. Trato de incorporarme, pero mis extremidades apenas parecen responder. Mi respiración es irregular y forzada, mi garganta quema con cada inhalación y el aire es cada vez más escaso. El sonido silbante en mi garganta aumenta con cada movimiento que hago y la tos intensa que me asalta es lo único que necesito para saber que está a punto de darme un ataque de asma.

Apenas puedo procesar mis movimientos. Trato de alcanzar el inhalador que traigo el bolsillo y, al mismo tiempo, trato de huir de la escena. Frenéticamente, recorro el espacio con la vista y noto cómo las figuras restantes se abalanzan hacia donde me encuentro.

Reprimo el grito que amenaza por abandonarme y aprieto los ojos mientras espero la colisión contra mi cuerpo; un golpe violento patrocinado por estas extrañas criaturas... Pero el impacto nunca llega.

Acto seguido, abro los ojos y entonces, *lo veo...*

El chico de los ojos grises está ahí, de pie frente a mí, dándome la espalda; interponiéndose entre las sombras y yo.





4



MIKHAIL

—No tenía idea de que les gustaba atacar a humanos indefensos —la voz ronca y profunda del chico que se ha interpuesto entre mi cuerpo y las sombras me pone la carne de gallina. Todo en él irradiaba tensión y salvajismo, pero su tono no deja de ser despreocupado y perezoso.

La respuesta de las sombras viene a manera de siseo. El sonido estático que emiten retumba en mis oídos y taladra en lo más profundo de mi cabeza, como si viniera desde el núcleo de mi cerebro y se expandiera por cada una de mis neuronas.

El tipo de los ojos grises me mira por encima del hombro en ese momento y, casi de inmediato, la frialdad usual en su mirada es reemplazada por algo diferente. Algo más... *aterrador*.

Su atención se dirige a la sombra que tiene frente a él y deja escapar un suspiro cargado de fingido pesar.

—¿De verdad vamos a hacer esto? —el silencio es la única respuesta que recibe y chasquea la lengua—. Bien. Solo quiero que conste que yo traté de llevar la fiesta en paz.

Un escalofrío recorre mi cuerpo al escuchar la amenaza que tiñe su voz, pero eso no me paraliza. No me detiene de intentar arrastrarme lo más lejos que puedo de toda esta locura.

Entonces, el dolor estalla en todos lados.

Un grito es ahogado por mis labios, al tiempo que soy embestida con violencia y brutalidad. Un gruñido retumba en algún lugar cerca de mí, pero la presión en mi costado cede al cabo de unos instantes. De pronto, me encuentro rodando por el pasto, antes de estrellarme



contra la cerca de madera que circunda la casa. Mi nuca duele casi al instante y mi visión se nubla por completo.

Un alarido retumba dentro de mi cráneo, pero me toma unos segundos descubrir que no me pertenece. No soy yo quien grita. Es una de las sombras.

«¿Por qué diablos está gritando?».

Me toma unos instantes incorporarme. Los brazos me tiemblan y tengo la respiración es entrecortada; el corazón me golpea contra las costillas, mi costado izquierdo arde y la cabeza parece estar a punto de estallarme.

Se siente como si todo pasara a través de un filtro, ya que los sonidos son lejanos y distantes. Difusos.

Me siento mareada. Las náuseas han llenado mi boca con saliva. Mi cuerpo entero se siente aletargado y abrumado por la cantidad de cosas que están ocurriendo, pero no abandono el lugar en el que me encuentro por más que la parte activa de mi cerebro me grita que debo hacerlo. De cualquier modo, aunque quisiera, no podría hacerlo. Mis extremidades no responden.

Poco a poco tomo consciencia de lo que pasa a mi alrededor y el aturdimiento se diluye con cada segundo que pasa. Entonces, levanto la cabeza y miro en dirección a donde creo que están las sombras y el chico, pero todo ha cambiado de perspectiva. Todo ha cambiado de forma de un instante a otro.

Él está de nuevo frente a mí, dándome la espalda, con la postura amenazante de un depredador frente a su presa, pero las figuras no parecen inmutarse por ello. No parecen estar dispuestas a marcharse. Al contrario, parecen haberse multiplicado. Parecen haber atraído más neblina. Más criaturas como ellos.

El jardín delantero de la casa de Phil Evans está repleto de figuras hechas de sombras y, a pesar de eso, el tipo de los ojos grises se encuentra aquí, en medio del caos, completamente impassible y en control de sí mismo.

Lo único que delata un atisbo de agitación, es la forma en la que respira. La manera en la que su pecho sube y baja al ritmo de su respiración irregular.

Otro siseo violento retumba en mi cabeza y me encojo ante el aterrador sonido. Ante el aterrador idioma que esas cosas hablan.

Un escalofrío de puro pánico me recorre entera en ese momento y el miedo, ese que antes no me había acobardado, comienza a paralizarme. Comienza a inmovilizarme.

Mi protector me mira una vez más por encima del hombro y aprieta la mandíbula. La vacilación invade su rostro durante un segundo. Pareciera como si tratara de decidir qué hacer. Como si tuviese una decisión importante que tomar y no le hubiesen dado el tiempo suficiente para buscar la mejor opción.

Un par de segundos pasan antes de que tome una inspiración profunda y masculle algo que no soy capaz de entender, pero que se siente como una maldición hacia mi persona.

Acto seguido, vuelca su atención hacia nuestros atacantes y chasquea la lengua con fingido pesar.

Entonces, ocurre.

Un par de poderosas alas negras se despliegan con furia desde su espalda. El material delgado de su playera es desgarrado de un movimiento limpio, y lo único que soy capaz de ver es un par de alas inmensas.

No son cualquier tipo de alas. Son membranosas y lisas; similares a las de un murciélago. En cada terminación inferior, hay una inmensa garra afilada y puntiaguda; y son tan grandes, que las puntas tocan el suelo.

El grito que se construye en mi garganta quema en mis pulmones. El nudo en mi garganta es intenso y abrumador, y no puedo apartar los ojos de aquella impresionante visión. De aquel agobiante sinsentido.

La criatura —esa de las alas gigantescas que, hasta hace unos instantes, era un chico— se gira hasta que puede verme por el rabillo del ojo y un estremecimiento horrorizado me invade de pies a cabeza.

—Lamento que tengas que ver esto, Cielo, pero prometo que será divertido —dice y una sonrisa aterradora se desliza por sus labios. En ese momento se vuelve hacia las sombras.

Las figuras se abalanzan hacia nosotros en perfecta sincronía. Las alas de murciélago baten con fuerza e impulsan a mi defensor hacia adelante. Las puntas afiladas se extienden y cortan a un puñado de las sombras en dos.

Espero ver humo por todos lados, pero lo único que soy capaz de percibir, es el aroma hediondo del azufre.

El chico de las alas ataca y golpea con una precisión y limpieza aterradora. Se mueve con agilidad y elegancia mientras destroza y desmiembra a sus oponentes con eficacia y rapidez. De pronto, toma con sus propias manos a una de las tinieblas y la sostiene mientras que la atraviesa las entrañas con una de sus afiladas puntas.

El líquido oscuro que brota de la inmensa herida provocada por su arma letal hace que mi estómago se revuelva y las arcadas me alcanzen. La pestilencia es insoportable y la brutalidad de lo que ocurre solo hace que me aoville contra la cerca lo más posible.

Uno a uno, el chico de las alas va destrozando a absolutamente todos sus enemigos. Se mueve a una velocidad impresionante y sus pies dejan de tocar el suelo cada pocos segundos; sin embargo, no se aleja demasiado de mí y no permite que nadie se me acerque.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que el silencio lo invada todo. No sé en qué momento cerré los ojos y hundí la cara en el hueco entre mis piernas. Tampoco sé en qué momento empecé a llorar.

—¿Estás herida? —la voz ronca y familiar me eriza los vellos del cuerpo. El dolor en mi costado es sordo y palpitante, pero no es insoportable. Mi cabeza zumba y me siento mareada, pero ahora mismo no podría importarme menos.

Siento cómo se acerca. Más que escuchar sus pasos, los *siento*.

Mi vista se alza justo a tiempo para mirarlo acuclillarse delante de mí. Las alas han desaparecido, pero los cortes y las heridas en su rostro y torso desnudo me hacen saber que no ha sido producto de mi imaginación.

Sus impresionantes ojos se clavan en los míos y me observan con detenimiento. Su ceño está ligeramente fruncido y sus labios mullidos forman una línea dura y tensa.

Su mano se estira en mi dirección y trata de tocarme, pero me aparto lo más que puedo de un movimiento brusco. Su ceño se profundiza, pero una pequeña sonrisa se desliza por las comisuras de sus labios.

—No seas tonta, solo quiero cerciorarme de que estás bien —dice. Sé que trata de sonar duro, pero en realidad suena entretenido.

—Estoy bien —respondo, pero mi voz tiembla.

Una sonrisa torcida se apodera de sus labios y aparta la mano.

—¿Puedes levantarte, entonces? —pregunta.

No soy capaz de confiar en mi voz, así que asiento y trato de incorporarme. El mareo incrementa en el instante en el que mis pies se posicionan en la superficie blanda creada por el pasto.

El chico de los ojos grises me observa con detenimiento y curiosidad.

—¿Estás segura de que te encuentras bien?, luce como si quisieras vomitar...

Le dedico una mirada cargada de irritación.

—Estoy perfectamente —digo y, finalmente, me atrevo a mirar que es lo que ha hecho con mis atacantes.

Los cuerpos inertes de las tinieblas solidificadas están en el suelo. El aroma pestilente que invade todo el lugar me provoca arcadas, y la bilis sube por mi garganta antes de que vacíe el contenido de mi estómago en la hierba; justo junto a mi defensor de alas de murciélago.

Todo mi cuerpo se estremece mientras trato de mantener dentro el resto de la comida que ingerí.

—Ustedes los humanos son asquerosos —dice, y noto el atisbo de repulsión en su tono—. Delicados, débiles y asquerosos.

Me obligo a mirarlo mientras me limpio la boca con el dorso de la mano.

—¿Qué diablos acaba de pasar? —mi voz sale en un susurro ronco e inestable.

—Acabo de salvar tu trasero. *Eso* acaba de pasar —una ceja tupida es alzada con arrogancia.

—¿Quiénes son «ellos»? —no puedo evitar preguntar—. ¿Quién eres *tú*?

—Eran Grigori —responde, en tono casual.

—¿Qué es un Grigori? ¿Qué se supone que eres tú? —las palabras brotan fuera de mí por voluntad propia.

De pronto, me mira como si fuese el ser más idiota del mundo, o como si su respuesta hubiese sido más que obvia y, entonces, sus ojos ruedan al cielo y me regala un gesto cargado de incredulidad.

—Estás bromeando, ¿cierto? ¡El clan Grigori!, ¿cómo es posible que no sepas quiénes son?

—¿Se supone que debo saberlo? —el miedo se mezcla con la irritación momentánea provocada por sus palabras.

—¿Los Grigori? ¿Los hijos del Elohim? ¿En serio no sabes? —frunzo mi ceño, y noto la irritación exasperada en su mirada. Un suspiro cansino brota de sus labios y niega con la cabeza mientras habla—: Los Grigori son un grupo de ángeles caídos. Fueron castigados por Dios, por haberse enamorado de las mujeres de la tierra y por haber copulado con ellas. Le enseñaron al hombre la creación de armas y el arte de la guerra. Sin mencionar que fueron los culpables de que esos horribles gigantes llamados *Nepbilim* aparecieran. Si me lo preguntas, fue un jodido dolor en el culo limpiar toda la mierda que ocasionaron.

Apenas puedo procesar lo que está diciendo.

—Tienes que estar bromeando —digo, negando con la cabeza—. Estoy volviéndome loca. Estoy volviéndome completa y absolutamente loca.

Una sonrisa perezosa se desliza por sus labios.

—No estás volviéndote loca, Cielo. Estás volviéndote fuerte, que es muy diferente.

Niego con la cabeza.

—¿Qué eres? —mi voz suena temblorosa y débil.

—No lo creerías si te lo dijera —su sonrisa se ensancha y me siento enferma.

—Pruébame —trato de sonar valiente, pero mis rodillas apenas pueden sostenerme. Estoy aterrorizada.

—¿Crees en el cielo?

—Sí —con todo y el pánico que siento, la respuesta brota de mi boca casi por voluntad propia.

Él asiente, sin despegar su mirada de la mía.

—Entonces, si crees en el Cielo, crees en el Infierno, ¿cierto? —dice y yo lo miro con cautela antes de asentir de nuevo—. Crees en el bien y el mal. En lo bueno y en lo malo. En los ángeles y los demonios... ¿no es así?

—¿Eres un ángel? —pregunto, sin rodeos y con incredulidad, y una risa carente de humor brota de mi garganta mientras hablo.

—No —una sonrisa peligrosa baila en las comisuras de sus labios—. Soy un demonio, Cielo.

Una carcajada histérica me asalta y las lágrimas pican en mis ojos. El terror es tan grande, que mis rodillas se sienten débiles y temblorosas; la presión en mi pecho es tan abrumadora, que apenas puedo mantener el oxígeno dentro de mi cuerpo.

Estoy a punto de echarme a llorar. El nudo en mi garganta es insoportable. Todo dentro de mí es una masa inconexa de sensaciones, sentimientos y pensamientos encontrados, y la única cosa que retumba con más fuerza que el resto, es esa que me ha atormentado durante las últimas semanas:

Me he vuelto loca.

Mis ojos se fijan en la imponente figura que hay delante de mí y un estremecimiento de puro terror me recorre el cuerpo.

Las lágrimas se agolpan en mis ojos en ese momento, pero no me atrevo a apartar la mirada. No cuando la parte sensata de mi cerebro no deja de gritarme que estoy alucinando; que he cruzado esa delgada línea entre el delirio y la cordura; que acabo de perder la cabeza completamente y que lo que veo solo es producto de mi mente trastornada. Pero, la otra parte —esa que se niega a aceptar la locura—, susurra una y otra vez que esto está pasando de verdad.

—No estás loca —el demonio dice, como si fuese consciente de la guerra interna que se lleva a cabo en mi cabeza y, pese a su gesto serio, luce más allá de lo entretenido—. Solo puedes ver lo que los demás humanos no.

—¿Por qué?

—Porque estás volviéndote fuerte —explica, y luce cada vez más encantado.

—¿Esta es la parte en la que me dices que no soy humana y que soy mitad demonio o alguna mierda del estilo? —hablo, sin aliento.

Una carcajada brota de su garganta y niega con la cabeza.

—No, Cielo. Eres humana. La más común y corriente de las humanas. Solo eres... ligeramente *diferente*. Lo he venido notando estas últimas semanas.

—¿Has estado siguiéndome? —pregunto, pero suena más como una afirmación.

—Durante mucho tiempo, Bess Marshall.

En ese momento, el aire escapa de mis labios en un suspiro entrecortado. La sensación de alivio dentro de mi pecho es inmensa y enfermiza. Después de todo, los delirios de persecución *sí* tenían un porqué. Después de todo, la sensación de estar siendo observada *sí* tenía un motivo de peso. *Realmente* estaba siendo vigilada...

—¿Qué quieres de mí? —susurro, con un hilo de voz.

—Absolutamente nada —se encoge de hombros—, solo necesito mantenerte vigilada y evitar que cosas como estas... —señala el desastre de extremidades, líquido oscuro y podredumbre—, ocurran.

—¿Vigilada? ¿Por qué?

—La curiosidad de ustedes los humanos es irritante —dice y suspira—. Límitate a saber que estaré alrededor tuyo, te guste o no.

—¿Vas a matarme? —digo, al cabo de unos segundos y él rueda los ojos al cielo en respuesta.

—Sí, Cielo. Te salvo para matarte —el sarcasmo en su tono hace que quiera golpearlo, pero se va tan pronto como llega—. Estoy aquí para *evitar* que te maten.

—¿Por qué?

—¿Solo sabes hablar con preguntas?

—Sí —escupo—. ¿Por qué evitaste que me mataran? ¿Por qué me sigues? ¿Por qué, si dices que has estado vigilándome desde hace mucho tiempo, ahora puedo verte y antes no? ¿Qué demonios se supone que tengo que ver contigo?

—Confórmate con saber que, si tú mueres —sigue sonriendo, pero algo sombrío se apodera de su expresión—, todo el mundo va a irse a la mierda. Estoy aquí para cuidar de ti, Cielo. Acostúmbrate.



—Coexistimos con ustedes —el demonio habla con lentitud. Me trata como si fuese el ser más estúpido del planeta y eso me irrita en demasía—. Ángeles y demonios, quiero decir. Somos, en esencia, energía. Energía que ustedes, los humanos, no son capaces de percibir puesto que son seres inferiores —me mira de arriba abajo, como si eso probara su punto—. No fueron dotados de poder como nosotros. Ningún humano es capaz de ver a un demonio o a un ángel si este no

quiere ser visto; pero tú... —sonríe, como si estuviese realmente orgulloso de mí—, tú pudiste verme cuando ningún otro humano podía.

—Todo mundo en la escuela es capaz de verte. No debo ser tan especial como dices —mi ceño se frunce, en confusión. Avanzamos por la calle desierta a paso lento. No sé a dónde vamos, pero la sed de respuestas es más grande que cualquier clase de miedo que pueda llegar a sentir en su compañía.

El demonio ha entrado a la casa de Phil y ha tomado una de sus camisas para vestirse. Al parecer, tiene la capacidad de hacerse invisible al ojo humano a la hora que le plazca; así que no ha sido difícil para él entrar de vuelta al lugar y tomar una playera de la habitación del anfitrión de la fiesta.

Ha dicho, también, que va a encargarse del desastre del jardín delantero, pero no ha dicho cómo es que hará eso antes de que todo el mundo note la veintena de cadáveres que están desperdigados por todas partes.

Ahora nos encontramos avanzando por la calle porque me ha pedido que lo siga. No estoy segura de que ir detrás de él sea la decisión más sabia que he tomado, pero no sé qué otra cosa hacer para conseguir algo de información acerca de la locura que acaba de ocurrir.

—Pueden verme porque yo he deseado que me vean —su voz me saca de mis cavilaciones—, no hay ninguna clase de ciencia extraña. Simplemente lo deseé y listo.

—Todos ellos te conocen —sueno escéptica—. Soy la única que no tiene un solo recuerdo de ti.

—Eso es porque implanté recuerdos falsos en sus mentes —me regala una sonrisa grande e inocente—. Para todos ellos, yo soy un chico más del curso. Tú, por otro lado, eres cada vez más fuerte, por eso el implante no funcionó contigo.

De pronto, se detiene abruptamente y señala hacia los coches aparcados en la acera.

—¿Cuál quieres? —pregunta, sin mirarme.

—¿Vas a *robar* un auto? —siseo, con indignación.

Él se gira para verme a la cara y la sonrisa socarrona vuelve a su rostro.

—En realidad voy a adueñarme de uno —dice—. El tipo que lo compró ni siquiera recordará que lo tuvo. Será mío por derecho.

—Eso es robar —escupo, con más brusquedad de la que pretendo.

—Ni siquiera va a extrañarlo —me guiña un ojo y mi corazón se estruja—, lo prometo.

—No voy a subirme contigo a un auto robado —digo, tajante, y me cruzo de brazos.

Él asiente con lentitud. No me atrevo a apostar, pero podría jurar que está tratando de reprimir una sonrisa.

—¿Prefieres, entonces, que te lleve a casa volando? —dice y un brillo burlón se apodera de su mirada—. Solo te advierto, Cielo, que no es algo romántico. En realidad, es bastante incómodo; y, no me lo tomes a mal, pero no eres mi tipo.

La vergüenza y el coraje se entremezclan en mi sistema, pero me aferro al pequeño vestigio de ira que me ha invadido para mirarlo con repulsión.

—Tampoco me van los acosadores como tú —escupo.

Esta vez, una sonrisa inmensa se apodera de su boca. Pareciera que su cara va a partirse en dos por la forma en que sonrío.

—Eres graciosa, Bess Marshall —asiente, en aprobación.

—Pues tú eres odioso... —me quedo en el aire solo porque no sé cuál es el nombre de esta criatura realmente. No sé cuál es *su* nombre.

—Mikhail —me guiña un ojo—. Mi nombre es Mikhail.

—¿Mikhail? ¿Qué clase de nombre es ese? —mi ceño está fruncido solo porque es tan extraño y anormal, que se siente extraño, incluso, pronunciarlo.

—El mío —zanja y, entonces, hace un gesto de cabeza en dirección a los autos aparcados—. Vámonos de aquí. Voy a conseguirnos un bonito auto, te llevaré a casa y volveré para arreglar todo el maldito desastre de allá atrás.

SUMMA DAEMONIACA

—*Summa Daemoniaca*¹ —la voz de Emily inunda mis oídos y me hace alzar la vista de golpe. Ella se sienta frente a mí en la mesa de la cafetería que siempre compartimos y me regala una mirada escandalizada—. ¿De verdad, Bess? ¿Demonios? —sacude la cabeza en una negativa—. Dime, por favor, que no crees en esas estupideces.

El calor invade mis mejillas y cierro las páginas del libro que ha consumido mi tiempo las últimas horas.

—Yo solo... —Busco algo inteligente para decir, pero nada viene a mí. No sé cómo justificar mi reciente obsesión por los seres oscuros. No sé cómo justificar la inmensa necesidad que siento de investigar sobre este tema—. Lo leo por diversión, ¿de acuerdo? No creo en esas cosas.

Su mirada me hace saber que no ha creído una mierda de lo que he dicho, pero se limita a abrir su jugo de uva y dar un sorbo largo. Ni siquiera yo misma comprendo qué estoy haciendo.

He pasado el fin de semana obsesionada con absolutamente todo lo que a demonios se refiere. La internet no ha sido de mucha ayuda. He visitado cada blog sobre demonios existente; pero ¿cómo confiar en la veracidad de un par de datos al azar, en una página creada por alguien que utiliza la fuente Copperplate Gothic en color rojo sangre?

Wikipedia tampoco dice demasiado sobre el tema. El vago concepto que tiene sobre «un ser oscuro» que arroja, es lo más lastimoso y pobre que he leído jamás. Lo único que ha llamado mi atención, es cómo

1 Summa Daemoniaca: Título en latín que puede traducirse como «Suma de cuestiones relativas al demonio». Es un libro escrito por el Padre José Antonio Fortea (considerado una de las mayores autoridades en Demonología). Este libro es un tratado de demonología y un manual para exorcistas.

las distintas religiones en el mundo coinciden en una cosa: son catástrofes andando. Daño, dolor, devastación y destrucción. Los demonios son el mal personificado.

Me he inclinado por los textos bíblicos, pero no han sido fáciles de interpretar. Hace unos días me topé con un par de títulos que me interesa leer. El *Summa Daemoniaca* es uno de ellos; seguido de *El Libro de Enoc* y *La llave menor de Salomón*.

No he conseguido los últimos dos textos, pero encontré el primero en una librería religiosa ayer por la tarde. No había tenido el valor de sacarlo de mi mochila hasta hoy por la mañana, justo antes de venir a la escuela; pero, ahora que lo he hecho, no he podido despegar la vista de sus líneas. Realmente espero que esto pueda aclarar todas esas incógnitas que rodean al ser de las alas de murciélago que dice llamarse Mikhail.

—Como sea... —Mi amiga me saca de mis cavilaciones una vez más, y deja escapar un suspiro largo—. ¿A dónde te fuiste el sábado? Estuve buscándote como una idiota por todos lados.

Mis cejas se alzan y la miro con incredulidad.

—Fuiste tú quien desapareció primero. —La señalo con el tenedor de plástico que sostengo entre los dedos—. No tienes derecho alguno a recriminarme el que me haya marchado cuando ni siquiera fuiste capaz de responder el teléfono.

Ella entorna los ojos en mi dirección.

—Eres una perra lista —una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios y añade—: ¿Cómo volviste a casa? ¿Pediste un taxi o algo?

—Yo la llevé —la voz ronca y aterciopelada me hace volver la cara en dirección al pasillo entre las mesas.

Mi cuerpo entero se tensa en el instante en el que Mikhail aparece en mi campo de visión. Viste completamente de negro, y eso solo resalta la blancura de su piel y el intrigante color de sus ojos. Su cabello es un desastre, pero de alguna u otra manera ha conseguido que luzca bien a pesar de estar enmarañado.

Una sonrisa perezosa se arrastra en sus labios cuando sus ojos y los míos se encuentran y un hoyuelo se dibuja en su mejilla derecha en el proceso.

—¿Me haces un espacio, Cielo? —dice, mientras me guiña un ojo. Todo dentro de mí se revuelve en ese momento y mi aliento se atasca en mi garganta.

—Piérdete, fenómeno —Emily escupe en su dirección.

La atención de Mikhail se posa en mi amiga y sus cejas se alzan con incredulidad. Acto seguido, vuelca su vista hacia mí.

—¿Vas a dejar que me hable de esa manera? —dice, con fingida indignación.

—¿Se supone que debo hacer algo para impedir que lo haga? —sueño más arrogante de lo que pretendo y un brillo malicioso se apodera de su mirada.

—No quieres jugar de esa manera conmigo, Cielo —suena casual, pero la amenaza que percibo en sus palabras hace que mi valor previo se vaya al caño—. No quieres tenerme como tu enemigo.

—No vas a hacerme daño —me aferro a eso porque es lo único que se me ocurre para decir. Él mismo dijo que no tenía intención alguna de lastimarme y que estaba aquí para cuidar de mí. Debo creer que eso es cierto y aferrarme a esa resolución.

—Pruébame —muestra todos sus dientes en una sonrisa amplia, pero no luce divertido con mi comentario.

—¿Me puedes explicar desde cuándo hablas con él? —Emily interrumpe nuestra pequeña discusión y aparto la mirada de él para encararla.

Me encojo de hombros.

—Desde que me llevó a casa el sábado.

—Pero no somos amigos —Mikhail señala.

—No, no lo somos —conuerdo, y disparo una mirada irritada en su dirección.

—Y nunca vamos a serlo —él añade.

—Eso puedes apostararlo —mi tono de voz es más duro de lo que es, pero, pero no me importa.

Mi amiga alza las cejas, con diversión.

—¿Están teniendo un momento amor-odio? —reprime una sonrisa y la irritación se detona en mi sistema.

—Prefiero ahogarme en un estanque de agua sucia a tener un momento de amor-odio con él —escupo, con indignación.

—Eres *tan* madura, Cielo —Mikhail ironiza, pero suena más allá de lo divertido; es por eso por lo que quiero estrellar mi puño en su cara.

—Deja de llamarme de esa forma —digo, entre dientes.

—¿Cómo? ¿Cielo? —hace énfasis en la palabra y sé que solo trata de molestarme.

—¿No tienes nada mejor qué hacer? —espeto, mirándolo con todo el odio que puedo imprimir.

—En realidad, no —sonríe y se dirige a Emily para decir—: ¿Me haces un espacio?

Mi amiga se recorre en el asiento, con una sonrisa enorme pintada en los labios y es todo lo que necesito para saber que está encantada con nuestra interacción.

—Entonces, fenómeno, ¿cómo dices que te llamas? —Emily fija su atención en el chico a su lado.

—Vuelves a llamarme fenómeno y voy a hacértelo pagar. —Algo sombrío tiñe la voz de Mikhail, pero Emily ni siquiera parece notarlo—. Me llamo Mikhail.

—Es un nombre... interesante —mi amiga comenta, pero sé que quiere reírse a carcajadas.

—¿Cómo es que ella no sabe tu nombre? —pregunto, con el entrecejo fruncido, en dirección al demonio.

Mikhail me regala una sonrisa enigmática.

—No tendría por qué saber mi nombre si no tomamos clases juntos. Emily asiente en acuerdo.

—Mikhail —pronuncia, con un dejo de burla en su tono—, tiene razón. No tenemos clases juntos, así que... —Se encoge de hombros, al tiempo que mira al chico a su lado con aire condescendiente—. Tampoco es como si me interesara averiguar cómo se llama tu acosador.

Él ignora el gesto socarrón en el rostro de ella y estira su brazo para robar una papa frita de mi bandeja de comida.

—¡No te comas mi almuerzo! —chillo, con irritación—. ¿Siempre eres así de molesto?

Él me mira y abre la boca para responder, pero sus ojos se posan en el libro que se encuentra sobre la mesa y enmudece de inmediato. Trato de alcanzarlo, pero él lo toma antes de que pueda hacerlo yo y la vergüenza me invade por completo en un abrir y cerrar de ojos.

—*Summa Daemoniaca* —lee en voz alta y lo abre en la primera página.

—¡Devuélveme eso! —trato de sonar dura, pero fracaso terriblemente. De pronto, un nerviosismo absurdo se apodera de mi sistema. No sé qué está pensando ahora mismo de mi interés acerca de los de su clase. Seguro debe creer que soy una completa idiota por buscar en información recabada por un sacerdote.

—¿Crees en los demonios, Bess? —pregunta, y un puñado de piedras cae en mi estómago.

No soy capaz de responder. Si lo acepto en voz alta, no habrá marcha atrás. Si lo acepto en voz alta, no voy a poder lidiar con toda la locura que ha caído sobre mis hombros.

Aparta el libro de su cara y me mira directo a los ojos. Su cabeza está ligeramente inclinada, con curiosidad, pero no me atrevo a responder.

—Los demonios no existen —la voz de Emily atrae la atención de Mikhail y un suspiro aliviado brota de mis labios.

—Ah, ¿sí? —él responde, y suena casi como si ronroneara—. ¿Qué hay de los ángeles? ¿Crees en ellos?

—Creo en Dios —Ems responde.

—Pero, si crees en Dios significa que crees en el Cielo, y creer en el Cielo es creer en el Infierno —Mikhail sonrío—. Creer en el Infierno, significa creer en los demonios, ¿no es así?... ¿Cómo puedes creer en el bien, si no crees en el mal?

—¿Tú crees en los demonios? —Emily evade su pregunta con otra, tras un silencio incómodo.

—Por supuesto que lo hago. —Su sonrisa se ensancha y se convierte en una arrogante—. Sin embargo, no creo en mierda escrita por una persona que cree que lo sabe todo sobre el Infierno. Si quisiera tener algunas respuestas respecto a eso, lo haría diferente.

—¿Cómo lo harías? —la pregunta sale de mis labios antes de que pueda detenerla.

—¿Conseguir información, quieres decir? —sonrío aún más—. Se la pediría a un demonio.

Emily rueda los ojos al cielo con el comentario, pero yo soy capaz de sentir cómo cada célula de mi cuerpo se estremece con sus palabras.

—¿Ahora también crees en la *ouija* y esas tonterías? —Emily se mofa.

—¿Quieres probar alguna vez? —mira a Ems como si fuese el ser más ignorante del mundo—. Si no crees en las invocaciones, ¿qué podrías perder?

Una punzada de nerviosismo me recorre en ese momento y todo mi cuerpo se estremece solo de pensar en la posibilidad de invocar a alguno de esos seres oscuros. La picazón en mi nuca es tan intensa, que apenas puedo mantener el pánico a raya.

—¿Puedes devolverme el libro, por favor? —mi voz sale en un susurro tembloroso y débil.

Mikhail me mira con duda un par de segundos, pero termina extendiéndolo en mi dirección.

—No deberías leer esas estupideces —dice, y mi corazón se estruja—. Son mentiras inventadas por un tipo que cree que sabe una mierda sobre demonios.

Quiero refutar, pero no me atrevo a comentar nada. No puedo enfrascarme en una discusión que sé que voy a perder. Después de todo, él es el demonio aquí. ¿Quién soy yo para cuestionar lo que él sabe de su propia especie?

Al terminar el almuerzo, nos encaminamos por el pasillo. Mikhail se ha situado justo detrás de nosotras, pero no trata de unirse a la conversación que Emily ha comenzado. No puedo evitar sentirme incómoda con su presencia a mí alrededor, pero prefiero saber que está aquí, a sentir que estoy perdiendo la cordura.

Nos abrimos paso por el pasillo atestado de alumnos y nos detenemos frente a las escaleras. Ems me da un abrazo rápido antes de subir hacia el salón donde tomará su siguiente clase. Yo, en cambio, avanzo por el pasillo hasta el aula que se encuentra al fondo.

—Si de verdad querías saber acerca de los demonios, pudiste haber preguntado —la voz de Mikhail llega a mis oídos y me detengo en seco antes de girar sobre mis talones para encararlo. Se ha asegurado de hablar lo suficientemente bajo para no llamar la atención.

—Dijiste que no me dirías nada y yo necesito respuestas. —Sueno más irritada de lo que pretendo—. Además, después de la fiesta del sábado, desapareciste.

—Yo nunca dije eso. —Sus cejas se alzan—. Y por supuesto que no desaparecí. Solo tenías que decir mi nombre. Ya te lo dije: siempre estoy cerca de ti.

—¡Dijiste que no me dirías nada! —espeto para después hacer una mala imitación de su voz—: «Limítate a saber que estaré alrededor tuyo, te guste o no». ¿Cómo se supone que preguntara después de eso?

Su mandíbula se tensa unos instantes y un destello de exasperación invade sus facciones, pero este desaparece tan pronto como llega.

—No puedo decírtelo todo.

—¿Por qué no? —el enojo y la frustración se apoderan de mí con rapidez.

—Es mucho para digerir. Probablemente desearás no haberlo sabido nunca.

Un nudo se instala en mi garganta.

—Prefiero saberlo. *Necesito* saberlo todo —pero me las arreglo para sonar serena cuando hablo.

Él duda unos instantes. Pareciera como si se estuviese lidiando una batalla en su cabeza.

—De acuerdo. Voy a decírtelo todo, pero no aquí —dice, finalmente, al cabo de unos instantes.

—Podemos ir a mi casa al salir de clases —sugiero.

Probablemente, no es la mejor de las ideas. Si mi tía Dahlia llega a verme a solas con un chico en casa, va a castigarme para toda la vida, pero la necesidad que tengo de información es más intensa y tan fuerte, que no me importa nada. Puedo lidiar con unas semanas de castigo si voy a saber qué diablos ocurre.

Mikhail asiente, pero no luce muy convencido.

—De acuerdo —dice—. Te dejaré sola un par de horas, entonces. Hay algo que tengo que hacer antes de hablarte de todo eso. ¿Crees poder mantenerte a salvo durante el resto de la jornada escolar?

La irritación se intensifica un poco más.

—Puedo cuidar de mí misma. —Aseguro, con irritación—. No te necesito.

Una sonrisa se desliza en sus labios.

—Voy a enojarme mucho si te haces daño, Bess Marshall. Más te vale ser una chica de palabra —dice, pero hay un tinte de preocupación en sus facciones.

—Estaré bien —le guiño un ojo. El timbre de entrada suena por los altavoces del pasillo, y doy un par de pasos en reversa, en dirección a mi salón de clases—. No vayas a dejarme esperando por ti.

Sus ojos adquieren un brillo extraño mientras me observa, pero no puedo descifrar qué es lo que está pensando.

—Te doy mi palabra.

Entonces, se gira sobre sus talones y desaparece entre la multitud del pasillo.



Camino en dirección al edificio donde vivo.

Ems me ha dejado a pocas calles de distancia, así que solo tengo que recorrer unas cuantas cuadras para estar en la comodidad del apartamento de mi tía y su prometido.

Me siento ansiosa. Pude manejar la adrenalina durante las horas escolares restantes, pero, ahora que me encuentro a pocos minutos de tener información concreta, no puedo dejar de sentirme nerviosa.

Mi corazón no ha dejado de golpear con fuerza contra mis costillas. No puedo dejar de pensar en todo lo que Mikhail va a decirme. Tengo un mundo de preguntas respecto a su origen y el motivo por el cual se encuentra aquí. Tengo tantas dudas ahora mismo, que no puedo esperar para verlo una vez más.

Según el *Summa Daemoniaca*, los demonios no cuentan con una forma física, lo cual solo me hace preguntarme cómo es posible que Mikhail se haga presente delante de mí. La posibilidad de que haya poseído a alguien va más allá de lo insostenible. De ser así, el dueño de ese cuerpo va a morir poco a poco al ir perdiendo una parte de su alma.

Una punzada de algo extraño me atraviesa el pecho y, sin pensarlo demasiado, me detengo en seco.

Un escalofrío recorre mi cuerpo entero y mi carne se pone de gallina. El hielo se instala en mis venas y corre a toda velocidad en mi sistema casi de inmediato.

Algo está mal.

Algo está muy, *muy* mal.

Miro alrededor, con frenesí, pero no hay nada extraño en la calle. Trato de convencerme de que se trata de Mikhail o de las sombras que me asechaban el fin de semana; pero no puedo acallar a esa voz en mi cabeza que susurra una y otra vez que esto es diferente. Que es algo más.

Mi pulso late tan fuerte, que puedo sentirlo detrás de mis orejas y un extraño ardor invade mis extremidades. El miedo se asienta en mis huesos y me inmoviliza por unos cuantos segundos, antes de que me eche a correr por la calle.

Un haz de luz pasa a toda velocidad frente a mí y me tambaleo hacia atrás antes de caer sobre mi trasero con violencia. Acto seguido, y presa del pánico, miro alrededor con terror y ansiedad, pero no hay nada ahí.

«No, no, no, no, no... Otra vez no.»

Me pongo de pie lo más rápido que puedo y me echo a correr de nuevo. El haz de luz aparece de nuevo frente a mis ojos y me embiste hasta dejarme sin aliento. Caigo al suelo con un golpe sordo una vez más y el dolor estalla en mis muñecas.

Un grito brota de mis labios. Algo caliente corre entre mis dedos. El dolor abrasador no solo está en mis extremidades, se ha extendido por todo mi cuerpo tan rápidamente, que apenas puedo soportarlo.

Pataleo y forcejeo contra el peso invisible que me mantiene anclada al concreto y grito de dolor cuando soy capaz de sentir cómo la carne recién sanada de mis muñecas se abre de nuevo. El aire no llega a mis pulmones de forma correcta, mi tráquea parece haberse cerrado y un montón de puntos negros oscilan en mi campo de visión.

Voy a desmayarme. Voy a morir.

«Por favor, que esto termine. Por favor, que esto acabe ya. Por favor, déjame ir. Por favor...»

Entonces, desaparece.

El dolor lacerante, el sonido, la quemazón, el pánico... Todo desaparece.

Escucho un gruñido, un golpe y un grito, pero no tengo las fuerzas suficientes para levantar el rostro e investigar. Todo mi cuerpo tiembla y el olor metálico de la sangre me provoca arcadas.

Estoy mareada, mis párpados amenazan con cerrarse y mi cuerpo entero se convulsiona con espasmos débiles y dolorosos. Mi corazón no ha dejado de latir a una velocidad inhumana y mis manos se sienten heladas.

Soy vagamente consciente de la cantidad de sangre que hay a mi alrededor y de la escandalosa herida en una de mis muñecas; sin embargo, no puedo hacer nada para detener hemorragia. No tengo fuerzas suficientes para tratar de hacer algo.

De pronto, el mundo da una vuelta y la dureza del asfalto se va.

Estoy flotando.

Hay algo cálido a mi lado y me acurruco más cerca. El aroma fresco y varonil que invade mis fosas nasales es agradable y tranquilizador. Una voz ronca susurra algo que no soy capaz de entender, y casi puedo jurar que lo ha dicho en una lengua desconocida para mí.

Un gemido entrecortado brota de mis labios y la voz pronuncia otra cosa. No sé qué ha dicho, pero es reconfortante en formas que no puedo explicar. Sé que estoy a salvo y, de alguna u otra manera, sé que es él.

«Mikhail», quiero pronunciar, pero no puedo hacerlo. No puedo hacer otra cosa más que intentar llenar mis pulmones con oxígeno.

—¿Por qué diablos no puedes estar sola unos momentos, maldita sea? —lo escucho decir, y eso es todo lo que necesito para dejarme llevar por la bruma densa que me invade la mente.

6

ESTIGMAS

Duele. Mi espalda, mis muñecas, mis extremidades, mi cabeza... Todo duele.

Tengo tanto frío, que encojo las rodillas hacia el pecho y encorvo la espalda. Trato de ignorar el malestar que mis movimientos provocan, pero es casi imposible.

Algo cálido y suave cae sobre mí, pero no soy capaz de acabar con la bruma en la que estoy envuelta. La parte activa de mi cerebro trata de hacerme consciente de qué ocurre en el entorno, pero todo mi cuerpo rehúsa obedecer sus órdenes.

Poco a poco, soy capaz de percibir los sonidos con mayor intensidad, pero sigo sin poder vencer al manto de semiinconsciencia que se ha apoderado de mi cuerpo.

No sé cuánto tiempo pasa cuando, finalmente, abro los ojos; pero tengo que parpadear un par de veces para acostumbrarme a poca iluminación de la estancia.

Por unos instantes, no soy capaz de reconocer la habitación en la que me encuentro y me incorporo a toda velocidad. Todo da vueltas a mi alrededor, pero me obligo a fijar la vista en el edredón floreado que Dahlia compró para mí cuando llegué a vivir a su apartamento y, es en ese instante, que el alivio se asienta en mi pecho y se extiende por todo mi cuerpo.

Estoy en casa. Estoy sobre mi cama.

No recuerdo cómo llegué hasta aquí y tampoco soy capaz de poner orden en mi cabeza. Los recuerdos no parecen querer cooperar conmigo, pero, saberme aquí, me hace sentir segura. Tranquila.

—No puedo dejarte sola unas horas sin que consigas que quieran asesinarte, ¿no es así? —la voz ronca y aterciopelada atrae mi atención.

Mikhail, el demonio que se ha empeñado en cuidar de mí se encuentra aquí, en mi habitación, sentado en el borde de la ventana.

Su tono de voz es desenfadado, pero hay algo en su expresión que hace que mi pecho se contraiga.

—¿Qué pasó? —mi garganta duele cuando hablo y trato de aclararla un poco antes de agregar—: ¿Cómo llegué aquí?

—Entramos por la ventana. —Me regala un encogimiento de hombros. Sé que trata de lucir indiferente, pero el destello de preocupación en su rostro hace que mi estómago se retuerza—. Básicamente, volví a salvar tu trasero.

Entonces, los recuerdos me asaltan: la sensación de estar siendo observada, el miedo, el nerviosismo, el haz de luz, el ataque de esa cosa luminosa, el dolor, la sangre...

Mi vista cae en mis muñecas y soy capaz de notar los torniquetes improvisados. Trozos de tela están amarrados justo encima de las heridas abiertas y hay sangre seca alrededor de los cortes. Mis dedos se sienten entumecidos debido a la poca circulación, y un pequeño dolor sordo palpita en mi carne lastimada.

—¿Qué era esa cosa? —susurro, en voz baja, tras unos segundos de silencio. Sueno más asustada de lo que espero.

—Un ángel.

El miedo se arraiga en lo más profundo de mi pecho, mi corazón se detiene una fracción de segundo y se acelera al instante siguiente. Un hueco se asienta en la boca de mi estómago y, de pronto, se siente como si pudiese vomitar.

—¿Un ángel? —trato de encontrar algún vestigio de humor en su rostro, pero no lo encuentro. En su lugar, se limita a asentir con lentitud.

Preguntas nuevas se acumulan en mi cabeza, pero no soy capaz de formular ninguna. Nada de esto tiene sentido. Se supone que los demonios son seres que se alimentan de todo lo negativo que existe en el mundo; y, pese a eso, es un demonio el que me ha salvado la vida más de una vez.

Se supone que son los ángeles quienes velan por el bienestar de los humanos, pero fue un ángel quien trató de hacerme daño.

—¿Por qué? —la pregunta sale de mis labios en un susurro tembloroso y asustado—. ¿Por qué me atacó?

—Porque su deber era asesinarte. —Sus ojos grises se clavan en los míos—. Tienes suerte de que haya sido uno de rango menor. Uno sin permiso de adoptar forma corpórea, quiero decir.

Niego con la cabeza, incapaz de poner orden a mis pensamientos. Todo esto está mal. No se supone que los ángeles ataquen a los humanos. No se supone que un demonio deba estar protegiéndome como lo hace.

—¿Qué se supone que hice yo para que un ángel quiera asesinarme? —la desesperación, la impotencia y el miedo hacen que un nudo se instale en mi garganta. Las lágrimas queman y se arremolinan en mis ojos, pero lucho para retenerlas—. ¡No entiendo absolutamente nada! ¿Por qué puedo verte? ¿Por qué están ocurriendo todas estas cosas? ¿Qué es lo que hice mal?

—¿Qué cambió, Bess? —Mikhail se pone de pie y se acerca a mí—. Piensa: ¿Qué hay de diferente ahora? ¿A raíz de qué te ocurren estas cosas?

—¡No lo sé! —sueno desesperada. Patética...—. ¡No lo sé! ¡No lo...!

Entonces, la resolución me golpea. Mi vista cae en la piel hecha jirones en mis muñecas y un estremecimiento de puro horror me recorre la espina.

—Todo calza, ¿no es así? —la voz de Mikhail llega a mis oídos, pero no me atrevo a apartar la vista de mis heridas abiertas—. Por esas cosas puedes vernos. Por esas heridas ellos pueden verte —la forma en la que se refiere a ellas me revuelve el estómago. Suena como si estuviese hablando de la cosa más repugnante en la faz de la tierra.

—¿Qué son estas cosas? —todo mi cuerpo tiembla debido al miedo que me invade—. ¿Qué diablos está ocurriendo conmigo?

Sueno patética. Estoy al borde del colapso nervioso, y no me importa estar a punto de llorar. No me importa mostrarme como la niña asustada que soy y que un demonio sepa que estoy perdiendo la compostura porque nada tiene sentido.

—Se llaman Estigmas. —Él mira las marcas con repulsión—. Y solo prueban que estás volviéndote fuerte y que está a punto de comenzar.

—¿Qué cosa? —suelto, en un susurro ahogado.

—El Fin.

El pánico se detona en mi sistema y me cuesta respirar. Mi corazón late tan fuerte, que casi puedo jurar que él es capaz de escucharlo.

Mis ojos se clavan en la piel herida y un puñado de piedras se asienta en mi estómago.

—¿Q-Qué es todo esto? —el coraje se cuele en mis huesos y me hace imposible pensar con claridad—. ¿Por qué no puedes decírmelo de una maldita vez? ¿Qué está pasando?

«¿Por qué a mí? ¿Por qué yo? ¿Qué tiene que ver todo esto conmigo?».

—Los Estigmas son marcas que aparecen en algunas personas —habla. Mi cabeza se alza para mirarlo y siento cómo las lágrimas calientes y pesadas caen por mis mejillas—. Estas marcas son similares a las heridas infligidas en Cristo durante la crucifixión.

«Yo no me hice esto. No me hice daño. No traté de suicidarme», pienso, y el alivio viene a mí en oleadas grandes.

—¿No me hice daño a mí misma? —susurro y el torrente de lágrimas incrementa.

Algo en la expresión de Mikhail se ablanda y niega con la cabeza.

—Por supuesto que no —dice—. Los Estigmas solo indican cuán fuerte eres ahora. —Acorta la distancia entre nosotros y se acuclilla delante de mí—. Debes tomar las cosas con calma, Bess. Va a tomarte mucho tiempo asimilar todo eso que deseas saber.

—¿Puedes, por favor, dejarte de misterios y hablar de una vez? —suplico, con un hilo de voz. Estoy desesperada y asustada. Necesito saber qué ocurre aquí o voy a estallar en mil fragmentos.

Mikhail me observa unos segundos, y estira una de sus manos en mi dirección, pero se detiene a medio camino y la cierra en puño antes de apartarla.

Rápidamente, limpio las lágrimas fuera de mi rostro y trato de recomponerme un poco. Él espera en silencio y yo aprovecho esos segundos para tomar un par de inspiraciones profundas.

Una vez que estoy lista, lo miro a la cara. Él luce inseguro. La incertidumbre en su expresión no concuerda con la personalidad arrogante que había mostrado hasta ahora y eso me pone nerviosa.

—Se ha previsto esto desde hace eones —Mikhail comienza, pero luce como si estuviese hablando más para sí mismo que para mí—. Las

señales de El Fin han estado aquí durante siglos, pero no había habido nada tangible. No hasta ahora. Algo ha cambiado ahora.

—¿Qué? —mi voz suena queda y débil—. ¿Qué ha cambiado?

Sus ojos se clavan en los míos.

—Ustedes... —Traga duro—. *Tú*.

—¿Yo? —un escalofrío recorre mi espina dorsal y un agujero se asienta en la boca de mi estómago.

—Hace más de dos mil años, hubo un sacrificio divino. Un pacto sagrado entre El Creador y su hijo. Uno que se mantuvo sellado hasta el día en que ustedes aparecieron en el mundo. —Mi corazón se salta un latido—. El sacrificio de Cristo para salvar a los hijos de Dios le dio tiempo a la humanidad. Tiempo de enmendar los errores y agradecer por el mundo que se les fue regalado. Sin embargo, la fecha de vencimiento ha llegado. Es tiempo de que los seres humanos paguen lo que han hecho y rindan cuentas —se detiene, inseguro de continuar. Busca en mi expresión algo que indique que no he perdido la cordura, pero ni siquiera puedo moverme. Ni siquiera puedo respirar—: Y, una vez que ustedes, Los Siete Sellos, sean rotos, será el fin de todo.

—¿De qué estás hablando? —mi voz apenas es un susurro bajo y tembloroso.

—De que eres uno de esos Sellos, Bess —dice—. Eres el Cuarto Sello, Bess: probablemente, el más importante de todos.

Niego con la cabeza, incapaz de entender qué es lo que dice.

—No comprendo...

—La profecía dice —Mikhail me interrumpe—, que el día en que Los Siete Sellos se rompan, la batalla del juicio final entre el Cielo y el Infierno comenzará y se definirá absolutamente todo. Los jinetes del apocalipsis serán liberados, las trompetas sonarán y será un jodido desastre —sus ojos penetrantes y aterradores se clavan en los míos—. No existe tal cosa como un pergamino sagrado con dichos Sellos, Bess. Es un simbolismo. Los Sellos, en realidad, son seres humanos. Eso quiere decir que existieron siete como tú en el mundo y, lamento informártelo, Cielo, pero las primeras tres personas, los primeros tres Sellos, ya murieron. Tú eres la siguiente. Por eso los ángeles te buscan.

El mundo entero pierde enfoque. Las palabras de Mikhail se asientan en mi cerebro, pero no soy capaz de asimilar nada. No soy capaz

de ordenar la oleada inmensa de preguntas que me invade y, lo único que puedo hacer ahora mismo, es temblar y luchar por llevar el aire a mis pulmones.

—¿Los ángeles quieren matarme? —el susurro sale áspero y tembloroso de mis labios, pero apenas puedo mantener la histeria a raya.

Él asiente.

—Están listos para la batalla —dice, y hace una mueca de desagrado—. Nosotros, los demonios, no. No somos lo suficientemente fuertes para enfrentarlos. Por esta razón he sido enviado aquí. Debo protegerte hasta que estemos listos. Necesitamos retrasar esto lo más posible. Necesitamos fortalecernos para no sucumbir ante la Legión tan fácilmente. —Niega con la cabeza y no se me escapa la frustración en sus facciones—. Ellos tienen ya en su poder a los tres sellos que deben morir después de ti. Eres el único al que no habían encontrado y no pueden matar al resto si no te matan a ti primero. Mi deber es impedir que lleguen a ti.

—Tu deber es impedir que me maten —apunto. La amargura tiñe mi voz, pero él no niega nada de lo que he dicho.

—Había sido fácil mantenerte oculta de ellos, pero los Estigmas los han hecho notarte. Es como si hubiese un letrero iluminado justo encima de tu cabeza. Por esta razón, desde que aparecieron, eres víctima de ataques por parte de seres sobrenaturales.

Mi vista cae en la piel lastimada de mis muñecas y una nueva oleada de repulsión me golpea.

—¿Puedo verte debido a esto, entonces? —pregunto, con la voz entrecortada por las lágrimas contenidas—. Dices que llevas mucho tiempo siguiéndome, pero nunca lo había notado. No hasta que estas cosas aparecieron.

—Así es —dice, y no me pasa desapercibido el tono tranquilizador que utiliza—. Los Estigmas te dan el poder de ver lo que los seres humanos comunes y corrientes no pueden. No sé qué otras cosas son capaces de provocar en ti; pero, cuanto más tiempo pase, vas a ser capaz de percibir otras cosas: errantes, líneas ley, condenados, andantes... Todas esas entidades espirituales que habitan la tierra. Los Sellos anteriores a ti ni siquiera tuvieron la oportunidad de desarrollar esta clase

de habilidades. Fueron exterminados mucho antes de que siquiera supieran lo que representaban.

—¿Por qué yo? —de pronto, las lágrimas sin soportables. Apenas puedo mantenerlas dentro de mí.

Él me mira y un atisbo cargado de desesperación se filtra en su rostro.

—No lo sé, Cielo.

El silencio que le sigue a sus palabras es tenso, pesado y opresor. Cientos de preguntas se arremolinan en mi cabeza, pero hay una que resuena con más fuerza que el resto. Hay una que hace más ruido que las demás...

—Cuando ustedes estén listos para pelear, ¿vas a matarme? —alzo la vista para encontrar la suya.

Mikhail me sostiene la mirada. La inexpresividad en su rostro me envía al borde de mis cabales y, en ese momento, un escalofrío me recorre de pies a cabeza.

—Sí.

Quiero gritar. Quiero llorar. Quiero que todo esto sea una horrible pesadilla.

Mis ojos arden debido a las lágrimas contenidas y el nudo en mi garganta es insoportable. Jamás había tenido tanto miedo. Jamás me había sentido así de vulnerable e insignificante.

Soy un objeto. Algo de lo que estas criaturas creen que pueden deshacerse en el momento en el que les plazca.

Estoy tan asqueada, tan aterrorizada, tan... *furiosa*.

—Vete —escupo, con un hilo de voz. La confusión invade el rostro de Mikhail y me aferro a la ira que me embarga para espetar—: ¡Lárgate de aquí!

Su boca se abre para decir algo, pero lo piensa mejor y la cierra de golpe. Un músculo salta en su mandíbula cuando la aprieta con fuerza, pero no dice nada. Se limita a incorporarse y avanzar hacia la ventana.

Echa un vistazo en mi dirección y parece dudar unos instantes; sin embargo, toma una decisión y desaparece de mi vista.

Sé, pese a todo, que no se ha ido muy lejos. Según sus propias palabras, nunca se aleja demasiado. Me da la impresión de que nunca va a alejarse lo suficiente.



No sé cuánto tiempo pasa antes de que Dahlia y Nate lleguen, pero sé que pronto vendrán a buscarme para que cene con ellos, así que decido levantarme y enfundarme una sudadera para impedir que vean las heridas abiertas en mis muñecas.

No pasan más de cinco minutos, cuando la puerta se abre para revelar a mi tía, enfundada en una falda de tubo y un saco de vestir.

Su mirada me recorre de arriba abajo y sé que trata de verificar que me encuentro en una pieza. Hace eso desde aquella noche en la que todo el mundo creyó que traté de quitarme la vida.

—Trajimos *pizza* —dice, con una sonrisa amable pintada en los labios. Y eso es todo lo que necesito para saber que debo sentarme en la mesa con ellos; así no quiera comer. O hablar con nadie. O hacer otra cosa más que ahogarme en mi miseria.

Me las arreglo para regalarle una sonrisa y un asentimiento murmurado, antes de que se encamine hacia el comedor.

Es en ese momento, cuando tomo una inspiración profunda y me trago la ola de sentimientos encontrados que amenaza con azotarme. Me repito una y otra vez que puedo hacer esto; que no pasa nada si finjo que todo va bien durante unos minutos y, luego de unos segundos de inmovilidad, me echo a andar en dirección al comedor.

La cena transcurre sin muchas novedades. Nate y Dahlia tratan de hacerme hablar respecto a mi día, pero apenas logran arrancar un par de palabras de mi boca. No me pasa desapercibida la preocupación que se filtra en la mirada de mi tía, pero no tengo el humor suficiente como para fingir que me encuentro bien ahora mismo.

Después de media hora de silencio incómodo y charlas forzadas, soy libre de irme a mi habitación; pero decido no hacerlo. Por el contrario, me encamino directamente hacia el baño y abro el grifo de la regadera antes de desnudarme y meterme en la ducha.

El baño dura más de lo que espero, pero me sienta bien. Mis músculos agarrotados parecen agradecer el contacto con el agua caliente; pero, con todo y el bienestar de mi cuerpo, nada es capaz de eliminar la sensación de pesar que se ha instalado en mi pecho.

El miedo se ha asentado como un nudo implacable dentro de mí y la sensación de estar a punto de vomitar no me ha abandonado desde la charla que tuve con Mikhail. Después de todo, él tenía razón: hubiese preferido no saber absolutamente nada y vivir en la oscuridad el resto del tiempo que me queda.

Al llegar a mi habitación, me dejo caer en la cama y me acurruco debajo de las sábanas. Algo helado se ha instalado en mi pecho y el miedo se ha arraigado en mis venas. No sé por qué estoy tan asustada. Yo deseé desaparecer muchas veces antes. Deseé estar con mi familia. ¿Por qué tengo tanto miedo de morir ahora?...

Pego mis rodillas a mi pecho me abrazo a mí misma. Las lágrimas se agolpan en mis ojos una vez más, pero esta vez no trato de detenerlas. Pequeños sollozos lastimeros brotan de mis labios entreabiertos.

Estoy tan asustada. Tengo *tanto* miedo.

Alguien se detiene al pie de mi cama. Llegados a este punto, no me importa que me vean llorar. Si puedo ser honesta, no me importa nada ahora mismo.

Soy vagamente consciente de cómo el colchón cede con el peso de alguien. Trato de reprimir los pequeños quejidos que me asaltan, pero es casi imposible. Entonces, aparece en mi campo de visión.

Las sombras de la noche apenas me permiten distinguir la silueta de su cuerpo recostado a mi lado, pero *sé* que es él.

No dice nada. No se acerca. No trata de consolarme. Solo está aquí, recostado a mi lado, mientras me caigo a pedazos. Pese a eso, su presencia es reconfortante.

Una mano se eleva en la oscuridad y siento cómo la punta de sus dedos toca la humedad de mis lágrimas, pero se apartan tan rápido como llegan.

Uno de sus brazos se envuelve alrededor de mi cuerpo y tira de mí en su dirección. Su toque es cauteloso y calculado. Es como si le diera repulsión ponerme una mano encima. Como si no deseara tocarme en lo absoluto.

Lucho para liberarme de su agarre, pero este solo se hace más firme y fuerte. Golpeo y forcejeo una y otra vez, pero Mikhail no se mueve ni un centímetro. La frustración me envuelve y las lágrimas se intensifican y, entonces, dejo que el llanto se haga cargo. Dejo que mis dedos

se cierran en puños en su camisa, y que susurre cosas en un idioma que no entiendo. Dejo que su barbilla descansa en la cima mi cabeza y que el alivio me invada en el momento en el que él pasea su mano de arriba abajo por mi espalda.

Dejo que el demonio me consuele, porque nada tiene sentido. Porque todo en lo que creía es una mentira. Porque todo para mí ha cambiado a partir de ahora.



7



CONMOCIÓN

—¿Estás ignorándome? —la voz de Mikhail suena detrás de mí, mientras me abro paso entre la marea de cuerpos que trata de avanzar por el corredor del edificio escolar.

Yo, deliberadamente, me quedo callada mientras me escurro entre dos cuerpos para llegar a las escaleras.

—¡Bess! —la voz ronca detrás de mí envía un escalofrío por mi espina dorsal, pero me limito a continuar avanzando sin siquiera dignarme a echar una ojeada en su dirección—. Deja de comportarte así y al menos ten la decencia de decir que no quieres hablarme.

Me detengo en seco y me giro sobre mi eje, de modo que quedamos frente a frente.

—No quiero hablarte. Déjame tranquila de una maldita vez —escuipo con irritación, al tiempo que lo miro a los ojos.

Un destello de ira se apodera de sus ojos y noto cómo su expresión se ensombrece debido a la oscura emoción.

—Cuida tu tono —la advertencia destila enojo y coraje.

—¿O qué? ¿Vas a lastimarme? —sonrío con amargura—. No lo creo.

Su mandíbula se aprieta con tanta fuerza, que noto cómo un músculo salta en su sien.

—Puedo hacerte cosas que no impliquen dañarte físicamente y lo sabes —sisea, casi en un gruñido—. Deja de jugar con fuego. No sabes con quién estás tratando.

—No te tengo miedo —digo, pero mi estómago se siente apretado y tenso, y mi corazón ha acelerado su marcha hasta alcanzar una velocidad dolorosa.



Una espesa y oscura ceja se alza con arrogancia y una pequeña sonrisa tira de las comisuras de sus labios.

—¿Quieres apostar? —el susurro ronco con el que habla me pone la piel de gallina y lo único que puedo hacer luego de eso, es sostener su mirada—. Escúchame bien, Bess: me importa una mierda si estás enojada o no por lo que te dije ayer. Tú pediste la verdad, ahora afróntala como se debe y deja de comportarte como si fueses una niña.

El nudo en mi garganta es tan grande, que no puedo pronunciar palabra alguna. No quiero que él se dé cuenta de cuán asustada estoy en este momento, así que me limito a mostrarle el dedo medio de mi mano derecha.

Una risa corta e irritada brota de los labios del chico frente a mí y niega con la cabeza.

—Eso es muy maduro de tu parte, Marshall —el sarcasmo tiñe su tono.

—Déjame en paz —escupo, al tiempo que sostengo su mirada—. No te quiero cerca de mí. Deja de perseguirme. No tengo el más mínimo y remoto interés en formar parte de tu retorcida historia. Prefiero morir y hacer que tú y los tuyos desaparezcan, a permitir que estés detrás de mí todo el tiempo y que todos aquellos que son como tú se preparen para una batalla que no deben ganar.

De pronto, la ira se apodera de sus facciones. De pronto, su expresión se transforma de un segundo a otro en una mueca cargada de coraje, enojo e indignación.

Su mandíbula está tan apretada, que temo que pueda quebrarla, y noto cómo su mano izquierda se cierra en un puño en un espasmo rápido y preciso. Todo su cuerpo irradia violencia y su espalda erguida lo hace lucir imponente e intimidante.

—No te equivoques, Cielo. —Su voz sale en un susurro ronco que suena más bien como un gruñido, y habla tan bajo que apenas soy capaz de escucharlo—. Nada de lo que te han dicho a lo largo de tu miserable y patética vida es cierto. Esos seres a quienes ustedes, los humanos, veneran no son más que un puñado de ególatras hijos de puta que solo piensan en ellos mismos. Los ángeles son mucho peores que los demonios, Bess; y cuando te tengan en sus manos, no tendrán ni un poco de compasión. Van a deshacerse de ti y será de la forma más

cruel y despiadada posible. Ellos disfrutaban del sufrimiento de los inocentes como tú. Ellos odian a los de tu especie.

El terror se asienta en mis huesos con cada palabra que pronuncia y, de pronto, me falta el aliento.

—Mientes —mi voz sale en un susurro entrecortado.

Una sonrisa se dibuja en su rostro, pero esta no toca sus ojos.

—¿De verdad eres así de ingenua? —suelta, con desdén—. Ayer uno de ellos te atacó, ¿recuerdas? —Su sonrisa se ensancha—. Intentó aniquilarte. Y créeme: no será el único que va a intentarlo. Te quieren muerta, así como quieren muertos al resto de los Sellos y al resto de los seres humanos. Los ángeles lo único que desean es acabar con la humanidad porque están celosos de su libre albedrío y de la condescendencia que tiene El Creador con ustedes —la crudeza con la que me habla hace que me encoja en mi lugar—. Deja de ser una idiota y comprende que debo mantenerte a salvo.

No puedo hablar. No puedo decir una sola palabra porque mi cuerpo entero está paralizado por el miedo. Me niego a creer en lo que dice. Me rehúso a pensar que los ángeles son así de crueles y despiadados.

—Debes entender que esto no es algo que esté en tus manos controlar. —El tono duro en la voz de Mikhail se ha suavizado un poco. Lo suficiente como para hacer que una punzada de dolor me atravesara el pecho—. No estoy aquí para torturarte. Mucho menos estoy aquí para traerte problemas. Lo único que quiero hacer es mantenerte a salvo. Házme lo fácil y háztelo fácil a ti misma. Me necesitas tanto como nosotros te necesitamos a ti; así que, por favor, deja de actuar como si tuvieses cuatro años.

Niego con la cabeza una y otra vez.

Estoy aturdida, agotada y aterrorizada. Pasé la noche entera dándole vueltas al motivo por el cual todas esas cosas extrañas que han estado ocurriendo a mi alrededor. Pasé la noche entera ahogándome en el pánico que me ha causado enterarme de que seres que ni siquiera sabía que existían están tratando de matarme.

Todo es tan surreal, que apenas puedo creerlo. Todo es tan abrumador, que sigo sin comprender una mierda acerca de lo que está pasando. Lo único de lo que estoy segura hasta ahora, es de que no quiero formar parte de ello. Mucho menos quiero creer en lo que el demonio

ha dicho, porque no soy nada más que una chica común y corriente. Una que nunca ha sido especial en nada. Una que no suele destacar en ningún ámbito.

De todas las personas existentes en el mundo, yo, Bess Marshall, soy la menos indicada para llevar el peso de toda esta mierda sobre los hombros.

—Solo mantente lejos de mí —el temblor en mi voz delata cuán aterradora me encuentro, pero Mikhail no parece notarlo.

—Bess... —comienza a hablar, pero yo ya me he girado sobre mis talones y he comenzado a avanzar.

Una palabrota proveniente de sus labios es lanzada al aire, pero continúo con mi caminar apresurado. Necesito alejarme de él. Necesito procesar toda la información nueva, para así poder hacerme a la idea de que, tarde o temprano, voy a morir a manos de un ser sobrenatural. Necesito poner en orden todos mis pensamientos, para así decidir qué es lo que realmente quiero hacer.

No puedo creer en la palabra de un demonio. No puedo quedarme con la versión de un ser que es descrito como la maldad personificada... ¿O sí?

Hago caso omiso a su voz llamándome. También ignoro las miradas curiosas que nos lanzan los alumnos que transitan por las escaleras por donde avanzamos. Trato de ignorar, también, las sonrisas burlonas que un puñado de chicas nos dedica cuando llegamos al piso inferior, pero es lo único que necesito para saber que debe parecer como si estuviésemos teniendo una discusión de pareja.

Estoy a punto de entrar a la cafetería, cuando la voz de Emily llega a mis oídos. Ha gritado mi nombre y apenas he tenido tiempo de detenerme antes de ser atacada por uno de sus abrazos asfixiantes.

La sensación de alivio que me invade en ese momento es más allá de lo gratificante. Ems es lo único que es normal y familiar en mi vida ahora mismo.

Ella se aparta para mirarme y su ceño se frunce ligeramente cuando nota mi expresión. No estoy muy segura de cómo es que me veo ahora mismo, pero la preocupación en sus facciones me hace saber que, seguramente, luzco como si estuviese a punto de echarme a llorar.

—¿Estás bien? —la preocupación tiñe el tono de su voz.

Un asentimiento rápido es lo único que puedo darle antes de notar cómo mira un punto por encima de mi cabeza. De pronto, el entendimiento parece asentarse en sus facciones.

—¿Qué le has hecho? —el tono reprobatorio que Emily utiliza, casi me hace sonreír—. ¡Estabas haciéndolo bien! ¡Ya *casi* me agradabas!

—Bess, por favor —Mikhail habla, al tiempo que ignora a Ems—, necesitamos hablar de esto.

Me giro sobre mis talones para encararlo una vez más y debe ver algo grave en mi expresión, ya que, de pronto, luce aturdido.

—Déjame sola —digo, en un susurro tembloroso y noto cómo sus ojos se oscurecen varios tonos—. *Ahora*.

Luce como si alguien hubiese estrellado una puerta en su cara justo en ese instante. No mueve ni un solo músculo del cuerpo y un destello de algo que no puedo reconocer brilla en su mirada. Entonces, noto cómo su rostro comienza a enrojecerse. No estoy muy segura, pero casi me atrevo a apostar que es debido al coraje que lo invade.

Un asentimiento brusco es dirigido hacia mí antes de que, sin decir una sola palabra, se gire sobre sus talones y avance en dirección contraria a donde mi amiga y yo nos encontramos.

Una punzada de remordimiento me atenaza el pecho, pero me las arreglo para apartar la vista del punto en el cual ha desaparecido de mi vista.

—¿Quieres hablar sobre esto? —Emily pregunta con cautela y yo niego con la cabeza.

—Ahora no, Ems —digo, con un hilo de voz—. Por favor, ahora no.



—Me preocupo por ti, Bess —la voz de Emily inunda mis oídos e irrumpe el silencio en el que se ha sumido el reducido espacio en el que nos encontramos.

El aire dentro del vehículo se siente asfixiante y pesado. El día de hoy ha sido un completo infierno. No he podido mantener la compostura y me he quebrado justo a mitad de la clase de química. Fue bastante vergonzoso tener que abandonar el aula temblando de ansiedad después de haber tenido una crisis nerviosa delante de todo el mundo.

Mis ojos aún arden debido a la hinchazón provocada por el llanto y el nudo en mi garganta se aprieta cuando la escucho hablar.

—Estoy bien —aseguro, pero mi voz es un hilo débil y tembloroso.

Ems no dice nada, se limita a mantener su vista fija en la calle, con los dedos aferrados al volante.

—Debes dejar de decir que estás bien cuando no lo estás —dice, tras un largo silencio—. Debes dejar de mentirme y decir que tienes pequeños accidentes con cuchillos cuando en realidad has intentado quitarte la vida. —Mi vista se vuelca hacia ella a toda velocidad y mi estómago cae en picada cuando noto las lágrimas que se asoman en sus ojos. De pronto, gira su rostro para mirarme y susurra—: ¿Acaso creías que no iba a enterarme? ¡Dios! Bess, esto está saliéndose de control. No puedes fingir que te encuentras a la perfección cuando todos sabemos que no es así. Dahlia está preocupada por tu bienestar... —Traga duro—. ¡Yo lo estoy, maldita sea! —niega con la cabeza—. Creí que estabas llevándolo bien —una sonrisa amarga se apodera de sus labios—; creí que eras capaz de sobrellevar todo lo que ocurrió, pero no es así. Y no está mal que sea de esta manera. ¡Jesús! ¡Perdiste a toda tu familia en un accidente! ¡Los viste morir uno a uno! ¿Cómo diablos se supera algo como eso?... —Estoy llorando. No sé en qué punto comencé a hacerlo, pero no puedo detener el torrente incontenible de emociones que amenaza con desmoronarme—. Estás en todo tu derecho de sentirte mal, de no querer levantarte en las mañanas; de querer desaparecer para olvidarlo todo y no volver a saber de absolutamente nadie. Tienes todo el putito derecho, Bess. —Su voz se quiebra ligeramente—. No te empeñes en hacerle creer a todos que estás bien porque, si tú no hablas... —Ella también llora, pero no se detiene—. Si no le dices a nadie cómo te sientes en realidad, no podemos ayudarte. Nadie puede hacer nada por ti, ¿entiendes? Necesitas ser honesta y hablar con la verdad. Por favor, Bess. *Por favor.*

Mi vista se desvía y se clava en el suelo del viejo coche. Un sonido lastimero brota de mis labios debido al llanto que no he podido controlar y aprieto los puños con fuerza porque esto duele. Duele como nunca nada ha dolido. Duele porque Emily ha pasado todo este tiempo fingiendo que no sabe nada de lo que ocurrió, cuando en realidad lo

sabe todo. Sabe lo que pasó hace unas semanas y que no me encuentro bien, y eso me quiebra de modos que ni siquiera yo misma comprendo.

—E-Estoy volviéndome loca, Ems. —Mi voz sale en un sollozo entrecortado—. Ya no puedo más con esto. Ya no quiero seguir de este modo, y al mismo tiempo le tengo tanto miedo a la muerte... —Niego con desesperación—. Soy *tan* cobarde que no soy capaz de acabar con todo de una maldita vez; aun cuando lo deseo con toda mi alma.

De pronto, unos dedos se envuelven alrededor de mi muñeca y el dolor estalla y quema en mis extremidades. Un grito ahogado brota de mis labios, pero Emily está tan concentrada en la tarea de tirar de mí en su dirección, que ni siquiera se percata de que la herida está abierta de nuevo.

Entonces, sin darme tiempo de protestar o decir cualquier otra cosa, me encuentro envuelta en un par de delgados y cálidos brazos.

—No vuelvas a decir eso, Bess Marshall. —La ira que percibo en el tono de su voz es casi tan intensa como el temblor de su cuerpo—. No te atrevas a decir que quieres morir. No cuando me tienes a mí en tu vida. Mi madre te ama como si fueses su propia hija. Le partiría el corazón perderte. ¡Dios!, yo te quiero tanto que no sé qué diablos habría sido de mí si tú hubieses muerto en aquel accidente.

En ese momento, mis brazos se envuelven alrededor de Emily y, sin decir una palabra, me permito llorar. Permito que todo el miedo, la incertidumbre y el pánico se apoderen de mí durante unos instantes.

Una vez que las lágrimas ceden, me siento un poco más tranquila. El alivio que siento en este momento es lo más gratificante que he tenido en semanas y no puedo evitar querer retener esta sensación de tranquilidad que me ha invadido.

—Promete que hablarás conmigo cuando te sientas mal —dice Emily, mientras abro la puerta del auto para marcharme.

Una sonrisa débil se dibuja en mis labios y asiento lo mejor que puedo.

—Prometo que trataré de hacerlo —digo, porque no quiero comprometerme a hacer algo que no sé si podré cumplir.

La mirada de mi amiga está teñida de preocupación y angustia, pero se las arregla para sonreír.

—Te veo mañana, pequeña idiota —dice.

—También te quiero, Ems —mi sonrisa se siente un poco más amplia y ella imita mi gesto.

—Ve con cuidado —dice y, finalmente, salgo del coche antes de echarme a andar por la calle vacía.

No tengo que caminar más de treinta pasos para llegar a la entrada del edificio donde vivo. Emily se ha tomado la molestia de dejarme en la acera de enfrente, así que no debo avanzar en solitario mucho tiempo.

Al llegar al apartamento, lo primero que hago es lanzar mi vieja mochila en uno de los sillones que adornan la sala. El aroma a esencia de pino que despide todo el lugar me hace saber que la mujer que hace el aseo ha venido esta mañana.

Sin perder el tiempo, me encamino hasta mi habitación y, en el instante en el que pongo un pie dentro, lo noto.

La piel de mi nuca se eriza de un segundo a otro y un escalofrío me recorre en un instante. La sensación viciosa y enferma de sentirme observada, hace que todo mi cuerpo se tense en respuesta y un grito se construye en mi garganta.

—¿Mikhail? —la palabra sale de mis labios en un susurro tembloroso y asustado, pero no puedo evitarlo—. ¿Estás aquí?

Nada ocurre. El silencio es lo único que obtengo como respuesta a mi pregunta y, sin más, me siento más allá de lo aterrizada. No sé por qué lo hago, pero no puedo evitarlo. Se siente como si mi habitación hubiese sido perturbada por la presencia de alguien. Como si alguien hubiese invadido mi espacio y hubiese cambiado algo en él.

Todo luce exactamente igual, pero no puedo apartar de mi pecho la sensación de que hubo alguien en este lugar no hace mucho tiempo.

—Mikhail, esto no es gracioso... —digo, y el tono de mi voz es ronco e inestable.

Avanzo con lentitud hasta mi cama e inspecciono el espacio una vez más. Todo mi cuerpo se siente tenso y en guardia, pero me obligo a relajarme en medida que reviso cada parte del cuarto. Trato de mantener a raya el puñado de emociones que me invaden, pero la sensación de que algo no marcha como debería aún no se va. Ni siquiera ha disminuido un poco.

«Debes tranquilizarte», digo, para mis adentros, mientras inhalo una bocanada de aire.

Entonces, giro sobre mis talones dispuesta a marcharme de aquí y dar por terminado mi ataque de paranoia.

Un grito brota de mis labios con tanta fuerza, que bien podrían haberlo escuchado tres pisos abajo. La imagen repentina del chico de cabello oscuro, piel marmórea y ojos grises que aparece delante de mí, hace que todo el aliento se esfume de mis pulmones y el pánico me acalambre el cuerpo.

—¡Infiernos, Bess! ¡Respira! —la voz de Mikhail invade mis oídos, pero ni siquiera puedo mirarlo.

Estoy en el suelo alfombrado de la habitación, mientras lucho contra el ataque respiratorio que trata de asfixiarme. Rebusco mi inhalador en los bolsillos de mis vaqueros con tanta torpeza, que doy lástima.

Cuando logro localizar el aparato, lo coloco entre mis labios y presiono el botón que libera el medicamento, antes de sentir cómo mi respiración vuelve a la normalidad poco a poco.

—¿Es que siempre tienes que aparecerte de este modo?! —medio grito, al cabo de unos instantes—. ¡Me has sacado un susto de mierda!

—¡Tú me llamaste! —la mirada exasperada que me dedica solo hace que mi coraje aumente considerablemente.

—¡No lo hice!

—¡Por supuesto que lo hiciste! ¡Dijiste mi maldito nombre y vine a tí!

—¡Pero no tenías que aparecerte de este modo! ¡Joder! ¡Casi me matas del susto! —chillo, al tiempo que me incorporo. La ira sin sentido que me invade es tan cegadora, que no puedo detener el torrente de palabras que se arremolinan en mi lengua—: ¡Y deja de meterte en mi habitación sin mi permiso que me pone los nervios de punta! ¿Qué has movido?!

—¿De qué mierda estás hablando?

—¡Has estado en mi habitación! ¡Puedo sentir que algo has hecho en este lugar!

—Yo no he estado en este lugar desde esta mañana. He estado siguiéndote el culo todo el día, como todos los días desde hace meses —suelta, con irritación.

Una risa carente de humor me asalta.

—¡Sí! ¡Claro! —escupo, con sarcasmo—. ¿Acaso crees que soy estúpida?!

Las cejas de Mikhail se alzan con condescendencia.

—¿Tengo que responder a eso? —dice y otro destello de ira se arremolina en mis venas.

—¡Vete a la mierda!

Entonces, todo ocurre tan rápido, que apenas puedo procesarlo.

Mi cuerpo se estrella contra la pared más cercana, pero el impacto no es doloroso; mis manos han sido inmovilizadas encima de mi cabeza y aliento tibio golpea mi mejilla derecha.

El cuerpo de Mikhail está pegado al mío y me inmoviliza de un modo tan íntimo, que en lo único en lo que puedo pensar, es en la forma en la que su abdomen firme se siente contra el mío blando.

Mis ojos se encuentran cerrados y mi rostro está ligeramente inclinado hacia a un lado, de modo que él puede respirar casi sobre mi cuello.

—Estás colmándome la paciencia —el siseo ronco que brota de sus labios me pone la piel de gallina. Su respiración golpea un punto junto a mi boca y los músculos de mi cuerpo se sienten débiles e inestables debido a su cercanía.

Soy plenamente consciente de la presión que ejerce su cuerpo contra el mío y del aroma que despide su cuerpo. No huele a nada que haya percibido antes. Es fresco, salvaje, terroso.

Nunca en mi vida había olido algo así de embriagante. Así de... *agradable*.

—Suéltame —digo, casi sin aliento. Me siento acobardada por la posición en desventaja en la que me encuentro; pero, con eso y todo, me obligo a mirarlo a los ojos.

Hay algo intenso y peligroso en su mirada, pero no tengo miedo en lo absoluto. No cuando hay algo en su expresión que lo hace lucir casi amable.

—Mikhail, suéltame —pido, con la voz temblorosa.

En ese momento, noto cómo su vista se desvía hacia mi boca durante una fracción de segundo.

—¿Sabes?... —susurra, con la voz enronquecida—. Nunca he besado a una humana.

—¿Qué?

Una sonrisa arrebatadora se desliza en sus labios y mi corazón da un vuelco furioso cuando reparo en el pronunciado hoyuelo de su mejilla derecha.

—Dije... —se acerca un poco más, de modo que nuestras narices se rozan—, que nunca he besado a una humana.



8

IRRITANTE

—Eso es mentira —mi voz sale en un hilo tembloroso y débil.

La cercanía del demonio más que perturbarme, me... abruma.

Cuando tienes a un ser de su naturaleza cerca, esperas que sea la situación más horrorosa y traumatizante de tu existencia, pero la realidad es que no lo es.

Tener el cuerpo de Mikhail pegado al mío, es una experiencia no precisamente desagradable. Tener su boca a tan pocos centímetros de la mía, hace que mi corazón se sienta como si pudiese salir de mi caja torácica. Sentir su aliento cálido golpeando contra mi boca, hace que todo pensamiento coherente se drene fuera de mi cabeza.

El demonio luce encantado con el efecto que tiene su cercanía y quiero golpearlo hasta que esa sonrisa cargada de suficiencia que lleva en los labios desaparezca.

—Por supuesto que no lo es —dice, casi en un murmullo. La diversión tiñe su mirada, pero se limita a ladear la cabeza ligeramente con curiosidad. El movimiento hace que mi cuerpo se tense en respuesta. Es como si, de manera inconsciente, estuviese esperando a que acortara la distancia que nos separa.

«¡Estúpida! ¡Estúpida! ¡Mil veces estúpida!».

—Te vi besar a una chica en la fiesta en casa de Phil Evans —me las arreglo para pronunciar a través de la oleada de ansiedad que me invade.

Su ceño se frunce un poco y luce como si realmente no supiera de qué estoy hablando.

Le toma unos instantes atar cabos en su cabeza y casi puedo notar en sus facciones el momento exacto en el que recuerda a la chica.

El destello de satisfacción que invade su rostro es todo lo que necesito para darme cuenta de que sabe de qué hablo.

—Oh... —dice, pero su tono es desdeñoso y aburrido—. Lo había olvidado —se encoge de hombros y añade—: No fue un beso memorable.

—Como sea... —mascullo, incapaz de apartar de mi cabeza la horrible sensación de que, si llega a besarme, va a olvidarlo con la facilidad con la que olvidó el beso con aquella chica—¿Quieres soltarme? —trato de sonar enojada, pero no lo consigo del todo.

—No. —Una sonrisa se desliza por sus labios—. Todavía quiero saber qué se siente besar a una chica estigmatizada. Tengo la teoría de que comenzarás a retorcerte y a gritar cosas sucias en latín.

—Eres un idiota —siseo, y el enojo que siento hace que la ansiedad previa disminuya considerablemente.

—Y tú eres un dolor en el culo —su sonrisa se ensancha—, pero mírame aquí, atrapado en la tediosa tarea que supone cuidarte —un suspiro de fingido pesar brota de sus labios, al tiempo que niega con la cabeza—. Si te sirve de consuelo, yo tampoco me siento bien a tu alrededor.

—Te juro por Dios que, si no me sueltas, voy a golpearte tan fuerte que te sacaré el cerebro por los orificios nasales —trato de sonar autoritaria y molesta, pero apenas si logro controlar el sonido de mi voz.

Genuina diversión invade su rostro y casi me atrevo a jurar que está a punto de echarse a reír a carcajadas.

—Quizás puedas arrancarme el labio inferior de una mordida —se burla—. No me opondré en lo absoluto si deseas intentarlo.

Forcejeo para intentar liberarme de su agarre, pero el dolor que quema en mis muñecas me impide hacerlo. El coraje aumenta poco a poco, pero me las arreglo para mantenerlo a raya mientras me retuerzo para librarme de él.

—¡Déjame ir! —suelto, con exasperación, cuando noto que no voy a poder hacer que me suelte, y una sonrisa socarrona se extiende en sus labios.

Sus ojos se posan en mi boca una vez más y siento cómo barren su camino hasta encontrar los míos. La tormenta de tonalidades grises y azules que me observa a detalle me pone la carne de gallina de un

segundo a otro. No me pasa desapercibido el aro dorado que rodea su pupila, ni los destellos ambarinos que motean sus irises.

Los ojos de Mikhail son los más impresionantes que he visto en mi vida. Muy a mi pesar, son los más hermosos que he tenido la oportunidad de observar.

—Eres dulce cuando forcejeas. Casi me haces querer soltarte un poco para que creas que ganas un poco de terreno —dice y me siento más allá de lo ofendida.

—¡Vete al demonio! —escupo.

—No tienes idea de lo irónico que es que me mandes al demonio —se burla—. Tomando en cuenta que soy uno.

—¡Eres detestable! —chillo, mientras pataleo para liberarme de él.

—Y tú encantadora, Cielo —me guiña un ojo y se aparta de mí con lentitud—, pero mi interés por ti ha terminado.

Con aire perezoso se encamina hasta mi cama y se deja caer con pesadez antes de entrelazar sus dedos, y colocarlos detrás de su cabeza en una pose desgarbada y relajada.

—¿Quieres levantarte de ahí? —escupo, con irritación.

—No.

—Estás en mi habitación.

—Tú me invitaste a entrar —arquea una ceja con arrogancia.

—¡Yo no te invité a entrar!

—Dijiste mi nombre.

—¡Esa no es una invitación para entrar!

—Debes saber que los demonios estamos atados a nuestro nombre —su postura sigue siendo despreocupada mientras habla, pero hay un filo tenso en su voz.

—¿A qué te refieres con eso?

Esta vez, se toma unos instantes antes de responder.

—Me refiero a que puedes hacer que un demonio haga lo que te plazca —dice, finalmente—, siempre y cuando conozcas su nombre real.

Un recuerdo de esta mañana me invade.

Ese en el que él me deja a solas con Emily después de una —no muy madura— discusión. Vi la resistencia que ponía su cuerpo porque era claro que no quería marcharse, pero aun así lo hizo.

—Mikhail, vete de mi habitación —pruebo, pero lo único que consigo es una mirada cargada de irritación e incredulidad.

—¿De verdad crees que ese es mi verdadero nombre? —sus cejas se alzan con condescendencia—. No soy tan estúpido como para ir por ahí diciéndole mi nombre a cuantas humanas bonitas se me ponen enfrente.

«¿Acaba de decir que soy bonita?».

Mis brazos se cruzan sobre mi pecho, mientras empujo ese pensamiento idiota lejos.

—En la escuela me obedeciste —digo, con el ceño fruncido debido a la confusión—. Cuando te pedí que te fueras lo hiciste. ¿Fue porque querías hacerlo, entonces? ¿Te marchaste por voluntad propia?

—Lo hice porque lo creí conveniente —su vista se posa en el techo—. No quería que armaras una escena con llanto y todo.

La irritación es cada vez más insoportable.

—Eres un idiota.

—Gracias.

Un bufido exasperado brota de mi garganta y me limito a negar con la cabeza antes de encaminarme hacia afuera de la reducida habitación hasta llegar a la sala.

Al cabo de unos minutos, Mikhail —o cual sea que sea su nombre real— aparece en mi campo de visión.

Su cabello revuelto lo hace lucir como si acabara de tomar una siesta, cuando en realidad solo se ha acostado en mi cama durante unos minutos.

—¡Dios! —suelto, mientras me dejo caer en el sillón—. ¿Es que acaso no puedo estar sola un segundo?

—No bajo mi cuidado —dice y se deja caer a mi lado, mientras que alcanza el control remoto del televisor.

Una inspiración profunda es inhalada por mi nariz y aprieto la mandíbula antes de arrebatar el aparato de sus manos.

—¡Oye! —se queja, pero ya he encendido la televisión.

Entonces, sin siquiera poner atención a sus quejas, me encargo de sintonizar un canal donde una chica habla con otra acerca de cómo hacer funcionar las relaciones amorosas.

—¿Estás tratando de torturarme? —dice, con incredulidad.

—¿No te interesa cómo hacer que tus relaciones afectivas mejoren con base en la comunicación? —parafraseo el pequeño recuadro que aparece en la pantalla justo debajo del rostro de la mujer que no para de hablar.

Los ojos de Mikhail se entrecierran y me mira como si quisiera arrebatarme el mando de mis manos para no devolvérmelo nunca.

—Preferiría mirar un documental de dos horas acerca de esos animales marinos que parecen rocas.

—Ostiones.

—Me entendiste —se enfurruña en su lugar y reprimo una sonrisa.

No estoy poniendo atención a las dos mujeres que hablan del otro lado de la pantalla; pero, de todos modos no cambio el canal. No voy a darle al demonio el gusto de saber que yo también estoy muriendo del aburrimiento con la charla que mantienen acerca de cómo puedes reavivar la pasión en tu relación amorosa.

Al cabo de unos minutos, Mikhail se pone de pie y se encamina hacia mi habitación.

—¿A dónde crees que vas? —le llamo desde donde me encuentro y él me mira por encima del hombro.

—Tu tía viene llegando —dice como única explicación y continúa su camino hasta que desaparece por la puerta.

Dos segundos después, el sonido del cerrojo de la puerta inunda mis oídos.

Dahlia aparece en mi campo de visión y se congela de inmediato cuando me mira sentada en el sofá para dos personas con el televisor encendido. Luce sorprendida, pero no la culpo. No suelo salir mucho de mi habitación. Sé que tenerme aquí ahora mismo debe ser algo bastante extraño.

—Hola —dice, con cautela y esboza una sonrisa vacilante.

Yo le regalo un movimiento de cabeza y una sonrisa tensa. No estoy muy segura de qué decir ahora mismo.

—¿Qué tal el trabajo? —me las arreglo para preguntar.

Ella me mira como si me hubiese salido un pezón en la frente.

—Todo en orden. ¿Tienes hambre? —responde, con cautela y diversión.

—Sí —miento y su sonrisa toma fuerza.

—Voy a preparar la cena. ¿Quieres algo en especial?

Me encojo de hombros.

—Lo que sea está bien. ¿Quieres que te ayude un poco?

La sonrisa de Dahlia es tan grande ahora, que temo que pueda partir su cara en dos.

—¡Claro! —sueno más entusiasmada de lo que espero—. Preparemos la cena juntas.

Entonces, sin muchas ganas de hacerlo, me levanto del sofá y la sigo hasta llegar a la cocina.

Mi vista pasea con lentitud sobre los volúmenes gruesos y viejos de la sección de la biblioteca pública de Los Ángeles, donde se encuentran los libros que hablan acerca de religión.

No estoy segura de qué es lo que voy a encontrar aquí, pero espero que sea algo de utilidad. No espero encontrarme con *La Llave Menor de Salomón*. Mucho menos espero que *El Libro de Enoc* aparezca mágicamente frente a mis ojos; pero, aun así, guardo la esperanza de poder encontrar algo de información acerca del apocalipsis.

He pasado días enteros tratando de descifrar *El libro del Apocalipsis* de la Biblia; sin embargo, apenas si he podido comprender algunas cosas de las que habla.

Hace mucho tiempo, le escuché decir a un sacerdote que, para comprender la Biblia, había que estudiarla y desglosarla pieza por pieza. Había creído que era pura fanfarronería, pero ahora entiendo de qué hablaba. Es un verdadero arte aprender a darle la interpretación correcta.

Mi vista se desliza hacia la siguiente estantería y avanzo mientras leo título tras título. Eventualmente, me detengo e inspecciono un texto que creo que va a servirme, pero lo devuelvo a su lugar cuando me doy cuenta de que es un análisis extenso de *Los Cuatro Evangelios*.

Un suspiro cansado brota de mis labios, al tiempo que amarro mi cabello en una coleta alta. Es una tarde especialmente calurosa, así que me siento un poco abochornada.

Mi búsqueda continua durante un largo rato, pero, con cada segundo que pasa, me siento más y más derrotada, malhumorada y estúpida. No puedo creer que no sea capaz de encontrar nada de utilidad. No puedo creer que esto esté ocurriéndome a mí.

Una parte de mí aún se niega a creer que todo esto esté pasando. Si no fuese por el hecho de que todos en el aula son capaces de ver a Mikhail, creería que he perdido la cabeza por completo. Creería que todo este asunto del demonio, el apocalipsis, los Sellos y los Estigmas, son producto de mi imaginación.

—¿Vas a llevarte eso? —una voz ronca habla detrás de mí y me giro con brusquedad para encarar a la persona que ha osado a espantar el alma fuera de mi cuerpo.

Un chico de cabellos rubios y rizados, ojos castaños, y aspecto desgarrado y descuidado, me observa con aire curioso. Una sonrisa tímida se dibuja en su boca en ese momento y, sin más, sus ojos se posan en mis manos. Es entonces cuando me percató de que sostengo un libro entre los dedos.

Ni siquiera me molesto en leer el nombre cuando lo extiendo hacia él.

—No —mascullo débilmente—. Tómalo si quieres.

Él acepta mi ofrenda y me regala una sonrisa amable.

—Luces algo perdida, ¿necesitas ayuda?

La vergüenza invade mi torrente sanguíneo y siento cómo el calor se apodera de mi rostro mientras desvío la vista hacia una de las estanterías.

—Yo... —Me aclaro la garganta—. Estoy bien.

—Tranquila. —El chico suena amable, pero divertido—. Conozco cada rincón de esta sección.

Mi vista se posa en él en ese instante.

—Mi religión me exige el estudio de la palabra —explica, luego de notar la confusión en mi rostro y un destello avergonzado acompaña su voz—. ¿Qué estás buscando?

Dudo unos instantes. No suelo interactuar mucho con chicos. En realidad, es muy extraño que yo hable con alguien del sexo opuesto, y no porque no me gustaría intentarlo, sino porque soy socialmente incompetente.

La última vez que intenté conversar con un chico acerca de algo, terminé hablando sobre el episodio más traumatizante de mi vida: el accidente en el que murió toda mi familia.

El tipo me escuchó con incomodidad todo el tiempo, pero no se fue hasta que terminé de contar mi relato. El morbo pudo más que el repelús que sentía hacia mí.

—Estoy... —Mi voz tiembla ligeramente y me detengo para inhalar profundo—. Busco *El Libro de Enoc*.

La expresión del chico pasa de la amabilidad a la sorpresa genuina.

—¿Por qué buscas *El Libro de Enoc*? —sus ojos se entrecierran, pero su expresión sigue siendo amable.

—En realidad busco algo que hable sobre demonios, el apocalipsis y esas cosas —mascullo y siento cómo el rubor se intensifica.

El chico parece un poco confundido durante unos segundos, pero, cuando se recupera, se vuelve hacia la estantería.

Sus ojos se pasean a toda velocidad por las hileras de libros hasta que localiza lo que busca. Entonces, tira de un gran volumen que se encuentra acomodado un par de pies sobre nuestras cabezas.

El libro no luce tan antiguo como espero, pero es grueso y pesado.

—Su nombre es *Pseudomonarchia Daemonum*. Dicen que fue la inspiración para la creación de *La Llave Menor de Salomón*; pero este último, claro está, es más famoso. —La explicación sale de los labios del chico a toda velocidad. Suena como si temiera ser descubierto por alguien, o como si el tema le gustara al grado de robarle muchas horas de sueño—. Aquí podrás encontrar información acerca de alrededor de setenta demonios. Desde nombres, hasta posición o comportamiento.

Mi corazón da un vuelco furioso, pero me las arreglo para mantener mi expresión tranquila.

—¿Qué hace un libro como este en una biblioteca pública? —mi voz sale en un susurro.

El chico se encoge de hombros.

—Supongo que la gente le ha perdido el respeto a este tipo de lecturas y ya no las atesora como antes —dice—. Ojalá que encuentres lo que buscas. Esta es una traducción, así que no sé qué tanto de la información original haya sido respetada.

La emoción canta en mis venas mientras reprimo el impulso que tengo de pasar las páginas y comenzar a leer.

—Muchas gracias —digo, con un hilo de voz y alzo la vista para encararlo.

—*El Libro de Enoc* es más probable que lo encuentres en internet —el chico sonrío, con nerviosismo—. No he visto copias en físico en ningún lado.

—¿Las versiones de internet son fiables?

Se encoge de hombros una vez más.

—Supongo que no son versiones fieles a la real, pero pueden servirte para conocer un poco acerca de lo que trata el libro original.

Una sonrisa eufórica se apodera de mis labios y el chico sonrío conmigo.

—Soy Bess Marshall —digo, y no sé por qué lo hago. Supongo que me siento con el deber de compartirle mi nombre a un completo desconocido porque me ha ayudado.

—Mason Harris —extiende su mano en mi dirección y la estrecho con más fuerza de la que debería.

—Gracias por ayudarme —suelto, con más entusiasmo del que me gustaría, pero él sonrío ante mi emoción burbujeante.

—No hay nada que agradecer —me guiña un ojo y algo aletea en mi pecho.

Estrujo en mi cabeza por algo más que decir, pero nada viene a mí. Aún no quiero irme, pero si no lo hago, el silencio se transformará en uno incómodo y toda la magia repentina terminará.

No estoy lista para volver a ser la chica de los Estigmas que es perseguida por un demonio. Deseo con todas mis fuerzas tener un momento de normalidad, pero sé que debo irme antes de que piense que soy una completa tonta por no saber qué responderle.

Me aclaro la garganta.

—Debo irme —no quiero sonar decepcionada, pero lo hago.

No me atrevo a apostar, pero podría jurar haber visto un destello decepcionado en su mirada.

—De acuerdo —asiente con torpeza y yo le devuelvo el gesto. Entonces, me giro sobre mis talones y me echo a andar por el pasillo alfombrado.

—¡Oye! —su voz llega a mí más alta de lo que espero y alguien chista para hacerlo callar. Pareciera que ha olvidado que se encuentra en una biblioteca.

La vergüenza invade sus facciones y noto cómo su piel clara se enrojece debido al bochorno, pero de todos modos acorta la distancia que nos separa.

—¿Sí? —hablo casi en un susurro, cuando lo tengo cerca.

—¿Puedo invitarte a tomar algo alguna vez? —el rubor en su rostro se intensifica en el instante en el que habla y puedo sentir cómo mi cuello se enrojece también—. Para ayudarte con tu proyecto de investigación, quiero decir.

—¡Claro! —mi voz suena temblorosa e inestable.

Mason sonrío y extiende su teléfono hacia mí. Con dedos temblorosos tecleo mi número y se lo entrego de vuelta para que él termine el procedimiento de guardado.

Una vez que lo ha hecho, me regala una sonrisa tímida.

—Te llamaré en estos días —anuncia y la emoción hace cosas extrañas en mi estómago.

—Lo esperaré —sueno como una completa ridícula, pero a él no parece importarle.

—Ojalá que encuentres lo que buscas en ese libro —dice, y yo asiento.

—Eso espero —sonrío—. Debo irme. Nos vemos después.

—Dalo por hecho.

Entonces, me giro sobre mis talones y me echo a andar por el ancho corredor que da hacia las escaleras.

Una vez que salgo del campo de visión de Mason, hago un pequeño baile silencioso.

—Ahora comprendo. Te gustan los *nerds* —la voz de Mikhail hace que un grito de puro terror brote de mis labios.

Decenas de miradas irritadas se posan en mí y la vergüenza me invade por completo.

—¡Por el amor de Dios! —siseo en su dirección, después de murmurar un montón de disculpas—. ¡Deja de aparecer de esta manera!

—«¿Puedo invitarte a tomar algo alguna vez?» —Mikhail hace caso omiso de mi reclamo y hace una muy mala —en realidad muy

buena— imitación de Mason y suelta una risita burlona, ignorando a las personas que nos observan con aire reprobatorio—. El tipo es un completo estúpido.

—Cierra la boca —mascullo, mientras avanzo hasta el escritorio del bibliotecario.

—Escuálido, debilucho, torpe, religioso de mierda... —Mikhail enlista y el hombre detrás del escritorio lo mira con curiosidad—. Bess, nunca creí que diría esto, pero no te conformes con alguien así.

Ignoro su comentario al tiempo que le entrego el libro al hombre para que lo registre en mi tarjeta de la biblioteca y pueda llevármelo a casa.

El hombre tecldea en su computadora un par de veces antes de entregarme el volumen y dedicarme una sonrisa débil.

—Gracias —digo, en voz baja y me apresuro a la salida.

Mikhail camina detrás de mí sin poner atención a las miradas que aún son dirigidas hacia nosotros. No ha dejado de enumerar una cantidad ridícula de razones por las cuales no debería salir con un tipo como Mason, pero lo ignoro lo mejor que puedo mientras avanzamos por las atestadas calles de la ciudad.



9

ROCE

Sé que Mikhail está mirándome.

Puedo sentir sus ojos clavados en mi nuca y me siento intimidada y un tanto indignada de que sea capaz de hacerme sentir incómoda en mi propia habitación.

No puedo concentrarme en nada —a pesar de lo mucho que deseo hacerlo—. La investigación exhaustiva en la que me he enfrascado aún no arroja los resultados deseados, pero no me he dado por vencida. Estoy determinada a descubrir la verdadera identidad de Mikhail y no voy a parar hasta conocerla.

Me he leído del derecho y del revés el *Pseudomonarchia Daemonum* y, pese a que he aprendido muchas cosas respecto a los demonios, aún no logro descubrir algo sustancial. Algo que hable de lo que realmente me interesa saber.

He leído todas las descripciones de los seres registrados ahí, pero ninguno tiene las características de ese que no me deja sola ni a sol ni a sombra. Lo cierto es que no lo conozco lo suficiente como para poder descartar la posibilidad de que alguno de ellos sea él.

He aprendido, por otro lado, que los demonios tienen un orden jerárquico y que, cuanto más arriba estén en él, más poderosos son. Se dice que solo los demonios de Primera Jerarquía —los Siete Príncipes del Infierno, ángeles transformados en demonios, y serafines caídos— son capaces de manifestarse de forma corpórea.

Leí, también, que el resto de los seres oscuros deben ser invocados y que, la mayoría de las veces, no tienen el poder suficiente como para apoderarse de un ser humano. Se acercan a personas emocionalmente debilitadas, llenas de rencor y odio desmedido por el mundo, para

poder robar su cuerpo. Sin embargo, una vez que el cuerpo es consumido —que, según el libro, toma un tiempo aproximado de un mes—, vuelven a ser parásitos energéticos en busca de otra víctima. Eso me lleva a concluir que Mikhail es un demonio de Primera Jerarquía, ya que ha pasado semanas a mí alrededor sin dar signos de estar a punto de abandonar el cuerpo con el que se presenta ante mí.

—Así que, de Primera Jerarquía, ¿eh? —musito para mí misma, pero sé que Mikhail es capaz de escuchar todo lo que digo.

No responde.

Quiero girar la silla de escritorio en la que estoy sentada para encararlo y preguntarle si estoy en lo correcto, pero me aterra escuchar la respuesta.

No me sorprendería que fuese un demonio así de poderoso. Fue capaz de encargarse de la cantidad impresionante de sombras que me atacaron en el jardín de Phil Evans y se deshizo de un ángel con una rapidez espeluznante.

No me queda la menor duda de que es un ser bastante poderoso.

Él también es consciente de su fuerza. Puedo notarlo en su postura desgarbada y el aire despreocupado con el que se mueve. Pareciera como si no le temiera a nada. Como si estuviese seguro de que absolutamente nadie puede vencerlo.

Leo una vez más el listado de los Siete Príncipes del Infierno y escribo en una hoja de papel los nombres: Amon, Astaroth y Baal —que son los que más se asemejan un poco a Mikhail en cuanto a comportamiento se refiere—, y me digo a mí misma que los investigaré a fondo más tarde.

Miro el reloj en la esquina inferior derecha del monitor de mi computadora y hago una mueca al darme cuenta de la hora.

«Se me hará tarde si no me apresuro». Pienso y estiro los músculos de mis brazos, al tiempo que reprimo un bostezo.

Mi teléfono vibra con fuerza sobre la madera del escritorio donde me encuentro instalada y, con aire perezoso, lo tomo entre mis dedos. El nombre de Emily brilla en la pantalla, y desbloqueo el aparato para leer el texto que he recibido:

Más te vale estar alistándote para esa cita, Bess Marshall.



Una media sonrisa tira de mis labios y niego con la cabeza antes de responder:

Precisamente estaba a punto de ducharme.



No es del todo una mentira. Estaba a punto de dejar esto para otro momento y comenzar a hacer algo por mi aspecto lamentable.

Mason, el chico de la biblioteca, me escribió el miércoles de la semana pasada y hemos quedado hoy de ir a tomar algo.

Todo el mundo está más que entusiasmado con la idea. Dahlia parecía estar a punto de gritar de la emoción cuando le dije que saldría con un chico; mientras que Emily no ha dejado de crear posibles escenarios para la cita perfecta. Ha planeado la velada de inicio a fin y me ha hecho prometerle que no voy a usar mis botas de combate.

Mikhail, por otro lado, no ha dicho absolutamente nada al respecto. Toda la semana ha mantenido una actitud bastante hermética. A decir verdad, ahora que lo pienso, se ha comportado de una forma bastante inusual.

Es como si la máscara despreocupada y fácil se hubiese destruido para dejar al descubierto a un Mikhail analítico, serio y calculador.

No he dejado de sentir como si estuviese estudiando todos y cada uno de mis movimientos, así como los de las personas que me rodean. Es como si se hubiese propuesto dejar de jugar y limitarse a hacer lo que se supone que vino a hacer.

No sé cómo sentirme con este cambio repentino. No sé cuál de las dos facetas de Mikhail que me ha tocado vislumbrar es la que me gusta menos: si esta o la irritante.

Me levanto de la silla y trato de empujar los pensamientos referentes a Mikhail en lo más profundo de mi cabeza y me digo a mí misma que debo concentrarme en la cita que tendré dentro de unas horas.

Estoy tan nerviosa, ansiosa y tan ridículamente emocionada, que ni siquiera me molesto en intentar ocultar la sonrisa burbujeante que me asalta a ratos. Hacía tanto tiempo que no salía con alguien. Hacía tanto tiempo que no me sentía tan... *normal*.

Me encamino hacia la entrada de la habitación, dispuesta a marcharme en dirección al baño, cuando la voz ronca de Mikhail inunda mis oídos:

—Sé que no vas a escucharme —me detengo en seco y lo miro de reojo—, pero todo este asunto no me gusta para nada. —Sus ojos grises están fijos en mí y la intensidad de su mirada envía un escalofrío por toda mi espalda—. Ese tipo no me da buena espina. Hay algo en él que no está bien.

Genuina preocupación se apodera de sus facciones durante unos segundos antes de desaparecer por completo.

—¿Y se supone que debo cancelar mi cita con un chico que es amable solo porque crees que hay algo malo en él? —sueno divertida y amarga al mismo tiempo. La sola idea no poder hacer algo solo porque a él no le parece bien, es tan ridícula como irritante.

—Se supone —el enojo se filtra en el tono de su voz—, que debes tener cuidado. Todo el mundo quiere matarte y lo sabes. Debes ser precavida hasta con los que lucen más insignificantes. De hecho, es de esos de quienes debes cuidarte más.

Un sonido —mitad bufido, mitad risa— brota de mis labios.

—No puedo creerlo —digo, más para mí misma que para él.

Su ceño se frunce ligeramente.

—Estoy hablándote en serio, Bess —habla con seriedad y determinación—. Necesitas prestar atención a cualquier persona que se acerca a ti.

Un destello de ira quema y escuece en mi torrente sanguíneo. No puedo creer que esté diciéndome esto cuando es él quien va a matarme cuando así se lo ordenen. No puedo creer que esté aquí, intentando decirme qué debo o qué no debo hacer, solo porque supone un inconveniente para sus objetivos.

—¿Para qué? ¿Para que no me hagan daño? —suelto, con amargura—. De cualquier modo, voy a terminar muerta, ¿no es cierto? —Un

nudo se instala poco a poco en mi garganta—. Vas a asesinarme cuando sea necesario.

La mandíbula del demonio se aprieta con violencia.

—La diferencia entre ellos y yo, Bess —sisea, con enojo—, es que yo no voy a torturarte.

—¡Vaya! ¡Gracias! —el sarcasmo y el veneno tiñen mi voz—. ¡Es muy considerado de tu parte!

—Cielo...

—Escucha, Mikhail —lo interrumpo—. Tienes que dejar de pretender que te preocupas por mí porque sé que no lo haces. —Niego con la cabeza—. Déjame ser una adolescente común y corriente, aunque sea durante unos instantes. Déjame disfrutar del tiempo que me queda de vida antes de que tú o los tuyos me... —Me detengo, sin poder pronunciar lo siguiente. Trago duro y clavo mis ojos en los suyos—. Lo único que quiero, es olvidarme de toda esta mierda, aunque sea durante un par de horas, ¿sabes? Es lo único que *realmente* quiero —le sostengo la mirada durante un largo momento antes de añadir—: Y, por favor, deja de llamarme así.

Una ceja espesa y poblada se alza con arrogancia y un destello de su sarcástico sentido del humor se abre paso en su expresión imperturbable.

—¿Estás segura de que quieres olvidarte de todo este asunto?, porque no has dejado de leer estupideces acerca de los de mi clase.

—¿Y qué si investigo sobre los tuyos? No confío en ti para conseguir información. —El azoramiento en mi voz hace que suene varios tonos más aguda de lo normal. Un ligero temblor se ha apoderado de mis manos y sé que es debido a la adrenalina provocada por la ira contenida—. Además, si leo o no estupideces, no debería de importarte.

Un suspiro cansado brota de sus labios y una suave sonrisa irritada se dibuja en ellos.

—No voy a volver a tener una discusión ridícula contigo —suena fastidiado—, así que haz lo que quieras. Solo quiero que sepas que no estoy dispuesto a seguirte como un jodido perro faldero durante tu cita. Si tantas ganas tienes de morirme, adelante. Hazlo. Que te mate un religioso, un Grigori, un ángel... Lo que sea. Igual me importa una mierda.

—Bien —suelto, con brusquedad.

—Bien —escupe él.

Entonces me abro paso hasta el baño del apartamento.

El agua helada cae sobre mis músculos tensos y la rabia que hierve en mi sistema. El efecto relajante que produce el golpeteo del agua en mi espalda es gratificante y conciliador.

Toda la irritación provocada por mi pequeña interacción con Mikhail se siente cada vez menos intensa y mi mente lo agradece. Últimamente, me he sentido más irritable que nunca. El miedo actúa de forma extraña en las personas. En mí, se transforma en algo muy similar al odio y a la apatía. Estoy malhumorada y a la defensiva todo el tiempo.

No me gusta esta parte de mí. No me gusta sentirme angustiada y molesta las veinticuatro horas del día, pero no puedo evitarlo. Desde que Mikhail llegó a mi vida, todo es caos, miedo, incertidumbre e imposibilidades y, aún con todo eso, me encuentro aquí, con el corazón hecho un nudo y la cabeza vuelta un desastre, tratando de aprender a procesar todo esto.

Mi vista cae en las marcas de mis muñecas. La cicatrización ha vuelto a tomar un tono rosado debido a que la herida fue abierta una segunda vez por aquel ángel que me atacó, y no puedo evitar pensar en lo irreal que se siente la vida para mí en estos momentos.

Pasé de ser una chiquilla insignificante a un Sello que puede o no desatar el apocalipsis si es asesinada. De pasar mis días lamentando la muerte de mis papás y mis hermanas, a enfrascarme durante horas en investigaciones acerca de demonios. Todo esto en un lapso de un poco más de un mes. Absolutamente nadie es capaz de sobrellevar una carga como esa sobre los hombros. No sin perder la cordura.

Un suspiro entrecortado brota de mis labios, al tiempo que cierro los ojos con fuerza. Mi pecho se siente atenazado. La opresión en él es tan intensa, que no soy capaz de distinguir ni una sola de las emociones que me embargan en este momento.

Estoy tan asustada, que ni siquiera puedo moverme. Estoy aquí, debajo del chorro de agua, mientras me abrazo a mí misma para evitar desmoronarme.

No puedo más con esto. No quiero llevar esta carga sobre los hombros. Lo único que quiero es desaparecer. Volver a ser esa chica insignificante e invisible que he sido siempre.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que mis ojos estén llenos de lágrimas y mi cuerpo entero tiemble de manera incontrolable; pero, cuando me percaté de esto, un sonido lastimoso brota de mis labios y, entonces, viene el llanto. Vienen el desasosiego, el terror, el pánico y la incertidumbre... Y lo dejo ir todo.

Al salir de la regadera me envuelvo una toalla en el cuerpo y miro mi reflejo en el espejo. La visión de la chica frente a mí es lastimosa. Mis ojos lucen hinchados debido a las lágrimas previas, mi piel pálida resalta el color amoratado de las bolsas debajo de mis ojos y está manchada por pequeñas motas cafés que me hacen lucir enferma e infantil; los ángulos ásperos en mi rostro delatan lo poco que como, así como los huesos de mis clavículas.

Sé que no hay nada de la chica que fui hace dos años. No hay ojos vibrantes ni sonrisas del tamaño de la mitad de mi cara. No hay ni siquiera una sombra de persona que era.

«¿Qué te ha ocurrido, Bess?», me pregunto a mí misma, pero no sé qué responder. No sé qué decirle a la chica que me observa con tristeza desde el otro lado del espejo.

Lágrimas nuevas amenazan con abandonarme, así que aparto la vista del reflejo y me concentro en la tarea de desenredar las hebras de cabello oscuro que caen sobre mis hombros.

Entonces, sin mirarme al espejo una vez más, me encamino hacia mi habitación.

Doy un paso dentro del espacio que habito y luego doy otro antes de congelarme por completo.

Toda la sangre se drena de mi rostro y mi estómago se estruja con violencia cuando me doy cuenta de que Mikhail sigue aquí. Está sentado al borde de la cama, con la mirada perdida en la ventana. Luce serio, reflexivo y salvaje. La visión de su perfil anguloso, aunado con la expresión dura en su rostro, hace que mi piel se ponga de gallina.

No sé qué está haciendo aquí y tampoco sé si quiero preguntarlo. No suele hacer esto. No suele invadir mi espacio vital en cuanto a mis necesidades primarias se refiere. Nunca me sigue al baño, tampoco se queda en la habitación cuando termino de ducharme y voy a vestirme. Suele respetar esa parte de mi intimidad; sin embargo, ahora está aquí y no sé qué pensar al respecto.

—¿Mikhail? —mi voz sale en un susurro tembloroso e inestable.

Él no se mueve. Ni siquiera da muestras de haberme escuchado. Me aclaro la garganta, en un débil intento de llamar su atención para pedirle que se marche y, de pronto, su vista se posa en mí con aire distraído.

Poco a poco parece salir de su ensimismamiento y, al mismo tiempo, la realización parece asaltarlo. De pronto, su mirada se oscurece varios tonos y algo en su expresión cambia. Su ceño fruncido y su mandíbula apretada se suavizan lo suficiente como para hacerme saber que no esperaba mirarme así y, entonces, sus ojos barren mi cuerpo con lentitud.

Mi corazón se acelera, mi pulso golpea con violencia detrás de mis orejas y no puedo apartar la vista de la suavidad y el asombro que tienen sus rasgos.

Sus manos se tensan sobre el material oscuro de sus vaqueros y su mandíbula se aprieta un poco, al tiempo que la nuez de Adán de su cuello sube y baja cuando traga con fuerza.

Acto seguido, barre la longitud de mi cuerpo con la mirada una vez más y repara un segundo más de lo debido en mis muslos pálidos. Luego, continúa su recorrido y se entretiene otro instante en los huesos de mis clavículas; para, finalmente, aguardar unos momentos en la curva que se forma entre mi hombro y mi cuello.

Se siente como si estuviese tratando de memorizarme. Como si deseara guardar lo que ve en lo más profundo de su memoria; y yo, en medio de todo esto, soy plenamente consciente de que debajo de la toalla que me envuelve no hay nada.

El calor invade mi cuerpo y un nudo se aprieta en mi vientre cuando sus ojos se arrastran hasta los míos.

Mi corazón se detiene. Quizás se acelera. No lo sé. Solo sé que está observándome como si nunca en la vida hubiese visto a una chica semidesnuda. Como si nunca en su vida hubiese estado cerca de una.

Mikhail mira las pequeñas gotas de agua descansan sobre la superficie de mi piel y soy plenamente consciente de que yo también lo observo a detalle.

La luz de la ventana le da de lleno en la cara y aclara el color de sus ojos. Las líneas de su rostro anguloso son más suaves que nunca y su

cabello enmarañado lo hace lucir mundano y, al mismo tiempo, insólito y desconocido.

Es insoportablemente atractivo. Del tipo de atractivo que no ves en ninguna parte. Ni siquiera en los modelos de Calvin Klein que salen en las revistas. Mikhail es tan impresionante, que cuesta trabajo creer que un tipo como él exista.

Sus labios pronuncian palabras en un lenguaje desconocido, arcaico, ancestral. Y me quedo sin aliento por la forma en la que abandonan su boca, con tonos melifluos, cadenciosos, roncros y profundos.

Sé que habla para él mismo, porque luce ensimismado; sin embargo, sigue mirándome fijamente.

El golpeteo frenético y ansioso en mi caja torácica hace que la adrenalina se dispare en mi torrente sanguíneo, y que el calor se agolpe en mi vientre y se extienda hacia todos lados. De pronto, cada uno de mis sentidos es consciente de lo que pasa a mí alrededor y todo se vuelve intenso. Agobiante. Doloroso...

La distancia entre nosotros es demasiado grande y, al mismo tiempo, la habitación es demasiado pequeña. Me siento ligera. Como si pudiese flotar en cualquier momento. Como si el mundo a mi alrededor pudiese dejar de existir si lo deseo con la fuerza suficiente.

Sigo con los ojos clavados en él; y, de repente, se me ocurre que sus alas de murciélago lucen disonantes en su cuerpo. Algo discordante a la imagen devastadora, varonil y hermosa que tengo frente a mí. Podría jurar que la manera en la que luce ahora mismo es su verdadera naturaleza. Que las alas siniestras y letales no son parte de su anatomía y que él, en realidad, es un ser lleno de luminiscencia.

«Si todos los demonios de Primera Jerarquía lucen como Mikhail, no me molestaría en lo absoluto ser asesinada por uno», pienso, absurdamente, y el calor se extiende por mis mejillas. Sé que estoy ruborizándome. Puedo sentirlo en cada célula de mi cuerpo.

Los ojos del demonio frente a mí se posan en mis labios, y mi garganta se siente seca y rasposa. Soy incapaz de decir una palabra, pero él tampoco lo hace. Se limita a ponerse de pie con lentitud, para entonces, acercarse.

Sus pasos son pausados, pero deliberados. Se siente como si estuviese dándome la oportunidad de detenerlo. No lo hago. No lo hago

porque mi cuerpo traicionero ansía su cercanía. Ansía su calor. Su aroma fresco y terroso...

Está de pie frente a mí. Mis pies descalzos rozan la punta de sus botas de combate y trago duro. Mi mirada está atascada en la anchura de sus hombros y el corazón me ruge contra las costillas. Mi respiración amenaza con volverse superficial y el aliento me da tropiezos mientras que sus dedos retiran un mechón de cabello mojado del hombro izquierdo.

El roce de sus dedos contra mi cuello me provoca escalofríos. Mi pulso se acelera un poco más y la respiración se me atasca en algún lugar entre los pulmones y la tráquea. Su vista cae en un punto en la base de mi cuello para luego deslizarse hasta mi clavícula, donde un montón de gotas de agua esperan por ser retiradas.

Entonces, con mucha lentitud, corre el dedo índice sobre la longitud del hueso sobresaliente; llevándose la humedad.

La calidez de su tacto, aunada a la caricia dulce que ha dejado sobre mi piel me hace imposible respirar. Me hace imposible pensar con claridad. Me hace completamente presa del deseo repentino de que repita la acción previa en *otras* partes de mi cuerpo.

Estoy tan temblorosa, aturdida y ansiosa, que lo único que deseo es dejarme llevar por el golpe de sensaciones que me invade.

Mikhail luce salvaje, peligroso, anhelante y hosco. La expresión suplicante de su rostro es devastadora; y no comprendo qué es lo que quiere.

Hebras de cabello oscuro caen sobre su frente cuando se inclina hacia adelante y, de pronto, me encuentro alzando el rostro para encararlo.

Da un paso más cerca y siento el calor de su cuerpo más cerca que nunca.

—*Sicut pulchellus sicut caelo* —murmura, mientras que sus dedos suben por mi cuello y dejan una estela ardiente a su paso. Esta vez, el idioma en el que habla no suena tan arcaico como el anterior. Son palabras diferentes, en acentos diferentes, en idiomas completamente distintos; pero este es más sencillo. Este es familiar.

«¿Latín, quizás?».

Su palma grande ahueca un lado de mi cara y una mueca torturada se apodera de sus facciones. Su pulgar juega con mi labio interior y estoy a punto de estallar. Estoy embriagada por la suavidad de sus caricias y, ahora mismo, lo único que quiero hacer es mirar sus ojos.

—¿Qué estás haciendo? —mi voz apenas es un hilo tembloroso y frágil.

—Me lleva jodido el infierno... —murmura, pero sigue hablando para sí mismo.

—Mikhail...

—No quiero que te bese —susurra—. La sola idea de pensar que va a intentar hacerlo me... —Niega con la cabeza—. Solo... Por favor, no dejes que te bese.

—Deja de jugar conmigo —trato de sonar dura, pero me escucho más bien suplicante.

No dice nada. Se limita a inclinarse un poco más.

—Bess... —susurra, pero no se siente como si tratara de decirme algo. Simplemente, dice mi nombre como si de una plegaria se tratase.

Se acerca un poco más, y luego otro poco y, de pronto, ya no puedo mirarlo a los ojos. Solo puedo sentirlo.

Su nariz toca la mía.

Su aliento caliente golpea mis labios.

Mis dedos aferran el material de la toalla que me cubre y mis labios se entreabren casi por voluntad propia.

Quiero que me bese. ¡*Maldita sea!* Quiero que Mikhail me bese.

Entonces, ocurre. Sus labios rozan los míos con suavidad. Es apenas un toque. Un relámpago rápido, fugaz y demoledor, y el hormigueo dulce en mis labios me hace querer que me bese de verdad para así probar el sabor de su boca.

El roce se repite, pero no se profundiza. Es igual de suave que el anterior. Casi imperceptible.

Un suspiro entrecortado brota de sus labios y, con lentitud, frota su boca contra la mía de nuevo. Yo, con impaciencia, me inclino hacia adelante, de modo que mis labios se presionan con más firmeza contra los suyos.

Un sonido ronco brota de la garganta de Mikhail y se aparta con brusquedad, al tiempo que me empuja lejos de él.

El hechizo se ha roto. El aturdimiento, el calor, el golpeteo intenso de mi corazón, mis manos temblorosas y el hormigueo en mis labios... Todo se esfuma y deja un hueco insoportable en mí pecho.

El rechazo se adhiere a mis huesos con tanta rapidez, que no tengo oportunidad de detenerlo. La humillación y la vergüenza dejan un sabor amargo en la punta de mi lengua y lo único que deseo hacer es borrar los últimos cinco minutos de mi vida.

Mi respiración es dificultosa y mi garganta se siente seca y, de pronto, no puedo apartar la vista del chico que se encuentra de pie delante de mí. De ese chico de aspecto descompuesto y arrepentido.

Ninguno de los dos dice nada. Nos limitamos a mirarnos a los ojos durante una eternidad.

—Vete... —la palabra sale de mi boca en un murmullo ronco y tembloroso, después de un largo y tenso momento.

Mikhail no se mueve. No reacciona. Ni siquiera estoy segura de que respire.

—¡Vete! —odio sonar así de afectada como si estuviese a punto de echarme a llorar.

Algo parece accionarse en él, ya que, sin decir una palabra, se encamina hacia la ventana. Se detiene cuando sus pies se posan en el alféizar. Está a punto de lanzarse al vacío para desaparecer como siempre hace, pero algo lo hace dudar.

Sus ojos se posan en mí una vez más y abre la boca para decir algo, pero las palabras no logran abandonar sus labios. Se limita a apretar la mandíbula antes de dejarse caer y desaparecer de mi vista.



10



CELOS

—¡Bess! —el grito me hace alzar la vista de la mesa donde me encuentro y, de pronto, mi vista se posa en mi amiga Emily, quien atraviesa la cafetería a paso rápido y decidido para llegar donde me encuentro.

No me pasan desapercibidas las miradas reprobatorias que recibe de la gente a la que empuja para llegar a mí. Tampoco puedo dejar de notar las expresiones divertidas y burlonas que un montón de chicos le dirigen. A Ems nunca le ha importado lo que piensen de ella y eso es algo que siempre he admirado.

Mientras sigo su trayectoria, la sensación de malestar, que no me ha dejado tranquila durante el fin de semana, incrementa. Había estado rogándole al cielo que este momento nunca llegara, pero sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarme a la realidad.

Sé que va a preguntar sobre mi cita con Mason. Sé que va a querer saberlo todo, pero la verdad es que yo no quiero hablar de eso. No cuando todo fue un maldito desastre.

—¿Estás evitándome? —Emily habla cuando llega a la mesa. Una de sus espesas cejas se arquea en un gesto incrédulo y retador, y muerdo mi labio inferior antes de encogerme de hombros.

—No te evito —mascullo, pero es mentira.

—Oh, por supuesto que lo haces.

Mis cejas se alzan.

—Si ya lo sabes, ¿para qué preguntas, entonces? —sueno irritada y divertida al mismo tiempo.

Sus ojos se entrecierran, pero de todos modos se sienta en el lugar vacío frente a mí. Cuando llegó ni siquiera se molestó en ir a buscar



algo para comer, así que ahora está aquí, estirando su mano hasta mi bandeja para robar lo que sea que esté a su alcance.

—Habla ahora —exige, mientras se mete un pedazo de pan en la boca.

Mi vista baja hacia el plato con comida que descansa frente a mí y remuevo el puré de papa con el tenedor de plástico.

—¿Tengo que hacerlo?

—¡Por supuesto que tienes que hacerlo! —exclama, con fingida indignación—. ¡Tengo derecho a saberlo todo! ¡He fantaseado acerca de este momento toda mi vida, Bess Marshall! ¡Tienes prohibido quitármelo!

Una risa nerviosa se escapa de mis labios y sacudo la cabeza.

—¿Fantaseas conmigo teniendo una cita?

—¡Fantaseo con el hecho de que hables de chicos conmigo! —chilla—. Siempre soy yo la que habla sobre ellos. Comenzaba a preocuparme, ¿sabes?

La risa previa toma fuerza, pero esta vez suena un poco irritada.

—¿Creías que era lesbiana?

—¡No me cambies el tema! —suena desesperada y, durante una fracción de segundo, me siento herida.

¿Realmente esperaba que un día llegara y le dijera: «Oye, Ems, te tengo una noticia: soy lesbiana»?

No es como si me incomodara serlo. Lo que pasa es que no puedo creer que nunca lo haya preguntado. Si yo creyera que tiene otra clase de preferencias, lo preguntaría porque es mi mejor amiga. Se supone que existe esa clase de confianza.

—¿Por qué evades mi pregunta? —refuto—. ¿Creías que era lesbiana?

—¡Bess, por el amor de Dios, solo quiero saber qué pasó en esa cita! —ella exclama, con exasperación—. Si eres lesbiana o no, me importa un poco menos que tres kilos de mierda. Te estaría preguntando lo mismo si hubieses salido con una chica. Ahora habla.

—No lo soy —le informo, porque me siento en la necesidad de aclararlo.

—Bien. No me importa —rueda los ojos al cielo—. Ahora pasemos a lo importante: Martin.

—Mason.

—¡Eso!

Niego con la cabeza, pero no dejo de sonreír. No puedo creer lo rápido que cambia mi estado de ánimo cuando estoy cerca de ella.

—¡Bess, por favor, cuéntame todo ahora! —gimotea—. Pronto llegará el fenómeno del nombre raro y no podremos hablar como se debe.

Una punzada de dolor me atraviesa el pecho y todo mi buen humor se esfuma.

—¿Lo has visto hoy? —pregunto, de pronto, y me digo a mí misma que solo trato de cambiar el tema de nuestra conversación; que no me interesa en lo absoluto que no se haya aparecido desde el incidente en mi habitación y que no me siento ansiosa por no tener idea de dónde puede estar.

—No me obligues a golpearte, Marshall —Emily me señala con su dedo índice y entrecierra los ojos—. Habla sobre tu cita con Marlon. *Ahora.*

—Mason —la corrijo y ella hace un gesto desdeñoso con la mano para restarle importancia a su error.

—Quiero saberlo todo con lujo de detalles, así que empieza a hablar.

Mis dedos se cierran en el tenedor y mi corazón se estruja en el instante en el que evoco las imágenes de lo que pasó en la cita.

El café, la caminata por el parque, el libro que llevó para mí, nuestro camino a casa, el beso...

Mis párpados se aprietan y la culpa se apodera de mi pecho tan rápido, que apenas puedo procesarla. Ni siquiera sé cómo ocurrió. A decir verdad, no esperaba que se diera.

Nuestras charlas fueron *tan* incómodas. Estaba *tan* distraída pensando en lo que ocurrió con Mikhail que, cuando me llevó a casa después de nuestra mediocre interacción, ni siquiera pensé que fuese a llamarme para salir de nuevo.

Mi sorpresa fue inmensa cuando, justo antes de marcharse, tomó mi rostro entre sus manos y me besó.

Fue incómodo, extraño e innatural y, durante todo el tiempo que duró, pensé en Mikhail. No pude hacer otra cosa más que revivir la cercanía de su cuerpo, la frescura de su aroma, sus dedos cálidos y ásperos sobre mi piel desnuda...

Mason no es, ni de cerca, tan imponente como Mikhail, y su beso no me hizo sentir ni siquiera la mitad de lo que sentí cuando rocé mis labios con los del demonio de los ojos grises.

—Tierra llamando a Bess —la voz de Emily me saca de mis cavilaciones y me obligo a mirarla.

Trato de ordenar la oleada inmensa de emociones que me embarga, al tiempo que me aclaro la garganta.

—Fue... —me detengo abruptamente. El malestar y la pesadez aumentan otro poco y, entonces, presiono mis palmas sobre mi rostro y me sincero—: Fue horrible, Ems.

—¿Qué ocurrió? —sueno genuinamente decepcionada con mi respuesta.

—No sabía de qué hablarle. Él tampoco sabía qué decirme. —Niego con la cabeza—. Fue tan incómodo, que solo esperaba que el tiempo pasara rápido para poder volver a casa.

—Oh, cariño —mi amiga suena realmente apenada—. ¿Tan mal estuvo?

En ese momento, mi boca se abre para responderle, pero las palabras mueren en la punta de mi lengua, porque está ahí. *Él* está justo ahí.

Todo mi cuerpo se tensa en el instante en el que aparece en mi campo de visión, mi estómago se retuerce y mi corazón hace un mortal doble hacia atrás cuando avanza hacia nosotras.

Viste completamente de negro y eso solo hace que el tono marmóreo de su piel y la tonalidad gris oscura de sus ojos resalten.

De pronto, lo único que soy capaz de hacer es mirar en dirección al chico imponente que se abre paso entre las mesas.

Mikhail carga con una bandeja con comida y, a simple vista, luce casual y despreocupado, pero hay algo en su mirada que lo hace lucir más amenazador que nunca. Todo su cuerpo irradia violencia y oscuridad a pesar del gesto inexpresivo que mantiene.

Sin decir una sola palabra, se sienta en el espacio junto a Ems y pico-tea su comida. Mi vista se posa en el plato frente a mí y, por un segundo, permito que el alivio me invada. Saber que se encuentra aquí en este momento, hace que toda la preocupación previa se desvanezca.

«Quizás no me siguió durante la cita», pienso. «Quizás ni siquiera vio el beso».

Siento la mirada de Emily clavada en mí, así que me obligo a dejar de observarlo para probar un poco del puré. No alzo la mirada para nada, pero me permito echar un par de ojeadas en dirección a Mikhail de vez en cuando.

Su mandíbula angulosa está apretada en un gesto extraño y sus ojos están fijos en la comida que trajo. Sé que Emily nos mira de hito en hito y le ruego al cielo que no vaya a hacer algún comentario respecto a la tensión que se ha apoderado del ambiente.

—¿Pasó algo de lo que tenga que enterarme? —dice, y maldigo para mis adentros.

—No —Mikhail responde, sin levantar la vista.

Emily me observa, interrogativa, y me encojo de hombros.

—No pasó nada —digo, también.

Los ojos fríos y penetrantes de Mikhail se posan en mí, así que trato de lucir casual y despreocupada mientras picoteo mi desayuno.

Pese a nuestras negativas, estoy segura de que Emily no ha creído ni una sola palabra de lo que dijimos. La conozco lo suficiente como para saberlo, y su gesto es tan escéptico, que no hace falta que diga nada para saber que no se ha tragado el cuento de que aquí no pasa nada.

—¿Qué tal tu cita con el *nerd*? —Mikhail habla, después de unos minutos, en tono glacial y duro.

Mi atención se dirige a él.

—Se llama Mason —puntualizo.

—Me importa una mierda cómo se llama —escupe y me sobresalta el tono descontrolado que utiliza—. Es un puto *nerd* de mierda.

La confusión, mezclada con la euforia y el enojo, crean una masa extraña dentro de mi pecho que es imposible de digerir. No sé qué clase de sentimiento sea este, pero es desagradable y maravilloso al mismo tiempo.

«¿Está celoso?».

Aprieto los puños sobre la mesa para que no note el temblor de mis manos.

—Es un caballero —digo con calma, solo porque quiero conseguir otra reacción de su parte.

—La caballerosidad no le quita lo ridículo.

—Y lo guapo no te quita a ti lo estúpido —Ems interviene.

—Estoy hablando con Bess —Mikhail refuta en dirección a mi amiga y la irritación gana terreno en mi sistema.

—¿Qué es lo que te molesta? —digo, antes de que Emily pueda defenderse—. ¿En qué te afecta que haya salido con él?

La mirada del demonio se posa en mí y un escalofrío me recorre de pies a cabeza gracias a la ira que se filtra en sus facciones.

—¿Crees que me importa que hayas salido con él? —una risa cruel brota de sus labios, pero luce como si estuviese a punto de estallar—. Tengo noticias para ti, Cielo: no eres mi tipo.

—Tú tampoco eres el mío.

—Lo dejaste en claro cuando aceptaste salir con ese idiota.

—¿Estás celándome? —las palabras salen casi por voluntad propia.

—Por supuesto que no —me mira a los ojos—. Me importa una mierda si sales con él, si te gusta, o si lo besas. Me tiene sin cuidado.

—Qué bueno porque ya lo hice.

Dos pares de ojos me miran en ese momento. De pronto, Emily y Mikhail me observan fijamente. Ella luce complacida, asombrada y entusiasmada, mientras que él me mira con una mezcla de sorpresa, enojo y dolor.

—Hiciste, ¿qué?...

No respondo.

El arrepentimiento es tan intenso ahora, que quiero meterme debajo de la mesa y quedarme ahí hasta que mis palabras sean borradas de la memoria de todo el mundo.

El silencio es tenso, tortuoso y asfixiante, pero no aparto mis ojos de los suyos.

—Eres patética si tienes que puntualizar que besaste a un tipo como ese —Mikhail habla, finalmente. Su voz suena más ronca que de costumbre—. ¿No te das cuenta de que mereces algo mejor que eso?

El coraje, la vergüenza y la impotencia se mezclan en mi torrente sanguíneo.

—¿Qué merezco, entonces? —digo, sin poder detener el veneno de mis palabras—. ¿A alguien que me rechace cuando ha sido él quien ha iniciado todo contacto en primer lugar? ¿A alguien que solo pasa el rato porque está aburrido y no tiene nada mejor que hacer?

Mi pecho quema, pero me las arreglo para mantenerme firme.

La mirada de Mikhail está cargada de algo que no soy capaz de reconocer y, por un doloroso instante, luce como si hubiese sido golpeado en el estómago.

—Tienes razón, Bess —dice—. No mereces a un hijo de puta que se preocupe por ti, que cuide de ti todo el tiempo y ponga su maldito culo en segundo plano solo para protegerte.

Un nudo se instala en mi garganta, pero sé que no voy a llorar. No delante de él. No por esta estupidez.

Mikhail se pone de pie en ese momento y, sin decir una palabra más, se encamina hacia la salida de la cafetería. Un montón de miradas están fijas en mí en ese momento, pero ni siquiera me importa. No cuando trato de controlar estas absurdas ganas que tengo de llorar.

—¿Qué fue eso? —Ems habla, al cabo de unos minutos de silencio.

Yo no puedo apartar la vista de la puerta por la que el demonio desapareció.

—Nada —mi voz suena más ronca que nunca—. No pasa nada, Ems.

Y, sin darle tiempo de insistir, me pongo de pie y salgo del lugar por la puerta contraria a la que él utilizó.



Han pasado casi dos semanas desde la última vez que vi a Mikhail.

El incidente de la cafetería se encargó de ponerle punto final a nuestra fatídica relación cliente-guardaespaldas, y desde ese día no he vuelto a saber de él. Es como si la tierra se lo hubiese tragado. Como si ni siquiera hubiese existido en mi vida.

Nadie —ni siquiera Emily— parece recordarlo y eso está volviéndome loca. No poder hablar con nadie acerca de lo que pasó, es casi tan horrible como no saber si lo que estuvo ocurriendo mientras Mikhail estaba a mi alrededor fue real.

No he sido atacada por ninguna clase de criatura extraña. Tampoco he notado nada extraño en mi entorno. La sensación de persecución, que no me dejaba tranquila ni a sol ni a sombra, ha desaparecido por completo y, si no fuese por las cicatrices en mis muñecas, podría jurar que todo lo que ha pasado en las últimas semanas ha sido producto de mi imaginación.

Mason ha seguido en contacto conmigo, pero parece haberse resignado a la idea de saber que no voy a volver a salir con él.

Últimamente, apenas si hablamos. Después de decirle que ahora mismo no estaba lista para una relación amorosa, dejé de invitarme a salir y, desde entonces, nuestras pláticas son esporádicas. Debo admitir que me siento aliviada por eso.

La ausencia de Mikhail, por otro lado, ha hecho que mis días se sientan casi normales; excepto por el hecho de que no puedo dejar de pensar en él. No puedo dejar de reproducir en mi cabeza nuestros últimos encuentros. Ni siquiera puedo apartar la sensación vertiginosa que el roce de sus labios dejó en mí.

Ha pasado tanto tiempo, que se siente como si nunca hubiese ocurrido, pero el agujero en mi estómago cada que traigo el recuerdo a la superficie, se encarga de recordarme que pasó y que fue la cosa más intensa que ha podido pasarme.

Una punzada de dolor me atraviesa el pecho en el instante en el que la imagen imponente del demonio de ojos grises invade mi cabeza y la culpabilidad regresa tan fuerte como la primera vez que la sentí.

«No debí decirle esas cosas. No debí comportarme como lo hice», pienso, por milésima vez en el transcurso de esta semana y cierro los ojos para ahuyentar la tortura lejos de mi sistema.

Un suspiro cansado brota de mis labios, mientras arranco los audífonos de mis orejas y los comprimo dentro de mi puño. La mochila que suelo llevarme a la escuela es depositada sobre la alfombra de la sala y mi chaqueta cae sobre uno de los sillones.

Entonces, de un movimiento, deshago el moño de mi cabeza y paso mis dedos entre las hebras enredadas de mi cabello antes de dirigirme a mi habitación.

Un grito de puro terror brota de mis labios en el instante en el que entro.

—¡Por el Infierno! ¡Deja el escándalo, chica! —la voz del chico que se encuentra sentado sobre mi cama llega a mis oídos y me precipito fuera a toda velocidad.

Ni siquiera he llegado a la sala, cuando su figura alta e imponente se interpone en mi camino.

Un grito ahogado me abandona y caigo sobre mi trasero debido al impacto de mi cuerpo contra el suyo.

Trato de arrastrarme lejos de él, pero apenas logro avanzar un par de pies, cuando me toma por los tobillos y tira de mí en su dirección. Entonces, sin una pizca de delicadeza, me gira sobre mi eje y me obliga a mirarlo.

—Escúchame bien, Sello Cuatro —dice—. No voy a lastimarte, así que deja de gritar, ¿de acuerdo?

Mi pecho sube y baja con mi respiración dificultosa y trato de apartarme una vez más; sin embargo, mis intentos son frenados por su fuerza descomunal.

—¡Tranquilízate, Cuatro! —exclama—. Solo estoy aquí para buscar a mi hombre, ¿de acuerdo? Dime dónde está y me largaré de aquí.

—¿De qué diablos hablas? —digo, sin aliento—. ¿Quién se supone que eres tú? ¿*Qué* eres?

—Soy un íncubo, cariño —dice, y rueda los ojos al cielo, como si su respuesta fuese la más obvia de todas.

—Un, ¿qué?

—Íncubo, mi amor —repite, pero sigo mirándolo como si fuese el ser más extraño del planeta. Una mueca exasperada se apodera de sus facciones y, entonces, escupe—: ¡Un demonio! ¡Soy un tipo de demonio, maldición! ¡Pero si eres lenta!

En ese momento, las piezas encajan poco a poco en mi cabeza.

—Buscas a Mikhail.

Rueda los ojos una vez más al tiempo que sus dedos presionan el puente de su nariz.

—Vas a provocarme una migraña.

—¿Quieres dejarme ir? —señalo en dirección a una de sus manos, la cual me detiene por los tobillos con tanta fuerza, que estoy casi segura de que sus dedos me dejarán marcas.

Él suspira y me deja ir. Entonces, me pongo de pie con torpeza.

—Bien, cariño. El tiempo apremia. ¿Dónde está Miky?

—No lo sé —digo, porque es verdad.

Las cejas del demonio frente a mí se alzan y una sonrisa burlona se dibuja en sus labios.

—¿Pretendes que te crea?

—Deberías hacerlo porque estoy diciéndote la verdad. Hace casi dos semanas que no sé absolutamente nada sobre él.

La frustración se filtra en las facciones del demonio, y este frota su rostro con ambas manos antes de mascullar algo en el mismo idioma extraño que suele utilizar Mikhail a veces.

—Este hijo de puta va a conseguir que lo maten —gime—. El jefe va a enfurecer cuando se entere de que te ha dejado sola. —Sus ojos se posan en mí y me mira de pies a cabeza—. Y bueno, ¿tú qué le hiciste para que se largara? ¿Tienes una idea de lo difícil que es hacer que ese pedazo de Adonis se enoje?

—¡No hice nada! —exclamo, pero sé que no es verdad. Sé que lo hice enojar hasta la mierda la última vez que hablamos.

—Ese idiota va a sacarme líneas de expresión —gruñe, y se encamina hacia el interior de mi habitación. Yo lo sigo de cerca.

Al entrar, se abre paso hasta mi cama y se deja caer sobre ella boca arriba. No es hasta ese momento, que me permito echarle una ojeada.

Es alto y delgado. Hay un montón de músculos marcados en sus brazos, pero no luce masivo o animal. Es, incluso, más estrecho que Mikhail.

Su cabello cae en ondas suaves sobre su frente, sus ojos claros son enmarcados por un par de prominentes cejas, y una capa fina de vello facial cubre su mandíbula.

Es duro y afilado en muchas partes y, al mismo tiempo, hay algo delicado en sus facciones. En la manera en la que se mueve.

—Se acabó —dice, mientras cierra sus ojos en un gesto dramático—. No vuelvo a poner los ojos en semidemonios calientes y voluntariosos. Ese hombre va a conseguir que envejezca antes de llegar a los dos mil años.

—¿Semidemonio?

—No tengo tiempo para responder a tus preguntas. Sigo lamentándome.

—¿Y no puedes lamentarte en otro lugar? —inquiero, al ver cómo se estira sobre el colchón y se acurruca, como si estuviese buscando la posición perfecta para dormir.

—No. No puedo, Cuatro.

—Me llamo Bess.

Él hace un gesto desdeñoso con su mano.

—Eso lo sé. Mi hombre me lo dijo —suspira—. Antes de desaparecer, solo hablaba sobre ti. Era *tan* aburrido. Solo esperaba que te follara para que dejara el asunto de: «Bess es poderosa» por la paz.

Mi corazón se estruja ante la revelación.

—¿Hablabas de mí?

—¿Eres sorda?

Un destello de irritación se mezcla con una oleada de diversión y, de pronto, no sé si quiero golpearlo o echarme a reír.

—¿Cuál es tu nombre? —pregunto, con curiosidad.

—No te lo diré, cariño. Pero puedes decirme «mi amor» —dice, sin abrir los ojos.

—Preferiría no hacerlo —mascullo, pero una sonrisa tira de las comisuras de mis labios.

Él suspira y abre los ojos para mirarme.

—Llámame Axel.

—Tu nombre no es Axel, ¿no es así? —mis cejas se alzan con incredulidad.

—No, pero es un nombre humano agradable y *sexy*. Puedes llamarme de ese modo. Me gusta.

—Bueno, Axel, puedes marcharte, que tu hombre no está aquí —anuncio—. Dudo mucho que vuelva a aparecerse por este lugar.

—Nada de eso, Bess. Tú hiciste que se marchara. Tú debes traerlo de vuelta —dice Axel, incorporándose—. No voy a permitir que te laves las manos de este asunto.

—¿Cómo se supone que voy a traerlo de vuelta? —lo miro con incredulidad—. No es como si supiera dónde encontrarlo.

Axel rueda los ojos al cielo.

—Puedes hacer que venga a ti, cariño.

—¿Y cómo se supone que voy a hacer que venga?

Una sonrisa genuina se desliza en sus labios y un estremecimiento de puro terror me recorre el cuerpo. De pronto, me siento ansiosa y nerviosa, y ni siquiera sé por qué.

El demonio luce extrañamente complacido con mi pregunta y, antes de que pueda hilar el montón de pensamientos en mi cabeza, dice:

—Poniéndote en peligro, por supuesto.

